

UNIVERSIDAD-VERDAD

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Nº 30

Abril 2003

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Dr. Mario Jaramillo Paredes
RECTOR

Ing. Francisco Salgado Arteaga
VICERRECTOR

Econ. Carlos Cordero Díaz
DECANO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Jacinto Guillén García
DECANO GENERAL DE INVESTIGACIONES

UNIVERSIDAD-VERDAD

Revista de la Universidad del Azuay

Director

Dr. Claudio Malo González
Consejo Editorial

Dr. Napoleón Almeida Durán
Dr. Oswaldo Encalada Vásquez
Arq. Diego Jaramillo Paredes

La responsabilidad por las ideas expuestas en esta revista corresponde exclusivamente a sus autores

Se autoriza la reproducción del material de esta revista siempre que se cite la fuente

Canjes y donaciones: Biblioteca «Hernán Malo González» de la Universidad del Azuay

Avda. 24 de Mayo N° 7-77 y Hernán Malo
www.uazuay.edu.ec
Apartado Postal 981
Teléfono: 881-333
Cuenca Ecuador

IMPRESION: Gráficas Hernández / 860688

UNIVERSIDAD SIGLO XXI

CONTENIDO

NOTA DE LOS EDITORES	7
EL HUMANISMO EN LAS UNIVERSIDADES Francisco Alvarez González	9
POLITICAS UNIVERSITARIAS Mario Jaramillo Paredes	21
LOS VALORES EN LA EDUCACION EN EL PROXIMO MILENIO Horacio Cerutti Guldborg .	27
LA UNIVERSIDAD Y LOS OTROS Claudio Malo González	43
DE REGRESO A LAS FUENTES: LOS ESTUDIOS GENERALES COMO SINONIMO DE UNIVERSIDAD Francisco Salgado Arteaga	71
LA REFORMA UNIVERSITARIA Y EL SISTEMA DE CATEDRA Carlos Paladines Escudero	83
POSGRADOS, POSGRADOS Y POSGRADOS Joaquín Moreno Aguilar	107
UNIVERSIDAD Y ESTADO José Cordero Acosta .	121
UNIVERSIDAD: EDUCACION DESARROLLO Y DEMOCRACIA Paúl Granda López	133

UNIVERSIDAD Y CULTURA Janeth Molina Coronel	147
LA FORMACION GENERAL EN EL AREA TECNOLOGICA Jacinto Guillén García	157
LA LENGUA EÑE Oswaldo Encalada Vásquez	169
EDUCACIÓN PARA EL SIGLO XXI: ESTUDIOS INTERNACIONALES EN LA UNIVERSIDAD DEL AZUAY Andrés Abad Merchán	189

NOTA DE LOS EDITORES

La sociedad humana es dinámica ya que sus integrantes poseen el don de la creatividad. El conocimiento y sus aplicaciones a los entornos naturales y humanos no descansan, pero el ritmo de la innovación se ha tornado mayor en el siglo XX, de manera especial en su segunda mitad. Los cambios tecnológicos impactan en las organizaciones humanas que deben adecuarse a ellos y los nuevos estilos y sistemas de vida -individuales y colectivos- plantean nuevas incógnitas que reciben respuestas de distinta índole. Las universidades, “sedes de la razón”, deben encontrarse a la vanguardia de estos procesos ya que no solo reciben sino que generan conocimientos y, siendo su tarea preparar a los que a ella concurren para hacer frente con mayor eficacia a los retos del futuro, deben hacer un permanente esfuerzo para anticiparse, en la medida de lo posible, a las nuevas circunstancias en las que los ahora estudiantes vivirán.

La universidad debe permanentemente cuestionarse las funciones que cumple, no por el mero afán de autocriticarse, sino para reajustar sus recursos humanos, ideológicos y técnicos a los cambios que no dan tregua. Un tiempo se consideró que la respuesta adecuada a los retos del futuro era la especialización cada vez más profunda en áreas cada vez más restringidas, reduciendo a las personas a dimensiones cada vez más estrechas en un mundo que se expande por áreas cada vez más amplias. La saturación de la hiperespecialización ha llevado a replantearse su eficacia y a considerar un retorno al humanismo que, más que información sobre espacios más diversos y amplios, debe entenderse como una posición en el mundo con una visión que abarque la problemática global para poder coexistir con la diversidad de culturas que, gracias a las

innovaciones en comunicación, han dejado de ser conglomerados lejanos y exóticos ajenos a nuestras experiencias vitales.

Múltiples cambios, como el creciente aumento de la esperanza de vida al nacer y el acceso de un número cada vez mayor de personas a los centros de estudios superiores han hecho que se incremente el número de alumnos en el cuarto nivel, lo que podría contribuir a que, robusteciéndose la especialización en éste, los espacios de disciplinas humanistas en la primera etapa universitaria se amplíen. Las estructuras del mundo contemporáneo ofrecen la posibilidad de mejorar la calidad de vida de todas las personas, pero también, si se usan mal las oportunidades, a deshumanizarla mediante deformaciones hijas de los excesos de especialización o a visiones reducidas del éxito y la felicidad cuando se las circunscribe a la acumulación de bienes materiales por la mera gratificación que genera. Si aspiramos a un desarrollo humano integral, se requiere un sistema educativo que despierte las múltiples facultades propias de nuestra especie, lo que no se opone a que cada quien pueda dar mayor importancia a aquellas para las que más aptitudes tiene.

Especialización y humanismo no se contraponen, se complementan. Los avances en áreas más reducidas se enriquecen si tienen lugar en un entorno global que respete la multidimensionalidad del ser humano. Esta entrega de UNIVERSIDAD VERDAD aborda la problemática de los centros de estudios superiores en nuestros días y plantea soluciones en los inicios del tercer milenio con la esperanza de que los jóvenes que actualmente se encuentran en las aulas universitarias y próximamente se incorporarán a ellas, puedan vivir en un mundo humanizado a base de una comprensión más integral de las realidades ecológicas y culturales que el futuro ofrecerá.

EL HUMANISMO EN LAS UNIVERSIDADES

Francisco Alvarez González

Doctor en Filosofía

Fundador de la Facultad de Filosofía y Letras
de la Universidad de Cuenca

Profesor Emérito de la Universidad Nacional de Costa Rica

Es muy común lamentar el desdén de los escolares de hoy por las humanidades, por disciplinas como la filología pura, la historia o la filosofía. Y el lamento se basa en un hecho real: la universal falta de vocación por ese tipo de saberes. Para ese tipo de saberes, digo, o para el saber puro y desinteresado como tal. Eso es triste y motivo de graves preocupaciones, sobre todo si recordamos que precisamente si Grecia fue lo que fue, esto es, origen o punto de arranque de eso que hoy denominamos civilización occidental, débese a que, a diferencia de otros pueblos, por entonces bien desarrollados, egipcios o persas, fue el primero que halló fruición en el saber por el saber y no, meramente, en saber para conseguir resolver tal o cual urgencia o problema concreto de los múltiples que, de continuo, nos plantea el simple hecho de vivir. Inauguraron, pues, esta forma de saber puro y desinteresado, pero, además, fueron plenamente conscientes de ello y, aún de añadidura, lo dijeron múltiples veces. Estudiaron y observaron los astros por el placer de saber cómo estaban constituidos los cielos y, así, dieron nacimiento a la astronomía. No como los caldeos y babilonios para poder saber cómo se iban a producir los hechos, aquí en la Tierra. Y estudiaron números y figuras geométricas por sí mismos, no para simples tareas comerciales o para volver a reconstruir los linderos de las fincas, desaparecidos por las anuales crecidas del Nilo, como entre los egipcios. De ahí le vino la gloria a Grecia, el que se haya hablado tantas veces del milagro griego y de que Atenas, la ciudad símbolo de ese saber, haya provocado la gratitud y admiración de todos los amantes del conocimiento, de entonces acá.

Aunque no lo fueron, en la plenitud y concreción de significado y sentido que tuvieron más tarde las universidades en la edad media, cabe conceder que fueron como una especie de antecedentes suyos instituciones como la comunidad pitagórica en Crotona, la Academia de Platón, el Liceo de Aristóteles, la stoa poikilé o pórtico abigarrado

de Zenón de Citio o, finalmente, el Jardín de Epicuro, en Atenas. Iban a estos centros jóvenes, pero también adultos e incluso viejos, movidos por un sencillo afán: el ansia de saber. Y residían en ellos, en la mayoría de los casos, a tiempo completo, a full time, decimos hoy, y, además, con complacencia, sin prisas, sin impaciencia por dar fin cuanto antes a sus estudios. En pocas palabras: justo lo contrario de hoy.

Es que el deseo de saber, para quien real y verdaderamente lo siente, no tiene fin. Hay tareas a las que es inherente su pronto cumplimiento, su fin. Otras, el saber, que carecen de término. Quienes con amor se han dedicado a él siempre han vislumbrado, desde estos venerables griegos, que se trataba de una empresa infinita. Como pretensión o aspiración ha sido todo lo contrario: afán de saber absoluto, total, de una vez por todas. Pero como hecho real y circunstancial, quienquiera afanado y atareado con el saber ha reconocido los límites a él inherentes. Donde, pues, hay auténtica vocación por el saber hay prisa, pero prisa por ir sabiendo cada vez más, no prisa, como en los universitarios de hoy, para dar de una vez por todas fin a sus estudios al tiempo de recibir el cartón o diploma que les califica como doctos en esto o en aquello.

Los universitarios, pues han cambiado de rumbo y de sentido. Hasta ayer - un ayer que no es posible precisar, pues ha variado circunstancialmente, según ocasiones y países – se iba a ellas acicateado el ánimo de los jóvenes – y, repito, de los que ya no lo eran tanto – por el afán o ansia de saber. Hoy, en la mayoría de los sitios, van los estudiantes movidos por el interés de conseguir un título y cuanto más aprisa y pronto mejor, para con él tratar de ganarse la vida. No hay ya, por lo común, verdadera preocupación por el saber. De lo que, por lo general, se trata es de aprender una serie de habilidades y destrezas para curar, construir carreteras y puentes, sacar o empastar dientes y muelas, levantar edificios, despachar y vender medicamentos que otros fabrican, no ya prepararlos en la rebotica como antaño o, lo que es la moda y a la mayoría les arrastra, instruirse en administrar empresas, bancos y cuanto ver tiene con la economía y las finanzas. Y uno medita que todas esas tareas o,

mejor aún, habilidades y destrezas que, como decía, se aprenden en las universidades, tienen que ver, en última instancia con los hombres. Que se cura o sana a los hombres, que las carreteras o puentes son para que por ellos los hombres transiten, que a quienes se extraen muelas y dientes son a los hombres, que las casas son para que en ellas moren, que, asimismo, para ellos son las píocimas, medicamentos y ungüentos que los farmacéuticos venden y, en fin, que fábricas, empresas y bancos o, simplemente, cuanto se relaciona con los negocios en general, también se refieren a las sociedades y a los hombres. Claro es que el médico considera como evidente e indiscutible que el hombre es ese cuerpo que cuida en la cama de la sala del hospital o en la mesa de operaciones en el quirófano y el farmacéutico o el arquitecto el cliente al que vende los medicamentos o con el que trata el presupuesto a que se elevará la construcción de la casa y, en fin, el economista y el administrador de cualquier cosa que sea, los innumerables individuos agentes de la vida económica. Pero es que ser hombre rebasa en mucho el mero hecho circunstancial de ser ahora ese cuerpo enfermo o herido, de ser cliente o de ser sujeto interesado en los negocios o de ser este individuo que trabaja, produce y a un tiempo consume. Siendo, pues, el hombre el destinatario último de todas esas actividades, artes, pericias, mañas, destrezas, prácticas o disposiciones, parecería natural y lógico que en las universidades se enseñase lo que el hombre es como hombre; que, en suma, todo estudiante, fuera cual fuese la carrera que eligiese, médico, ingeniero, arquitecto, farmacéutico o administrador de esto o de lo otro, tuviera que enfrentarse con la inquietante pregunta: “¿qué es el hombre?” y, para aclarársela, que asistir a, por lo menos, algún buen curso de antropología filosófica. Pero, no. Si se les exigiese, protestarían, pues, abocarse a ello, con alguna seriedad, prolongaría la carrera y retrasaría la ansiada entrega del cartón, que, al parecer, es lo que importa, sin que preocupe, ni al estudiante ni, lo que es peor, a la sociedad de que forma parte, qué contenidos reales de saber hay tras aquél. Y esto es triste. Porque, a mi buen saber y entender, la inmensa mayoría de los males, errores, exageraciones y demasías que padecemos en las modernas sociedades, débense, precisamente, a eso: al desconocimiento de qué es el hombre. Un hombre del que cabe contestar, en forma

general, a la pregunta que indaga por su ser. Pero teniendo en cuenta que más que ser deviene y que más que naturaleza es historia. Que, por consiguiente, no nos sirven las experiencias de los hombres de allá, de ajenas sociedades, para resolver con seguridad los problemas que aquejan a los de las nuestras. Porque, una vez más: el hombre es histórico y circunstancial y la sociedad, por consiguiente, de aquí es otra, a veces muy otra, que la sociedad de allá. ¡Cuántos tropiezos no hemos estado a veces dando por olvidar esta simple, pero fundamental, sabiduría y poniendo, en suma, en práctica en una sociedad sistemas, modos, formas e instituciones que quizás tuvieron cabal sentido y aplicación en otras!. Es lo que acostumbro a denominar el fenómeno del transplante. Porque tal sistema económico funcionaba más o menos bien allá lo transplantamos acá, esperando, con ingenua confianza, que ha de dar iguales resultados. Pero es que allá los hombres eran unos, con paisajes y ambientes distintos, distintas costumbres, distintas tradiciones, distintas leyes, distintos grados de eticidad y de honradez. ¡Sobre todo esto último, que tanto cuenta! Más bien lo contrario hubiese sido un milagro, que a tan diferentes circunstancias los mismos modos o sistemas hubieran producido unos mismos efectos. ¿No ocurre así en los trasplantes de órganos? Estos cumplen a las mil maravillas su función en el organismo original del cual forman parte. Transplantados a otros organismos ajenos se produce, por lo común, el fenómeno del rechazo, poniendo incluso en peligro la existencia de éstos.

Cuanto hacemos, incluidas, pues, las carreras universitarias, son para la vida, para la vida humana, se entiende El problema es que eso del hombre o de la vida humana se las trae, porque éste, el hombre, no es, de una vez por todas y para siempre, lo mismo. Como el médico, el biólogo y, a veces, hasta el antropólogo lo ven, sí, siempre es igual, pues apenas, sólo en forma insignificante ha variado en el tiempo. Pero es que el hombre por el que interrogamos cuando nos preguntamos “¿qué es?”, no es, insisto, de una vez por todas, siempre el mismo. Es, ya lo dijimos, más que naturaleza historia. Mientras que cualquier individuo de hoy, en el reino animal, es casi exactamente igual que el primer ejemplar de la especie, en el hombre acontece lo contrario. De ahí, que sólo el hombre tenga

historia. No cabe historiar las formas en los nidos de las cigüeñas, pero, en cambio, sí, las múltiples, prácticamente infinitas, formas y estructuras en las viviendas de los hombres, unas aquí, otras allá, unas hace varios siglos, otras ahora.

Pero, añadido, el contestar a la pregunta que interroga por el hombre, tiene sus bemoles, por el simple, pero único e insólito hecho de que sólo él es un extraño ser que rebasa los límites de su figura y que, por tanto, para ser, necesita de “lo otro” que él. No es, pues, sustancia de acuerdo con la definición tradicional cartesiana o spinoziana de aquello que no necesita de ninguna otra cosa para ser. Ya Fichte, a comienzos del XIX, decía que el hombre es sólo hombre entre los hombres. Y en más cercanos tiempos, se ha hablado, para expresar con ello la singularidad del hombre, que serlo es siempre “ser-con” o “ser-en-el-mundo” o bien, por último, que, quienquiera que sea, es “él y su circunstancia”. Y, aparte filosofía, un poeta, como Antonio Machado, había dicho que el ojo “no es ojo porque le miras; es ojo porque te ve”. Todo ello se complica si en cuenta tenemos que “lo otro” que el hombre, necesario para que él sea en verdad, no es el mismo “otro” para todos ellos, sino que cada vida individual tiene su “otro” o su circunstancia particular. Por dos sencillas realidades o hechos: por su corporeidad – la del hombre, se entiende -, en virtud de la cual está aquí y no allí o por su ser temporal o, si se quiere, estar en el tiempo y, por consiguiente, vivir ahora y no en pasado siglos o en futuros.

Para no extraviarse, en medio de la selva oscura de los razonamientos, reproduzcamos el hilo o curso de mi pensamiento: hemos sostenido que las «carreras» que se estudian en las universidades, sirven, en última instancia, para el hombre; están ahí, a su servicio. Que, por ende, debería tener muy en claro quién es ese hombre al que todas ellas están dirigidas como último fin. Pero que el hombre, aparte la abstracta corporeidad general, que en vista tienen el médico, el biólogo o el cirujano y, asimismo, aparte la abstracción que como cliente ofrece al vendedor de fármacos o, en fin, con independencia de su calidad de productor o consumidor que tiene para el economista, es un ser – más bien cabría decir un devenir o un hacer,

puesto que, antes que ser, se hace – bien extraño: es siempre otro distinto, por ser histórico y, en su ser, radica todo lo demás, pues, sin “lo otro”, él no es. Que debieran, por tanto, en las “carreras”, cualesquiera que fuesen, introducirse cursos tendientes a esclarecer qué es el hombre – antropología filosófica, por ende -, qué ha sido – historia, puesto que es esencialmente histórico – y qué puede llegar a ser - humanismo, en suma no como mera copia o imitación de lo ya sido, sino humanismo como invención y responsabilidad. . Pero, ¡hay dolor!, como exclamaría un romántico, da la casualidad que todo eso, que tan importante sería conocer para cualquier estudiante universitario, no se enseña o apenas se enseña en la mayoría de las universidades. Y así van las cosas en tantas modernas sociedades aunque los más no sean capaces de ver las sutiles relaciones de causa y efecto que median como resultado de esa condición, de esa ausencia, y, más bien, tiendan a no dar importancia a esa de hecho situación. Más bien estiman que antropología filosófica, historia o humanismo serían cosas baladíes, de superfluo lujo intelectual y que sólo servirían para alargar las “carreras” y dilatarse, por tanto, la ansiada obtención del cartoncito, que, aparte instrumento para ganarse la vida, posee el mágico efecto de conferir estado – status – y dejar ahora ya de ser – quien lo tiene – simple don para convertirse en un honroso licenciado, magister o, acaso, doctor.

Quisiera que si algún estudiante de “carrera” de buena fe me lee no se sienta como avergonzado y compungido por cuanto más arriba digo. Lo que hace está bien. Estar bien significa que es necesario lo que hace y que el mundo sería otro muy distinto y, claro está, mucho peor de lo que está, de no haberse empeñado las universidades en establecer todos esas currícula de “carreras” que actualmente ponen a disposición de los estudiantes. El nivel de vida que la mayor parte de las sociedades humanas ha alcanzado se debe, más que a cualquier otra razón o causa, al saber y destrezas que infinidad de jóvenes han adquirido en las aulas y laboratorios de las universidades. Mi crítica, pues, no va enderezada hacia lo que es, sino hacia lo que falta. Y lo que hace falta son, fundamentalmente, dos cosas: primero, una verdadera vocación por el saber y la cultura en los más,

en los más de los estudiantes y aún, me atrevería a decir, en una buena parte de los docentes, que hacen sólo de eso, de la docencia, una mera “carrera”. A mi juicio débese esa situación o realidad a un hecho, que he señalado ya más de una vez: la errónea idea que de la universidad se tiene, como si no fuera otra cosa que un paso, escalón o etapa más, tras esas otras dos instituciones que son la escuela y el liceo o instituto. Para, sin muchas palabras y circunloquios, establecer y ver las diferencias con frecuencia he dicho: en escuelas y liceos van los muchachos a aprender un poco de todo; los jóvenes, en cambio, acuden a las universidades para aprender mucho de muy poco. La diferencia es tajante y clara y no requiere de mayor explicación. Mas como la universidad viene detrás de la escuela y del liceo se tiende a verla como un escalón más – el último – de esas gradas que denominamos educación. De ahí, esta consecuencia: que si las sociedades modernas, como resultado de su complejidad y de los requisitos de instrucción y posesión de destrezas que exigen los más de los trabajos, cualesquiera que éstos sean, tratan de convertir en obligatorios los estudios en escuelas y en colegios, con el fin de poseer mañana trabajadores hábiles y debidamente especializados, ¿por qué no extender esto también a la universidad y convertirla casi, casi en obligatoria? Es lo que hay tras el tópico tan traído y llevado, tan manido, de “democratización de la universidad”, que es como decir universidad para todos. Pero, no. Que escuela y liceo incluso sean para todos, bien. Aquí la vocación no es requisito indispensable. Si existe, miel sobre hojuelas; escolares y bachilleres serán más brillantes; pero, insisto, se puede dar fin a esos estudios sin grandes vocaciones e, incluso, sin grandes dotes intelectuales. En la universidad es distinto. En ella, la vocación para esa parcela de la realidad en que los contenidos de la “carrera” consiste, cuerpo animal para el veterinario, humano para el médico, números y figuras geométricas para el matemático, etc., etc., es fundamental. Es frecuente entre los bachilleres oír: “en ciencias naturales me va muy bien, me gustan; pero, en geografía y en historia obtengo malas notas”. Cuando se tiene gusto o vocación para algo se estudia con ahínco y los buenos frutos se ven pronto. Pero, en la escuela y en el bachillerato, entre buenos y malos resultados se va tirando, esto es, se va siguiendo adelante. En la universidad, en

cambio, si aquello que estoy estudiando – y que, en muchos casos, ni siquiera es lo primitivamente elegido, ya que para lo que se deseaba no había cupo – no es de mi total agrado y, por ende, no existe para ello verdadera vocación, ¿qué hacer? Lo que se hace entonces, hacer que se hace, ¿no es un verdadero fraude?

La segunda cosa que falta en ocasiones es inteligencia. Entiéndaseme: para los conocimientos, un poco elementales y como en tono menor, que se imparten en las escuelas y liceos, con ciertas modestas capacidades basta. Para los que, en cambio, exigen las “carreras” universitarias, de extraordinarias dificultades en muchos casos, por tratarse de tanto saber acumulado en el transcurso de los años sobre ciertos concretos objetos de la realidad, ya no es suficiente esa inteligencia media que se supone en el muchacho corriente y normal. En suma: si todos entran en las universidades de seguro que los resultados van a ser una de estas dos cosas: o, si la universidad quiere ser honesta, esto es, mantener un cierto nivel de exigencias y, por ende, cumplir ni más ni menos que con su deber, verse en la triste situación de tener que suspender y rechazar a muchos o, para evitar esto, con las huelgas y protestas que, hoy, en la mayoría de los países un modo de comportamiento tal traería consigo, bajar el nivel, podar los currícula de todo cuanto ver tenga con el humanismo y las humanidades, con el estudio en serio de una o dos lenguas extranjeras, sin cuya posesión, hoy, trabajar con eficiencia en cualquier tema universitario es imposible y, como decían los fisiócratas: “dejad hacer, dejad pasar”, es decir, que todo el mundo, después de tres, cuatro o cinco años, obtenga su cartón y deje de ser don o señor, para ser saludado ahora como doctor. Pero el resultado de este camino, que por ciertas regiones del mundo es el común, es el subdesarrollo sostenible, digámoslo con la palabreja de moda y el, en cierto modo envilecimiento colectivo, puesto que la sociedad lo sabe, lo aplaude, lo tolera y lo considera normal, como si fuera de suyo.

Estimo como una de las más sabias consejas de los antiguos aquella, atribuida a uno de los siete sabios de Grecia, que decía; “de nada demasiado”. Mi crítica a lo que cabría denominar

deshumanización de los estudios universitarios no implica que desestime lo que se hace. El utilitarismo, pragmatismo o positivismo científico está bien. Gracias a lo que la ciencia ha llegado a ser, a partir, sobre todo, de los siglos XIX y XX, estamos como estamos, con un nivel y calidad de vida, incluso en muchos de los que se juzga se hallan en la pobreza, que ya para sí los hubieran querido los hombres de tiempos anteriores. Cualquiera hoy, de la clase media media, esto es, no necesariamente media alta, vive infinitamente mejor y más desahogadamente que los ricos y poderosos de hace dos o tres siglos. No hay que ser desagradecidos con la ciencia – y con su normal secuela, la técnica – que ha permitido y hecho posible ese ascenso. Pero, adviértase y téngase presente: el saber es para la vida. No sabemos, así porque sí, por el simple hecho, como a veces se piensa, de poseer eso que llamamos razón o inteligencia. Conocemos, necesitamos conocer, porque no somos, porque tenemos que hacernos y, además, necesariamente, puesto que, como hemos dicho, ser hombre es ser-con, con las cosas de nuestra circunstancia, entre las cuales se hallan, muy especialmente, los otros hombres. Tenemos, pues, necesidad de saber cómo son esas cosas para saber, en ese constante hacer en que la vida consiste, cómo tenemos que comportarnos con ellas. El saber, pues, no es cosa de lujo, sino de necesidad. Es mi instrumento de orientación entre las cosas. Lo que ocurre, sin embargo, es que, aparte orientaciones – saberes – parciales, para obtener tales o cuales fines, de los que nos planteamos en la vida, necesitamos también una orientación para la vida misma. En efecto, si ésta tiene que hacerse, puesto que no es ya desde que nacemos – lo que fue la vida de Napoleón o del más humilde de los hombres no puede ser narrada al nacer sino al morir -, ¿qué debemos o tenemos que hacernos con ella? No podemos dejar de interesarnos por un ideal de vida y eso es humanismo. Aparte el tipo de hombre que cada cual desea hacerse, puesto que no es, en función de sus gustos, capacidades o condiciones y, en primerísimo lugar, de su especial también circunstancia, hay en nosotros, en cada uno de nosotros, debido a las vicisitudes de la sociedad y de la época en que vivimos, una aspiración a un cierto tipo o ideal de humanidad. De estos ideales de humanismo ha habido muchos en la historia. Hasta el punto de que las épocas acostúmbrese

a designarlas por el tipo de humanismo a que tendían. Así, hablamos del sofos griego, del ideal de la santidad en la edad media, del ideal estético en el hombre del renacimiento, del racionalista de los siglos XVII y XVIII, del ideal romántico en la primera mitad del siglo XIX, etc., etc. ¿No es ya una muestra de la importancia del humanismo el hecho de esa periodicidad de la historia echando mano de los diversos ideales de humanidad? Porque podría haberse hecho tomando como base otros factores, por ejemplo, ciertas especiales labores, ciertas técnicas o ciertos procedimientos. Y, en verdad, que de hecho también se ha procedido así, pero cuando el hombre era menos hombre, esto es, cuando se hallaba más próximo a la animalidad. No en la historia, propiamente dicha, sino en la prehistoria es, justo, así como se acostumbra a hacer. Y dividimos las épocas como período de la pedra, tallada o pulimentada, como época del bronce o del hierro, etc. Es decir, por el uso preferente de una cierta clase de materiales, para la fabricación de los diversos instrumentos o por el modo como se procede con ese material, tallándolo o pulimentándolo, en el caso del uso generalizado de los pedernales o de las piedras. Pero, insisto: esta manera de dividir la historia se hace cuando aún no había ideales de humanidad, porque el hombre no era todavía, propiamente, hombre. ¿No hemos dicho que el hombre no es, sino que se hace? Pues tomemos esto en toda su radicalidad y afirmemos: entre las múltiples cosas que el hombre ha hecho hay una principal y sobresaliente: se ha hecho a sí mismo, inventando diversas formas de ser hombre. Ya un pensador francés católico decía: “Yo soy un ser responsable de mí, que soy mi obra, ante Dios, que me ha creado creador de mí mismo”. Pues bien: si esto es así, el humanismo debe ser un constante tratar de hallar y de inventar nuevas formas de humanidad. A eso es a lo que llamo humanismo como responsabilidad. Nada de vidas ejemplares del pasado para, pasivamente, copiar. ¿Puede haber tarea más noble para la universidad que esa de involucrar a sus estudiantes - y a sus profesores - en la búsqueda de nuevos ideales o formas de ser hombre? Y, a la inversa, ¿mayor muestra de dejación y de incumplimiento de sus más altas funciones el despreocuparse de tan altos y nobles fines?

POLITICAS UNIVERSITARIAS

Mario Jaramillo Paredes

Doctor en Historia y Geografía por la Universidad de Cuenca

Rector de la Universidad del Azuay

Ex Ministro de Educación y Cultura

La universidad ecuatoriana y dentro de ella la Universidad del Azuay deben enfrentar hoy variados retos y uno de ellos es el de debatir el modelo académico que nos corresponde. En esta sesión inaugural del año en donde el rector debe fijar grandes líneas de lo que aspira a ser la Universidad, creo conveniente plantear la necesidad de discutir con amplitud y profundidad el tema de los estudios generales y la especialización, es decir si debemos en el futuro marchar por el camino de dotar a nuestros estudiantes de una más sólida cultura general que les permita ver y entender el mundo en su rica complejidad o ir por el atajo de la superespecialización que limita la comprensión de la totalidad. Las dos metas: cultura general sólida en una etapa y especialización profunda, en otra, no son por supuesto antagónicas. Se puede alcanzar esos dos objetivos como ya ha ocurrido en otras latitudes.

La segunda acepción que el Diccionario de la Real Academia trae sobre la palabra provincianismo dice: “Estrechez de espíritu y apego excesivo a la mentalidad o costumbres particulares de una provincia o sociedad cualquiera, con exclusión de las demás”.

Una de las formas de ser provinciano es la superespecialización que no va acompañada de una cultura general que le permita a la persona ver el mundo en su integridad y no solamente la reducida parcela de ese saber especializado. Francisco Álvarez González -el recordado profesor de Filosofía- siempre decía que hay varias formas de ser provinciano. Una de ellas es entender las cosas desde una perspectiva que no va más allá de los límites comarcanos. Pero otra forma de serlo –sostenía- era a través de la superespecialización que tanto caracteriza al mundo actual y sobre todo a quienes han pasado por las universidades.

Ser provinciano -en términos de tener solamente una visión comarcana del mundo- es en la actualidad un defecto cada vez

menos probable, por el avance de los sistemas de comunicación. Comenzando por la radio y la televisión, así como por los periódicos y pasando por las tecnologías informáticas, hoy cada vez más gente está enterada de lo que ocurre en el mundo y de las formas de pensar en otras latitudes. Antes de escribir estas notas, consultando los últimos trabajos sobre políticas universitarias en Internet me encontré con la aterradora y a la vez enriquecedora cifra de ciento cuarenta y seis mil referencias bibliográficas, es decir libros y artículos sobre este tema. Las noticias llegan y se difunden casi al mismo tiempo que se producen los hechos. Los avances en la ciencia y la tecnología ya no requieren ser publicados en libros o revistas especializadas para difundirse. El Internet los pone a disposición de quien quiera consultarlos esos y, casi en las mismas condiciones para acceder a esa información, se encuentra hoy quien vive en Cuenca, Archidona, Quito, Tokio o Nueva York. El provincianismo geográfico así entendido- afortunadamente- tiende a ser superado y quien no quiera salir de ese estado, no es en buena parte por falta de medios, sino por indolencia o ausencia de curiosidad intelectual. Obviamente en países como el nuestro quebrado por graves y seculares inequidades, existe lamentablemente un crecido número de seres humanos que no tiene acceso a los adelantos de la ciencia y la tecnología y que permanece incomunicado del mundo exterior.

Mucho más grave que ese provincianismo geográfico, es el provincianismo al que se refería Alvarez González, al hablar de la superespecialización. Lamentablemente hoy existe un número cada vez mayor de personas que conoce y domina solamente una estrecha franja del saber, es decir del mundo que le rodea. Son especialistas en..... ,pero casi analfabetos en lo que no es ese saber. Y, ese tipo de hiperespecialización, tiende a hacer a los seres humanos, cada vez menos humanos y cada vez más desconectados de la realidad que es compleja y no admite simplificaciones. La especialización –por supuesto-no es mala, sino deseable. Pero junto a la especialización es urgente volver por los fueros de la cultura general. Y no me refiero solamente a los especialistas que tienen título universitario sino a todos los seres que no ven el mundo más allá de la actividad que realizan. No se trata solamente del médico especia-

lista en.... o el abogado especializado en Se trata también del comerciante, banquero o industrial que no ve, no desea ver, más allá de lo que él hace.

En las universidades es urgente volver al campo de la cultura general, que no se opone a la especialización, sino que se complementan y enriquecen mutuamente. El esquema de los cursos de pregrado con fuerte dosis de esa cultura general y el posgrado para especializar en un área determinada, parecería ser hoy el camino en la educación. El hombre unidireccional, alejado de lo que no sea su campo de acción, es de hecho uno de los grandes peligros del mundo actual y lo será cada vez más en el futuro.

Existe una problemática universitaria que es más o menos común a todas las universidades y escuelas politécnicas del mundo. Sin embargo creo que también resulta evidente que cada país da una respuesta distinta a esa problemática de acuerdo a sus propias circunstancias. Lo que es válido para el nivel mundial, lo es también para el Ecuador en donde la problemática –siendo común- recibe respuestas distintas en cada centro de educación superior. En otras palabras cada universidad resuelve de manera distinta los mismos problemas o en algunos casos simplemente no los resuelven. La traslación de un modelo a otra institución no es camino acertado de igual manera que una solución planteada en un contexto dado, no es solución en otro. De hecho, la historia de nuestras universidades, de su progreso o retraso, de su pertinencia o no, es la historia de las respuestas distintas que en uso de la autonomía hemos dado a los mismos problemas. Por ello, fijar un sistema único y excluyente de ingreso –por ejemplo- me parece poco acertado además de que simplemente en la práctica no funcionará. O, la departamentalización, que siendo positiva en unos contextos sobre todo de universidades con numerosos estudiantes, posiblemente no cuaja en centros más reducidos numéricamente.

Una segunda constatación, que hoy es valedera en el mundo y lo es también para el Ecuador, radica en el hecho de que la universidad era antes una universidad de elite y hoy es de masas.

Hasta hace pocos años no más de un cinco por ciento de jóvenes en edad universitaria estaba estudiando. Hoy estamos en torno del quince por ciento, de igual manera que noventa y dos de cada cien niños asisten en el Ecuador a la escuela o cincuenta de cada cien jóvenes en edad de colegio, van a la educación media. Una política para enfrentar con éxito una universidad, no de elite, sino de masas, es problema que hoy se plantea la academia en todo el mundo y nosotros no debemos ser una excepción. Dar soluciones simplistas como decir que el fin de las universidades comenzó cuando se volvió de masas o que hay que rescatar el carácter elitista, no conduce a ninguna parte. Hoy y cada vez más jóvenes en el futuro exigirán el derecho a estudiar a nivel superior y esa corriente no podrá ser frenada por nadie. De hecho, no hay que frenarla, sino hacer que de esa mayor afluencia de gente seamos capaces de sacar el mejor provecho para los estudiantes y a través de ellos para el país. En el crecimiento de las universidades –a fin de cuentas- han contribuido, no solamente el natural crecimiento demográfico, sino también otros factores positivos como la mayor movilidad social o la –igualmente positiva- inserción de la mujer que ahora constituye alrededor y más del cincuenta por ciento de los estudiantes. Igualmente es evidente que ese número ha crecido y seguirá haciéndolo por que hoy más que antes, muchos egresados vuelven a las aulas a tomar nuevas carreras o a seguir cursos de posgrado. Con ellos ha crecido el número y la heterogeneidad del cuerpo docente. Heterogeneidad de calidad de ellos, de concepciones y de intereses, así como de formación. Lamentarnos por la masificación o la heterogeneidad no es la solución. Hay que aceptar que son hechos que están allí y que hay que darles una salida razonable en términos de calidad que es lo que- a la postre- cuenta.

En el contexto descrito, creo yo es fundamental volver por los fueros de una amplia cultura humanística que no supone ciertamente colocar por aquí y por allá unas cuantas materias de cultura general a manera de relleno, sino pensar y lograr consensos sobre una nueva estructura que permita esa formación humanística en las carreras de pregrado y una sólida especialización en el nivel de posgrado. En ello vamos a trabajar en el futuro inmediato venciendo naturales resistencias que se presentarán y sacudiendo el espíritu conservador que afecta a toda universidad.

LOS VALORES EN LA EDUCACIÓN EN EL PRÓXIMO MILENIO*

Horacio Cerutti Guldberg

Doctor en Filosofía por la Universidad de Cuenca
Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México
Investigador en el Centro Coordinador y Difusor de Estudios
Latinoamericanos

* En marzo 2003, con motivo de la invitación de Claudio Malo para editar un trabajo sobre Universidad Siglo XXI en La revista de la Universidad del Azuay en Cuenca, Ecuador he revisado y actualizado el texto de la conferencia magistral que dicté en el II Coloquio Nacional de Innovaciones y Estrategias Educativas que se realizó en Morelia, Michoacán en Agosto de 1996.

Quizá convenga iniciar el tema acuciante, urgente y decisivo, pero al mismo tiempo inabordable en términos de periodismo deportivo. En una entrevista reciente se suscitó entre la periodista y el experto entrevistado el siguiente intercambio de opiniones:

En otras palabras, la lógica del deporte de alto nivel y la lógica neoliberal coinciden.

- Obviamente. La competencia desenfrenada entre las empresas, a nivel nacional o internacional, tiene su equivalente perfecto en la lógica competitiva del deporte. ¿Cuáles son los lemas deportivos?: «¡Que gane el mejor! ¡Arriba los ganadores! ¡Abajo los perdedores!» ¿Qué nos dicen los cantores del neoliberalismo?: «¡Libre competencia! ¡Arriba las empresas rentables! ¡Muerte para las demás! ¡Arriba los seres rentables! ¡Fuera los que no lo son! Las empresas funcionan como clubes deportivos y los clubes deportivos como empresas. Los unos y los otros buscan rendimientos, récords, están obsesionados por la competitividad. Y esa misma ideología es la que se nos pretende imponer a cada uno de nosotros, en todas partes. El deporte contemporáneo, en su dimensión de gigantesco y monstruoso espectáculo planetario, es un «formidable» laboratorio ideológico, un instrumento perfecto que permite que la gente se acostumbre, sin darse cuenta, a la ideología liberal.

- El atleta eliminado de la competencia como metáfora del desempleado, del excluido... El estadio como metáfora de nuestra sociedad...

- Exactamente. En una sociedad liberal en la que el trabajo escasea cada vez más, solamente «los buenos» pueden ganar. Los pobres, los que «no la hicieron», son los «malos», «los perdedores», tienen la culpa, les faltó entrenamiento, les faltó voluntad, les faltó

ambición. Esa importancia desmedida tomada por el espectáculo deportivo es totalmente perversa. Justifica la selección, el individualismo, la competencia entre la gente, consolida el espantoso mito del éxito individual, del *self made man*, pilar de la ideología estadounidense que gana terreno en todo el planeta. El mundo pertenece a los vencedores. Fuera los débiles¹.

El diálogo es tan interesante que uno ansía enfrentarse con las apantalladoras 570 páginas del último libro del entrevistado: Las jaurías deportivas, crítica de la dominación. Pero, no es el objetivo de esta cita invitarlos a esa lectura o angustiarnos más por nuestros resultados en Atlanta, por la calidad de su organización, por haber dejado de lado a Grecia, por el atentado o por las soporíferas ceremonias de inauguración y clausura. Quise reproducir ese fragmento porque en él está, me parece, una de las claves que requerimos para la reflexión que se me ha solicitado. Como al pasar se enumeran los valores hegemónicos en esta sociedad supuestamente «globalizada». Intentemos retomarlos uno a uno:

- β individualismo,
- β jerarquización (lo que va arriba y lo que va abajo),
- β maniqueísmo (lo que es bueno y lo que es malo),
- β competencia,
- β rentabilidad,
- β exclusión (o línea de la muerte -a veces no tan súbita pero siempre ineluctable- para establecer quién vive y quién muere),
- β récords,
- β agresividad,
- β culpabilidad orientada (mejor debíamos decir «norteadas»...),
- β voluntarismo,
- β ambición,
- β éxito individual,
- β vencer,
- β belicosidad estimulada en todos los órdenes.

1. «Los atletas de alto nivel son organismos cibernéticos que rompen las fronteras humanas: el antropólogo Jean Marie Brohm» entrevistado por Anne Marie Mergier en: Proceso. México, 4 de agosto de 1996, nro. 1031, p. 72.

Por supuesto, a ninguno se nos escapa que detrás de estos inmensos esfuerzos individuales y empresariales hay una disciplina. Y muy rígida y exigente. Más eficaz cuanto más autoimpuesta. Aquí tocamos un punto neurálgico de la discusión. Michel Foucault apuntó con toda claridad el peligro de la disciplina en su clásico estudio Vigilar y castigar. A propósito del examen del panoptismo propuesto por Jeremías Bentham con intención explícita de humanizar la vida carcelaria, Foucault explicitó los múltiples pliegues de la sociedad disciplinaria. El control social aparece introyectado en los individuos. El antecedente importante es la peste, en particular la lepra. Con su doble funcionamiento: de división binaria marcante y de asignación coercitiva. Se identifica y se excluye mediante un control universalizante. La descripción de la ciudad apestada es aquí de antología. En ese contexto Bentham, introducirá posteriormente la organización arquitectónica, la distribución y adecuación del espacio para el control óptico introyectado.

De ahí el efecto mayor del Panóptico: inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder. Hacer que la vigilancia sea permanente en sus efectos, incluso si es discontinua en su acción. Que la perfección del poder tienda a volver inútil la actualidad de su ejercicio; que este aparato arquitectónico sea una máquina de crear y sostener una relación de poder independiente de aquel que lo ejerce; en suma, que los detenidos se hallen insertos en una situación de poder de la que ellos mismos son los portadores².

La ciudad apestada era un caso de excepción. El panóptico, en cambio, se incorporará a la cotidianidad de un modo indisoluble.

El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder...³.

2. Michel Foucault: Vigilar y castigar; Nacimiento de la prisión. México, Siglo XXI, 19 ed., 1991, p. 204. Una lectura complementaria de gran interés es Jeremías Bentham: El Panóptico. Incluye también una entrevista a Michel Foucault: «El ojo del poder» y un trabajo de María Jesús Miranda: «Bentham en España». Madrid, La Piqueta, 2 ed., 1989, 145 págs.

3. Ibidem, p. 206.

No es un edificio, es un mecanismo social con gran capacidad de amplificación de las disciplinas de la época clásica (cuarteles, colegios, grandes talleres) para generalizarlas y atravesar con ellos todo el cuerpo social. La imagen del cuerpo atravesado nunca fue más sugestiva... Disciplina-bloqueo y disciplina-mecanismo. Tres procesos más profundos detecta Foucault bajo esta distinción: la inversión funcional de las disciplinas (de neutralizar peligros a papel positivo como la estrategia militar), la «enjambrazón» de los mecanismos disciplinarios y su nacionalización. Me importa recoger dos preguntas con las que remata su examen de la disciplina:

¿Puede extrañar que la prisión celular con sus cronologías ritmadas, su trabajo obligatorio, sus instancias de vigilancia y de notación, con sus maestros de normalidad, que relevan y multiplican las funciones del juez, se haya convertido en el instrumento moderno de la penalidad? ¿Puede extrañar que la prisión se asemeje a las fábricas, a las escuelas, a los cuarteles, a los hospitales, todos los cuales se asemejan a las prisiones?⁴.

La lucidez del análisis de Foucault parece insuperable y nos deja meditando. Sin embargo, quisiera intentar caminar por la cornisa. Me da la impresión de que faltó en su reflexión un matiz, a mi juicio, decisivo. La disciplina es también elemento indispensable para la creación, para la producción y desenvolvimiento de las potencialidades personales y colectivas. Quiero decir, es peligroso discriminar sin más a la disciplina sin captar su instrumentalidad. Y uso el término no sin cierto temblor, sabedor de sus riesgos, en la medida en que no hay instrumentos totalmente neutrales. Han sido concebidos para ciertas finalidades que incluyen valoración. Generalmente, la valoración intencional que incluyen es intentar la perfección: el control perfecto, el poder perfecto, la ciudad perfecta. El canto de sirenas de la perfección hace perder el control de los sentidos y por tanto el sentido de realidad. El desenvolvimiento de las potencialidades creativas exige disciplina, quienes ejercen cualquier modalidad pedagógica lo saben muy bien. Hasta diría que lo padecemos

4. *Ibidem*, p. 230

inexorablemente. No hay logros de burros flautistas que tocan por casualidad... Y aquí viene el problema. Culturalmente las ascéticas se asemejan, pero responden a fines diversos. Pienso en la confesión de los evangelizadores confundida con la confesión azteca⁵. Disciplina no es rutina, aunque ciertas rutinas sean indispensables para crear hábitos, facilitar así el autodisciplinamiento y alcanzar -ojalá más fácilmente- ciertos objetivos. Y la cuestión sigue siendo quién y cómo fija los objetivos. Suponiendo -y quizá sea mucho suponer- que los objetivos tiendan a cumplirse. No hay que irse con la finta y conviene distinguir muy bien entre objetivos proclamados y efectivamente cumplidos.

Pero, volvamos a la hebra vertebral de la reflexión que estoy intentando. Si los mencionados -para mí antivalores- son los valores hegemónicos ¿cómo enfrentarlos? Parece completamente ineficaz pugnar por solidaridad, excelencia, trabajo en equipo, responsabilidad ante los demás y ante el medio ambiente, prudencia, racionalidad, diálogo, comprensión, paciencia, mansedumbre o tolerancia. Valores, entre otros, que aparecen reiterados como cantinela en los discursos educativos, planes, programas, políticas, acuerdos, etc. Es el discurso de un deseo infundado, pura espuma pronta a evaporarse. En términos actuales se lo ha expresado como sigue:

...lo que realmente educa o des-educa es el ambiente: los procesos que tienen lugar en la sociedad global, en el barrio, en las aulas y corredores y cafeterías de la escuela, en la calle, en los cines, en el seno familiar..., frente a la pantallita del televisor⁶.

Claro que esta es verdad sabida de antiguo, aunque reiteradamente olvidada. Ya lo señalaba Platón en el libro VI de La República

-
5. Gracias a los intercambios que me permite la dirección de tesis, he caído en la cuenta de este aspecto a propósito del proyecto de maestría de Maciej Zietara, quien culminó felizmente su tesis sobre "La confesión en la Nueva España", la cual mereció mención honorífica.
 6. Guillermo Michel: Entre la revolución y la utopía: Comunicación y educación. México, Paradigmas Ediciones, 1992, p. 12.

con actitud claramente aristocrática y con intención de distanciarse del sofístico vulgo

¿Qué educación privada podrá resistir a ello, y no más bien, anegada por este torrente de censuras y encomios, irá a la deriva por donde la corriente la lleve? ¿No acabará por declarar bellas o feas las mismas cosas que la multitud, por comportarse como ellos y por ser su igual?⁷.

Una ética de las virtudes privadas frente a vicios públicos (mal que le pese a Mandeville) parece condenada al fracaso o a maquillaje forzado de un cinismo que opta generalizadamente por los vicios poniendo a la virtud por los cielos como inalcanzable ideal, para usarlo de medida (como la ley) con los enemigos⁸. Es como aquel dicho gaucho: «La ley es como el cuchillo, no corta al que lo maneja».

Mostremos brevemente con «tolerancia» cómo estos valores son reapropiados o mejor inducen a una polisemia que no pueden sustentar. La tolerancia es un valor de la burguesía ascendente en su enfrentamiento con el fanatismo religioso medieval⁹. La burguesía estableció retrospectivamente sus antecedentes en una Grecia reapropiada identificada con Occidente y excluyente del bárbaro. Actualmente la noción de tolerancia aparece asociada a la democracia como un valor que le es ínsito. Su desprecio o incumplimiento es visualizado como origen de la guerra, radicalización de conflictos y exclusión de la paz. Como en otros campos de la discusión axiológica internacional, los chinos han argumentado que es un valor «occidental» que difícilmente los compromete. Y si examinamos con más cuidado, la tolerancia no pasa de ser una aceptación pasiva de

7. Platón: La República. Versión, introducción y notas de Antonio Gómez Robledo. México, UNAM, 1971, p. 213.

8. Cf. Bernard Mandeville: La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública. Comentario crítico, histórico y explicativo de F.B. Kaye. Trad. de José Ferrater Mora. México, FCE, 1982, 721 págs.

9. Para este aspecto sigo sugerencias interesantes de Ángel Ocampo, quien acaba de editar su libro *Los límites de la tolerancia y el sujeto universal. De paradojas y bandidos*. San José, Costa Rica, DEI, 2002, 316 págs.

diferencias, sin ningún compromiso solidario. En sociedades como las nuestras aparece como un valor completamente insuficiente y flaco sostén para la convivencia democrática, salvo que por democracia se entienda una mera formalidad donde se permite votar pero no elegir. No basta con tolerar que te mueras de hambre. Es menester hacer algo. Para comenzar y no errar el tiro: abrir los cauces de participación integral que te permitan resolver tu necesidad de alimentación. Aquí el tema central que nos ocupa se vuelve todavía más interesante. Por un lado, aparece asociado a ideología y moral. Por el otro, aparecen los valores como respuestas a necesidades.

Se impone como ineludible hablar de ideología y de moral. De ideología en una sociedad severamente ideologizada bajo la ideología del fin de las ideologías. La expresión fue simpática, pero actualmente, después de más de una década perdida, no puede sonar más que como cruel. En cuanto a moral, comparto las expresiones de Margarita Pisanno:

Debo reconocer que la palabra moral siempre me ha sonado como un concepto represivo, nunca la he asociado a la buena vida ni a la felicidad. Ha sido una palabra que casi no he usado; he usado más la palabra inmoral relacionada al mundo de lo público (corrupción, el espectáculo de la pobreza, del hambre, de la violación de los Derechos Humanos). En las referencias personales uso conceptos como íntegra, seria, rigurosa, sabia, coherente, pero para referirme a alguien que respeto nunca digo «es una persona moral»¹⁰.

Lo curioso es que, si atendemos a la experiencia pedagógica cotidiana, el recurso ordinario es enfrentar lo que no nos gusta con moralinas ineficaces y hasta agobiantes para los adolescentes que ven a sus «rucos» o viejos mentores como si fueran de ultratumba o sobrevivientes de *Jurassic Park*. Y, sin embargo, a todos -incluso los

10. Margarita Pisanno F.: «Niñas buenas, niñas malas. ¿Qué pasa con la moral?» en: Ximena Bedregal (coord.), *Ética y feminismo*. México, Ediciones La Correa Feminista, 1994, p. 3.

adolescentes aunque a veces no lo sepan verbalizar- nos consta que hay una carencia de eticidad en la vida cotidiana. Con humor incisivo se hace la pregunta retórica Octavi Fullat:

...¿desde qué memez nace o sobre qué chorrada se apoya la afirmación *lo que hay que hacer?* Y si yo no quiero transformar el mundo, ¿qué?; ¿de dónde saca usted, amigo Marx, la obligación de cambiar la naturaleza y la historia?, ¿de las glándulas suprarrenales o de una chorrada que no se ha confesado? El marxismo descansa sobre la ética; pero ésta, ¿dónde tiene el punto de apoyo?¹¹.

Intentemos un rodeo para volver a atacar nuestra reflexión de lleno a partir de un ejemplo. Retomo, un poco al azar, un texto reciente que intenta esclarecer en parte etimológicamente el significado del valor.

...ya desde los significados más antiguos del término «valor» en su versión griega (*áxios* y afines) aparecen ciertos rasgos fundamentales comunes a los valores:

β *Jerarquización*, bajo la idea de comparación.

β *Exigencia* de reconocimiento.

β *Fuerza de atracción* (o repulsión en el contravalor).

β *Función rectora de la vida* bajo la idea de «eje» y la de «guiar».

β *Sentido dinámico y capacidad de romper la indiferencia del sujeto* perceptor bajo las ideas de «arrastrar por su peso», «guiar», «empujar»¹².

11. Viaje inacabado: La axiología educativa en la Postmodernidad. Barcelona, Ediciones CEAC, 1990, p. 57.

12. Jesús Avelino de la Pienda: Educación, axiología y utopía. Oviedo, Universidad de Oviedo, [s.f.], p. 11, nota 4 (los énfasis son del autor). La axiología se cultivó con ahínco en Nuestra América en los primeros años de este siglo. El enfoque generalmente no rebasó los esfuerzos por caracterizar los valores en abstracto con vagas referencias y alusiones insuficientes a los contextos en que operaban. Ejemplos sugestivos de estos esfuerzos teóricos son, por ejemplo, las siguientes obras: José Vasconcelos: Ética. México, Botas, 1939, 632 págs.; Coriolano Alberini: Escritos de Ética. Mendoza, UNC, 1973, 227 págs.; Rafael Virasoro: Vocación y moralidad; Contribución al estudio de los valores morales. Santa

Pareciera que los valores nos mueven, orientan y regulan nuestro accionar. Consideremos un ejemplo muy frecuente. Entre nosotros hay una tendencia a abusar de una salida que, tal como la practicamos, se convierte en «mágica» y es francamente impotente para lo que se le atribuye. Me refiero a la fiebre de reforma de los planes de estudios. Entendida esta reforma como lo que se conocía años há como «charlas de café» o sea el hábito de reunirse, sin responsabilizarse, con la peregrina pretensión de cambiar el mundo platicando. Reproducimos entonces magníficas explicaciones de lo que debería ser, sin ningún asidero en lo que es. Se diagnostica a veces con suma pericia, pero las propuestas no pasan de ser pañitos tibios para el enfermo deshauciado. No quiero inducir a la confusión. No estoy en contra de reformar y actualizar planes de estudio. Estoy en contra de refugiarnos en un lenguaje de buenas intenciones, calmante de angustias de conciencia, que no se traduce en hechos. El salón de clases sigue estando fuera y lejos de toda reforma. Se le sigue haciendo como se puede y, además, sabemos que se seguirá así mientras invertimos horas y horas en discusiones sobre la reforma de los planes. Este ejemplo, a mi juicio, es sumamente significativo de la actitud global adoptada frente a la propia experiencia. Es una actitud de aparentar tomar el toro por los cuernos, justamente cuando lo que efectivamente se hace es fugarse y echar a correr desesperadamente dejando todo librado al reino del «ahí se va.» Tampoco se trata de que hagamos aquí un ejercicio de espontánea terapia de grupo, ni de psicodrama, ni que disfrutemos culpabilizándonos. Se trata de un esfuerzo por morder

Fé, Librería y Editorial Castellvi S.A., 1949, 177 págs.; Miguel Bueno: Principios de ética. México, Patria, 1973, 276 págs. Un giro fundamental en la discusión puede ejemplificarse como sigue: «... carece de validez apodíctica toda determinación de un bien en cuanto tal, así sea en la antigua noción de «naturaleza» de un ser, o en cualquier elaboración que se haga de la idea de un «bien intrínseco»; pues todo bien en sí es descubierto como tal en y desde la vigencia de un ethos, y éste es esencialmente aporético en tanto esencialmente inapodíctico, pues la fragilidad de su vigencia deja siempre abierto el preguntar por su validez» (Mario Sambarino: Investigaciones sobre la estructura aporético-dialéctica de la eticidad. Montevideo, Universidad de la República, 1959, p. 276).

en las articulaciones más complejas de una realidad esquivada y fuyente¹³.

Retomemos la relación entre valores y necesidades. Si concebimos al educando como sujeto activo podremos hablar de él como preferidor. La preferencia tiene dos aspectos: uno pasivo, la necesidad y otro activo, el interés. Ambos aspectos dan lugar a la distinción entre valores fines y valores principios¹⁴. Unos y otros se articulan en la praxis y requieren de una democratización participativa de las actividades educativas en particular y sociales en general. Amaestrados por la ideología hegemónica neoliberal (neoanarcoconservadora) ¿podemos hacer responsable a la escuela por no imponer unos valores que la sociedad desmiente a cada paso? ¿Desmiente, descalifica, minimiza y hasta se burla de ellos? Es una especie de doble escala valorativa. Los niños y adolescentes las captan muy bien. Una es la de lo que se predica y otra la de cómo se actúa. Todo haría pensar que la efectivamente operativa es la del actuar. Es la sabiduría bíblica: «por sus frutos los conoceréis». La respuesta inmediata dice, entonces, habría que cambiar el actuar social. ¿Cómo? ¿Se puede? ¿No sería mejor partir de la idea de que los seres humanos somos así y que los cambios provienen de un «angelismo» literalmente inhumano?

-
13. Aunque considera como fundamento de la valoración el psicologismo, es interesante el texto introductorio de Paula Gómez Alonso: La ética en el siglo XX. México, UNAM, 1958, 180 págs.; para la visión de la ética en perspectiva anglosajona y particularmente la discusión en este siglo cf. Alasdair MacIntyre: Historia de la ética. Barcelona, Paidós, 4 reimpr., 1991, 259 págs.; para las relaciones entre ética y moral y alguna consecuencias jurídicas fue importante Günther Patzig: Ética sin metafísica. Buenos Aires, Alfa, 1975, 179 págs.; de lo mejor que se ha escrito recientemente en castellano es el texto de Javier Muguerza: Desde la perplejidad (Ensayos sobre la ética, la razón y el diálogo). Madrid, FCE, 1990, 709 págs.; sintético e interesante para ver una perspectiva usamericana sobre valores y educación es el artículo de John T. Goldthwait, «Values and education: Helping history along» en: The Journal of Value Inquiry. Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, Vol. 30, 1996, pp. 51-61.
14. Cuidadosamente ha desarrollado este punto en su trabajo de doctorado María Teresa Yurén Camarena: Eticidad, valores sociales y educación. México, UPN, 1995, pp. 191 y ss.

Mi impresión -y el asunto es debatible y mucho todavía- es que si los valores no responden a auténticas necesidades no se encarnan, no se implantan, en definitiva y a pesar de todas las retóricas: no valen. Pero, ¿quién y cómo podría determinar cuáles son necesidades auténticas y cuáles no? Justamente acabamos de asistir a la caída histórica de las dictaduras sobre las necesidades y, sin embargo, estamos apresados en una sociedad donde permanecen, bajo otros maquillajes, también dictaduras sobre las necesidades a partir de la maquinaria simbólica del consumismo. Todos intuimos que hay un nivel de consumo indispensable para sobrevivir y quizá otro umbral para alcanzar calidad de vida. Sin embargo, también experimentamos la insatisfacción de no poder acceder a más. Nuestros intereses están moldeados en esos códigos y todo nuestro quehacer se rige por esa boca insaciable. Y, en lo más profundo de nuestro ser, está claro que ese es, para decirlo pedantemente, un infito malo. Vale decir, que la satisfacción que el consumo promete nunca será satisfecha. De otra parte, proliferan las propuestas ascéticas. Sin embargo, no se hacen hegemónicas. Las explicaciones dicen que es porque se enseñorea lo de animal (¡pobres animales!) y de instintivo que hay en nosotros. Pero, si eso que prima es lo que no somos y lo que supuestamente somos queda marginado o subordinado, ¿no será porque creemos ser lo que nos imaginamos ser y porque nos cuesta enfrentarnos a nuestra propia realidad?

Durante años he pensado que la única vía es la de la autolimitación, del autocontrol, de la autonomía o sea de que las reglas sean libremente asumidas o autoimpuestas. Ahora, tengo la impresión de que eso puede operar muy limitadamente en el plano personal, pero muy difícilmente en el social. El engranaje que mueve esta sociedad no sólo no se autolimita sino que se extralimita en todos los ámbitos. Posteriormente vienen las lamentaciones y se rasgan las vestiduras. Pero, ya es tarde. El mal ya está hecho.

El choque entre ideales (valores) y realidad es característico de la tensión utópica. No de las simpáticas inmovilizantes y desmobilizadoras descripciones de inalcanzable perfección típicas del género utópico, sino de la dimensión utópica que opera y

constituye lo histórico¹⁵. El problema no está en que haya tensión entre ideales y realidad, el problema es cuáles valores pueden ser empuñados como fines y principios activos, actuantes y vigentes. Quizá una breve alusión, apenas de paso y con ánimos de sugerir lecturas más amplias a los/as interesados/as, a una de nuestras novelas románticas clásicas del siglo pasado pudiera ilustrar mejor lo que trato de insinuar. En el famoso Prólogo a la segunda edición de La peregrinación de Bayoán, firmado en Santiago de Chile en junio de 1873, el puertorriqueño Eugenio María de Hostos escribía:

Cuando lo publiqué por primera vez en Madrid, a fines de 1863, era yo dos veces niño: una vez, por la edad; otra vez, por la exclusiva idealidad en que vivía.

El problema de la patria y de su libertad, el problema de la gloria y del amor, el ideal del matrimonio y de la familia, el ideal del progreso humano y del perfeccionamiento individual, la noción de la verdad y la justicia, la noción de la virtud personal y del bien universal, no eran para mí meros estímulos intelectuales o afectivos; eran el resultado de toda la actividad de mi razón, de mi corazón y de mi voluntad. Eran mi vida. Y como mi vida no tenía conexiones estrechas con la realidad, sólo perceptible para mí en los movimientos de la historia o

15. Remito a mi «¿Teoría de la utopía?» en: Oscar Agüero y Horacio Cerutti Guldberg (coordinadores), Utopía y Nuestra América. Quito, Abya-Yala, 1996, pp. 93-108. Complementario de este aspecto puede considerarse el debate que hemos mantenido con mi colega y amigo David Crocker: «La metacrítica de Horacio Cerutti a las filosofías latinoamericanas de liberación» en: Cuadernos de Filosofía: Anuario del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Facultad de Humanidades. Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, Año IV, nro. 6, 1993, pp. 64-111 y mi respuesta en la misma revista: «¿Crítica a la metacrítica o dificultades de interpretación? Respuesta provisoria a David Crocker», Año VII, nros. 7-8, 1995, pp. 82-95. Para ética del desarrollo cf. el volumen colectivo editado por J. Ronald Engel y Joan Gibb Engel: Ethics of Environment and Development: Global Challenge, International Response. Tucson, The University of Arizona Press, 1990, 264 págs. He tocado algunos tópicos en mi ponencia: «Ética para el desarrollo. Entre el NAFTA y Chiapas» en: Universitas Philosophica. Bogotá, año 12, nros. 23-24, diciembre 1994-junio 1995, pp. 41-49.

de la sociedad que justificaban mi ideal o armonizaban con él, cada encuentro con las realidades brutales era un desencanto, una desilusión, un desengaño¹⁶.

En este fragmento, el prócer antillano y gran maestro de Nuestra América nos deja tres enseñanzas. No están reñidos los ideales con la vida plena; el peligro es la exclusiva y excluyente idealidad. Los ideales que a él lo obnubilaban difícilmente nos moverían ahora: patria, gloria, matrimonio, progreso, etc. Raro sería nuestro joven de veinte años que se apasionara por alguno de ellos. Una ética de la virtudes no parece lo más operativo. Y tercero, quizá lo más importante, el enfrentamiento con la realidad desengaña pero no desidealiza. En una primera instancia puede servir para reforzar la visión ideologizada de la misma («...la realidad, sólo perceptible para mí en los movimientos de la historia o de la sociedad que justificaban mi ideal o armonizaban con él...»). Casi, casi como los lectores de periódico... Pero, su frecuentación por el contrario, desestabiliza y *resurea* (iba a decir reorienta...). En el seno mismo de nuestra realidad y no de una pseudo realidad, impuesta hoy hasta por medios virtuales, emergen las respuestas tan afanosamente buscadas, si damos chance a su manifestación.¹⁷

Esa se presenta como la tarea centralmente subversiva de los antivalores hegemónicos: explorar con ahínco nuestra realidad efectiva; dejarnos fecundar por las nuevas experiencias de acercamiento a lo que somos. Entre tanta complejidad esperanzada a que nos ha

16. La peregrinación de Bayoán: Diario recogido y publicado por Eugenio María de Hostos en: Obras completas: Edición crítica. Santo Domingo, República Dominicana, Instituto de Cultura Puertorriqueña/Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Vol. I, Literatura, Tomo I, 1988, pp. 68-69.

17. No quiero inducir la idea de repudio a los avances tecnológicos sin más. Me parece más productiva la sugerencia de que «Lejos de tener una actitud de rechazo de la informática por parte de la educación, el desafío consistiría en ir más allá de su simple utilización descubriendo las posibilidades educativas más profundas que los nuevos medios técnicos pueden ofrecer» (Antonio Monclús Estella: Didáctica y planificación de la educación: utopía y praxis. Barcelona, Humanitas, 1987, p. 129). Claro que hay que mantener la distinción entre tecnologías y técnicas.

confrontado Chiapas, por tomar ese caso tan sensible, hay un punto que ha destacado Gianni Minna: la demostración de valores comunitarios como la fraternidad, vigentes en un mundo que parece haber llegado al callejón sin salida del individualismo a ultranza, más allá del cual no hay nada, salvo el suicidio colectivo.

Por eso cabe abrir la discusión ampliando nuestra capacidad de rechazo al sufrimiento innecesario y adhiriendo al deseo de Adam Przeworski:

La libertad y seguridad materiales son cosas que la mayoría codicia altamente, pero el celo ideológico tiende tan sólo a incrementar el sufrimiento humano y muchas de las recetas políticas actualmente en boga se basan en nada más que el celo. Siempre que solicito una beca gubernamental para una investigación, se requiere que firme una forma en que declaro que no experimentaré en sujetos humanos. Quisiera que los gobiernos tuvieran que hacer lo mismo¹⁸.

Otro tanto debíamos decir de médicos, abogados, ingenieros, arquitectos y, sobre todo, educadores.

18. «Freedom and material security are things that most people prize highly, but ideological zeal tends only to increase human suffering -and many of the currently fashionable policy prescriptions are based on nothing more than zeal. Every time I apply for a government research grant, I am required to sign a form declaring that I will not experiment on human subjects. I wish governments had to do the same» («The Neoliberal Fallacy» en: Journal of Democracy. Washington, D.C., Vol. 3, nr.3, july 1992, p. 57 cito de la traducción preparada por David Crow)

LA UNIVERSIDAD Y LOS OTROS

Claudio Malo González

Doctor en Filosofía por la Universidad de Cuenca
Doctor Honoris Causa por la Universidad de Carolina del Norte, Ashville
Ex Ministro de Educación y Cultura

“Mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse. No solo es problemático y contingente que le pase esto o lo otro, como a los demás animales, sino que al hombre le pase nada menos que *no ser hombre*, y esto es verdad no solo en abstracto y en género, sino que vale referirlo a nuestra individualidad. Cada uno de nosotros está en peligro de no ser el *sí mismo*, único e intransferible que es. La mayor parte de los hombres traiciona de continuo a ese *sí mismo* que está esperando ser, y para decir toda la verdad, es nuestra individualidad personal un personaje que no se realiza nunca del todo, una utopía incitante, una leyenda secreta que cada cual guarda en lo más hondo de su pecho. Se comprende muy bien que Píndaro resumiera su heroica ética en el conocido imperativo: *<llega a ser lo que eres>*”

José Ortega y Gasset, *El Hombre y la Gente*

Humanismo y hominidad

Cuando nacemos somos todo posibilidades -la única evidencia es que algún día moriremos-, no nacemos hechos, nos hacemos a lo largo del tiempo, pero estamos condicionados por una serie de factores temporales, físicos y culturales en medio de los cuales se desarrollan nuestras existencias. El mismo Ortega y Gasset en sus “meditaciones del Quijote” consagró la célebre frase “yo soy yo y mi circunstancia” en el sentido de que para comprender adecuadamente y emitir juicios de valor sobre fenómenos individuales o colectivos debemos hacerlo dentro de la circunstancia ¹. La esclavitud hoy nos parece algo absurdo para la condición humana y cuando alguien habla de que en algún remoto lugar hay esclavos, pensamos que se

trata de algo ajeno a la realidad, como una truculenta pesadilla. Pero si nos adentramos en la circunstancia del siglo XVII y XVIII en nuestra América cuando en algunas partes, especialmente en las zonas tropicales con potencial riqueza, se realizaban subastas de esclavos traídos desde la lejana África, encontramos que en aquellos tiempos la esclavitud era algo aceptado como normal siendo mínimos los cuestionamientos; las divergencias se daban en el tipo de tratamiento que debía darse a los que -como los caballos y las vacas- eran de propiedad de otras personas.

Los avances del conocimiento, las ciencias y las técnicas, han influido sustancialmente en las circunstancias dentro de las que conformamos nuestras existencias y un hecho importante consiste en que la educación formal, a través de centros de estudios, ha dejado de ser privilegio de pocas personas y, por lo menos en el nivel básico, se considera no sólo un derecho esencial de todos los ciudadanos, sino una obligación establecida por las leyes. Desenvolverse en los tiempos que vivimos al margen de la educación es hacerlo en condiciones de extrema desventaja desde el ángulo de las personas y contar con elemento humano inferior desde la óptica de los conglomerados sociales que para superarse -desarrollarse por usar un término en boga en nuestros días- requieren personas cuyas facultades han crecido a través de la educación.

Si la educación es una obligación para los ciudadanos y una beneficio para la colectividad, nadie discute que debe el Estado dedicar importantes porcentajes de su presupuesto para que este

-
1. Ferrater Mora, en su Diccionario de Filosofía se refiere al sentido que Ortega y Gasset quiso dar al término circunstancia: "Este carácter en que, por lo pronto consiste el mundo -su ser-me- y, consecuentemente el estar *radicalmente* referido a mí, me llevó hace más de treinta años, a buscar otro término con que designarlo, ya que el vocablo 'mundo' había significado siempre en filosofía 'lo que no consiste en referencia a mí (o Yo). Lo llamé *circunstancia*. Tiene además esta palabra otra ventaja. El conjunto de lo que nos está afectando y nos está importando -positiva o negativamente- y en afrontar lo cual consiste nuestra vida de cada instante, es lo que el hombre cualquiera llama 'las circunstancias' o sea 'el mundo es quien se da en la circunstancia

proceso beneficie a todos los ciudadanos hasta cierta etapa y sea de la mejor calidad posible.

En la cita que inicia este trabajo Ortega manifiesta el temor de que el hombre corre un serio riesgo de deshumanizarse y que, a diferencia de los animales, puede ocurrirle que deje de ser hombre. Si la circunstancia de nuestro tiempo posibilita que la educación llegue a todos para que se encaje adecuadamente en las exigencias del mundo que vivimos, es esencial que esa educación tenga como meta primordial humanizar a los individuos para que mantengan y mejoren su condición. En otras palabras, el humanismo debe ser el fundamento de la educación debiendo ser preocupación básica de políticas e instituciones educativas esforzarse por definir con claridad el alcance de este concepto -usado en el mundo occidental desde la Grecia Clásica- en la actual circunstancia.

Animales sociales

No es ninguna novedad la afirmación de que vivimos en sociedad porque nuestra naturaleza así lo exige. La desprotección del ser humano al nacer es tal que su subsistencia aislado de otras personas sería prácticamente imposible. Facultades propias del hombre, como hablar y manejarse en un universo de símbolos, sólo se desarrollan si es que la vida fluye dentro de una colectividad, por pequeña que sea. Cuando Aristóteles acuñó la tan repetida frase “El hombre es un animal político” no pretendió afirmar que por naturaleza tiene que involucrarse en la organización del Estado -la polis en sus tiempos- sino que no puede subsistir sin formar parte de él. El Dr. Francisco Alvarez González, en su obra “El Pensamiento Moderno y la Idea del Hombre”, escribió:

“Para Aristóteles la Polis es un verdadero organismo. La característica de cada organismo es ser *algo más* que una mera reunión de partes. Un montón de arena e incluso una máquina son simples *sumas* de partes que preexisten, que tienen una existencia anterior. Las partes de los organismos son los órganos; pero da la casualidad

que en todo organismo éste, que por eso ya no es una *suma*, sino una *totalidad*, preexiste a los órganos. El organismo no puede ser una suma por la sencilla razón de que existe con anterioridad a sus *sumados*.

.....

Pues bien, considerar al Estado-Ciudad, la *polis*, como un organismo es algo más en Aristóteles que una mera analogía. La *polis* preexiste a los órganos, que en este caso son los ciudadanos. Todo hombre, en efecto, nace ya dentro de una sociedad, la cual, por este hecho, le antecede. Como órgano, pues, de la sociedad, el hombre ha sido en cierto modo creado por ésta a su servicio. Esto es lo que quiere decir la frase que comentamos de que el hombre es un animal político. Lo es porque forma parte, en calidad de órgano, de la *polis*, y sólo su vida adquiere plenitud de sentido como miembro o parte de ella.”²

El concepto cultura, en su sentido antropológico, se refiere a ideas, creencias, normas de comportamiento, tecnologías, sistemas de valores etc. que una colectividad humana ha creado a lo largo del tiempo y que le hace diferente a otros conglomerados con componentes distintos. A diferencia de los animales que organizan su comportamiento mediante el instinto que está integrado a su estructura biológica, los seres humanos lo hacemos mediante la cultura que proviene de la creatividad que se manifiesta de manera diferente en el planeta en el que hay muchas culturas que existen más allá de los organismos.

Todos al nacer iniciamos la incorporación a un entorno cultural y nuestra manera de ser y actuar se configura según esos patrones. Nadie nace hablando un idioma, aprende e incorpora a su persona el de la cultura en que nació. A diferencia de las peculiaridades biológicas que se transmiten por mecanismos genéticos, las culturas

2. Álvarez González Francisco, El Pensamiento Moderno y la Idea de Hombre, Editorial Universidad Estatal a Distancia, San José, Costa Rica 1988, páginas 94 y 95

persisten por largos espacios de tiempo ya que se reproducen por medios no genéticos. La educación no formal y formal que recibimos desde la primera infancia cuando la madre o quien haga sus veces nos adiestra en formas de conducta básicas, se prolonga con mayor o menor intensidad el resto de la vida adecuándonos a las innovaciones de diversa índole que se dan a lo largo del tiempo.

Cultura en sentido antropológico y sociedad son términos diferentes pero que tienen mucho en común; para los propósitos de este artículo las similitudes tienen mayor importancia que las diferencias. Una de las características esenciales a la cultura (y la sociedad) es su carácter cambiante en el tiempo. La creatividad humana es incesante y los rasgos que integran las culturas se modifican ante nuevas situaciones que se presentan o mediante actitudes distintas frente a las mismas. Las culturas no son entes absolutamente autónomos e incommunicables como las mónadas de Leibnitz, se ponen en contacto unas con otras y se intercomunican agresiva o solidariamente y los cambios que se producen provienen en mayor porcentaje por la incorporación de rasgos de otras. Cuando nos referimos al ser humano como animal social no solo afirmamos que es parte de una cultura o sociedad que ya existía antes de su nacimiento, sino de múltiples culturas que se interinfluencian y a cuyo tipo de relación está sujeto.

Con estos antecedentes el ser humano subsiste y desarrolla sus facultades dentro de una sociedad a la que se incorporó con su nacimiento. La educación, en sus inicios (endoculturación en términos antropológicos) tiene por objeto adaptar adecuadamente al nuevo ser al entorno social para dotarle de los instrumentos y actitudes que le permitirán desarrollar sus facultades. Posteriormente se espera que, en etapas ulteriores de educación, no solo se allane a vivir de acuerdo con las normas básicas de su entorno sino que se incorpore al cambio.

La circunstancia del tercer milenio

La circunstancia en la que vivimos en los inicios del tercer milenio tiene algunas características propias que le diferencian de anteriores

en el tiempo, como los grandes y acelerados cambios tecnológicos con los correspondientes impactos en la organización social y la jerarquía de valores colectivos e individuales. Se dice que el nivel de vida en el mundo mejoró de dos a cuatro desde el Imperio Romano hasta comienzos del siglo XX y que durante ese siglo cambió de cuatro a cincuenta.

El incremento de la población en el planeta es cada vez más rápido. Se calcula que cuando los europeos llegaron a América habitaban la tierra quinientos millones de personas, se duplicó a mil millones trescientos años después cuando tuvo lugar la independencia. Llevó ciento cincuenta años pasar de mil a dos mil millones al final de la segunda guerra mundial, pero tan solo en cincuenta años se triplicó a seis mil millones en el año dos mil. Este acelerado incremento no coincide con igualdad en la distribución de la riqueza, hay una ampliación de la brecha entre las minorías que cada vez tienen más y las mayorías que cada vez tienen menos. Según el Informe sobre Desarrollo Humano del año 2002 publicado por el PNUD, la esperanza de vida al nacer en el mundo es de 66.9 años³. Hay que añadir la presión de la creciente población en el planeta con el consiguiente deterioro de su ecología, lo que hace pensar que la insuficiencia de agua para satisfacer las necesidades humanas será un serio problema en el mediano plazo. La cara oscura de la tecnología, mejor dicho del uso poco responsable que de ella se hace, ha hecho que la salud de nuestro planeta pase a ocupar un primer plano tanto en decisiones de los gobiernos como en la conciencia ciudadana.⁴

Los efectos tecnológicos en la comunicación permiten un conocimiento creciente e inmediato de lo que acontece en cualquier parte del mundo, no solo de los hechos felices y sobre todo desgraciados, sino de formas de vida diferentes propias de cada cultura. No nos

3. El país con mayor esperanza de vida al nacer es Japón con 81 años, el que tiene la menor es Sierra Leona con 38, la del Ecuador es 70.0

4. Mucho se ha escrito sobre este problema, un libro consistente es el de Alfred Gore La Tierra en Equilibrio Juego, EMECÉ Editores, Buenos Aires 1993

enteramos de la existencia de grupos humanos “exóticos” por relatos de viajeros, audaces aventureros o violentos conquistadores sino que los observamos directamente mediante programas de televisión o aluviones de datos del internet. La lectura incita a la fantasía, a imaginarnos a los que son relatados por escritores, la televisión directa nos priva de esta creación individual y nos introduce en el mundo que hoy se denomina de lo virtual. La facilidad de movilización de personas incrementa la interacción con grupos culturales distintos y, alentada por la inequidad en la distribución de riqueza, acelera de manera imparable los flujos migratorios de países pobres a países ricos.

El colapso de la Unión Soviética redujo de manera sustancial las rivalidades y enfrentamientos bélicos basados en ideologías que se disputaban la hegemonía en el mundo. En lugar de que el “triumfo” de una de ellas y su difusión en el planeta haya eliminado o disminuido sustancialmente los peligros de guerras, se han agudizado las tensiones y choques entre civilizaciones en las que, hasta la fecha, el componente religioso juega un importante papel⁵, con todos los peligros de agudización del fanatismo que llega a los mayores niveles de irracionalidad cuando están de por medio “verdades” avaladas por divinidades que por definición no pueden equivocarse. Catorce años no es un lapso suficiente para sacar conclusiones definitivas, pero algunos de los acontecimientos de estos días nos hacen temer que el monstruo de la guerra tomará mayores dimensiones con la cada vez mayor eficiencia para matar.

Un fenómeno positivo es la disminución de las desigualdades de género en un importante número de países con la consiguiente incorporación de las mujeres a la educación con la tendencia a eliminar su marginalidad en la construcción de las colectividades. Al margen de los resultados obtenidos, es muy importante la conciencia generalizada en el mundo de que este proceso no tiene que

5. Samuel Huntington plantea con solidez este problema en su obra “El Choque de Civilizaciones”.

detenerse sino, al contrario, robustecerse año a año hasta llegar a un razonable nivel de equidad.

Algunos de los factores anotados llevan a un hecho que, guste o no guste, avanza cada vez con mayor fuerza y se denomina globalización que se manifiesta con más intensidad en lo económico, pero que abarca casi todas las áreas culturales y sociales. Conceptos como soberanía son cada vez más cuestionados –en su sentido de intocabilidad rayano en lo sagrado⁶ - y aunque la globalización sea cuestionada por sus reales y posibles efectos negativos, no es factible organizar nuestras vidas al margen de ella. Frente a una actitud fatalista en el sentido de que cualquier cambio siempre favorece a los más ricos, es posible creer que las diferencias pueden ser disminuidas si es que se pone mayor esfuerzo para superar las desventajas desde las que se parte.

La educación en este entorno

La educación formal ha dejado de ser un privilegio al que accedían minorías provenientes de sectores elitistas. Universalmente se acepta que es un derecho de toda persona y que el estado debe asumir la prestación de este servicio entendido como inversión. Aún quedan muchos millones de analfabetos en el planeta pero su porcentaje ha disminuido existiendo varios países en que ha desaparecido y en otros ubicados en el subdesarrollo, como el Ecuador, está por debajo del diez por ciento. La escuela cada vez se expande más y, por lo menos de labios para afuera, quienes tienen a cargo la conducción de los países admiten que el mejoramiento de la calidad de vida está estrechamente vinculado con la educación que es el camino más idóneo para que disminuyan las agudas diferencias entre ricos y pobres. Son demasiado frecuentes los casos en que, pese a aceptar lo mencionado, en la práctica se destinan fuertes

6. Al revisar este artículo tuvo lugar la guerra o invasión a Iraq por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña al margen de decisiones de las Naciones Unidas, lo que nos lleva a pensar en que sigue en vigencia la teoría de la “razón del más fuerte”.

cantidades de recursos para instituciones como las fuerzas armadas en mengua de la educación.

Preocupa seriamente en los países pobres la baja calidad de la educación que no responde a las expectativas de conocimientos y destrezas de quienes han aprobado los niveles. Si uno de los objetivos de la educación es proporcionar a las personas instrumentos adecuados para enfrentarse con éxito a los retos de la vida, esos instrumentos son tan débiles que en muchos casos dan lugar a frustraciones. Si se trata de un proceso de niveles cada vez más altos, deficiencias en las bases como manejo del lenguaje y cálculo matemático, seguirán pesando negativamente y haciendo cada vez más difíciles los niveles más altos. En todo caso se espera que toda persona concluya la etapa básica y el porcentaje de los que se incorporan y terminan la media sea cada vez mayor.

La UNESCO en su “Informe Sobre la Educación en el Siglo XXI” nos habla de los cuatro pilares básicos de este proceso: **aprender a conocer**, en el sentido de comprender de mejor manera el mundo que rodea a cada persona, las múltiples facetas del entorno, poseer información adecuada de los problemas individuales y colectivos que hay que enfrentar y desarrollar capacidad para tener autonomía de juicio sólida que permita tomar decisiones con suficiente fundamento. Cita el informe a Laurent Schwartz que en su obra “L’enseignement Scientifique” afirma: *“En nuestros días una mente verdaderamente formada necesita una amplia cultura general y tener la posibilidad de estudiar a fondo un pequeño número de materias. De un extremo a otro de la enseñanza, debemos favorecer la simultaneidad de ambas tendencias”*⁷. Este planteamiento es válido para todas las etapas. A diferencia de lo que antes se creía, el nivel de un país no depende de la cantidad de recursos naturales que tenga sino del saber de sus habitantes, no solo de los egresados de universidades que generan cambios en los avances científicos y tecnológicos y logran premios Nobel, sino del común de las personas para responder con eficiencia

7. Jacques Delors, La Educación Encierra un Tesoro, Ediciones UNESCO, México 1997, página 93

a trabajos poco calificados, con iniciativas para adaptarse con celeridad a los cambios, “aprendiendo a aprender”

Aprender a hacer, es decir a poner en práctica lo aprendido sobre todo en el trabajo. Importante es que el aprendizaje genere satisfacción por los avances en los campos del saber, pero no podemos prescindir de trasladar lo aprendido a diferentes actividades de las que depende nuestra subsistencia. En nuestra circunstancia es indispensable que haya creatividad suficiente para adaptar lo que aprendimos a cambios que hacen el futuro no del todo predecible. Siendo el trabajo una actividad que requiere comunicación con otras personas -el trabajo en equipo desplaza cada vez más al individual- las cualidades que debe reunir la persona no se limitan a la pericia y destrezas específicas -segmentarias- en tales o cuales áreas, se requiere aptitudes para trabajar en grupo, iniciativas ante nuevas situaciones y capacidad para asumir riesgos y solucionar conflictos. El coeficiente intelectual (IQ), hasta hace no mucho indicador único para calificar la capacidad de un individuo, está siendo desplazado por la inteligencia emocional con una visión integral del ser humano. Dentro de este contexto, la excesiva especialización, empobrece la capacidad de coexistencia en grupos, en cambio una orientación humanista enriquece la interrelación social.

Aprender a vivir juntos, aprender a vivir con los demás. Nuestra condición de animales sociales nos obliga a vivir con los demás y en función de los otros. Nuestras facultades crecen y se desarrollan tan solo a través del entorno social en el que nos desenvolvemos. Pero la cara oscura de nuestro ser se ha manifestado a lo largo de la historia en conflictos y destrucciones. Nos sentimos orgullosos por los avances científicos y tecnológicos que mejoran nuestras cualidades, eliminan enfermedades mortales y nos permiten superar con facilidad problemas antes inabordables. Pero a la vez nos llena de vergüenza constatar cómo ese talento y creatividad se han proyectado hacia armamentos que exaltan la “eficiencia” para matar; cómo se han invertido cantidades casi inimaginables de dinero para alimentar la prepotencia de países desarrollados, sin que importe el azote del hambre y la miseria. Las

guerras se engendran, en gran medida, en el desconocimiento del otro, en prejuicios que falsean las realidades y en un enloquecedor afán de poder. No está demás soñar en una educación que permita evitar conflictos, solucionarlos pacíficamente a través de un conocimiento de los otros limpio y de buena fe.

La diversidad se da a nivel personal pudiendo las relaciones basarse en el egoísmo o la solidaridad, en pensar en los otros como seres de los que debo sacar provecho individual o en personas y grupos con los que debo compartir algo de lo que tengo. Esta doble actitud se pone de manifiesto con más fuerza si consideramos que formamos parte de una colectividad de la que debemos sacar todo el provecho posible para fines individuales (sólo exigir derechos) o a la que debemos parte de nuestro esfuerzo pensando que como contraparte de los derechos están las obligaciones. En el fondo está en juego dar prioridad al bien común, entorno que establece de mejor o peor manera las posibilidades de desarrollo de mis facultades, o al bien individual que limita la razón de ser de la vida en la satisfacción de apetencias personales a costa del bienestar de los demás. Parte esencial de la educación en todos los niveles debe consistir en fomentar la pertenencia al grupo pensando que las condiciones de crecimiento integral dependen del bien común y destacando las compensaciones psicológicas de cumplir los deberes con la colectividad.

Con los avances de la globalización “los otros”, como conglomerados humanos diferentes, como culturas distintas, se encuentran cada vez más cercanos despertando curiosidad y recelo. Es natural, dice el informe de la UNESCO *“que los seres humanos tienden a valorar con exceso sus cualidades y las del grupo al que pertenecen y a alimentar prejuicios desfavorables hacia los demás”*.⁸

El etnocentrismo, entendido como la predisposición a considerar que la cultura de la que se forma parte es la mejor de todas y que cualquier elemento de otras que discrepen de la propia son negativos

8. Ibidem, página 98

y rechazables, ha sido una constante de la humanidad y ha alimentado el “espíritu de conquista” de los poderosos frente a los débiles, quizás por desconocimiento y ausencia de relaciones más directas. Si sacamos partido a los avances tecnológicos en comunicación y a la cercanía de la “aldea global”, es factible despojarnos de prejuicios, juzgar las otras culturas partiendo de sus planteamientos, descubrir muchos elementos positivos y tomar más conciencia de nuestras limitaciones. Cada vez contamos con más medios para “descubrir al otro”. El aluvión de datos accesibles a través del internet es un ejemplo, vale la pena aprovechar esta situación y alentar un mejor conocimiento y aprecio de nuestra identidad como antídoto contra el peligro de homogeneización de la globalización. Un afán de buena fe para descubrir al otro, necesariamente lleva a un mejor conocimiento de nosotros mismos, actualizando el viejo y siempre nuevo consejo de Sócrates: “conócete a tí mismo”.

Aprender a ser; reiterando lo anotado en líneas anteriores, tenemos los seres humanos el privilegio de poder hacernos en el tiempo. No nacemos hechos, lo que llegemos a ser dependerá de la forma cómo nos hagamos de acuerdo con la circunstancia en que se desarrolle nuestra vida. En este aspecto, la educación debe contribuir a que nos hagamos de la mejor manera posible y llegemos a ser personas que hemos logrado desarrollar a plenitud nuestras aptitudes y cualidades según nuestras preferencias. Nos caracterizamos por nuestra complejidad y diversidad, por lo que la educación debe contribuir a, dotarnos de pensamiento autónomo y crítico que nos permita saber que debemos hacer, con libertad, en las diversas condiciones que la vida no enfrenta, lo que supone entender que somos parte de los otros y que nuestras acciones afectan a los demás.

La acelerada evolución tecnológica y el énfasis en valores económicos como los únicos deseables para el éxito del ser humano pesan fuertemente en un proceso de deshumanización del mundo - a conformación del “*hombre unidimensional*” como sostuvo Herbert Marcuse-. Si por naturaleza somos creativos, tiene la educación que estar alerta para contrarrestar la tendencia a manipular a las

personas para que se adapten sin reflexión ni beneficio de inventario a los moldes del sistema, Marcuse en "El Hombre Unidimensional" escribió:

"Las necesidades políticas de la sociedad se convierten en necesidades y aspiraciones individuales, su satisfacción promueve los negocios y el bienestar general, y la totalidad parece tener el aspecto mismo de la razón. Sin embargo esta sociedad es irracional como totalidad. Su productividad destruye el libre desarrollo de las necesidades y facultades humanas, su paz se mantiene mediante la constante amenaza de guerra, Su crecimiento depende de la represión de las verdaderas posibilidades de pacificar la lucha por la existencia en el campo individual, nacional e internacional. Esta represión, tan diferente de la que caracterizó las etapas anteriores y menos desarrolladas de nuestra sociedad, funciona hoy no desde una posición de inmadurez natural y técnica, sino más bien desde una posición de fuerza. Las capacidades (intelectuales y materiales) de la sociedad contemporánea son inconmensurablemente mayores que nunca; lo que significa que la amplitud de la dominación de la sociedad sobre el individuo es inconmensurablemente mayor que nunca. Nuestra sociedad se caracteriza a sí misma por la conquista de las fuerzas sociales centrífugas mediante la tecnología antes que mediante el terror, sobre la doble base de una abrumadora eficacia y un nivel de vida cada vez más alto." ⁹

Si podemos, en buena medida, ser artífices de nuestros destinos, compete a la educación ayudarnos a poder practicar una libertad responsable que responda a nuestras estructuras interiores y a nuestro compromiso con los demás.

La Universidad del siglo XXI

Generalizada es la idea de que, siendo la universidad el tercero y último nivel del proceso educativo, debe ser cada vez más accesible

9. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1969 Página 12

al mayor número de personas, sea incrementando el número de centros de estudios de este nivel, sea flexibilizando sus exigencias. Los planteamientos de la UNESCO a los que me referí son también válidos para los estudios universitarios, pero no en su totalidad. Casi nadie objeta la obligatoriedad de la educación primaria ya que proporciona los instrumentos básicos para desenvolverse en los entornos sociales que nuestros tiempos exigen, siendo ideal que esto ocurra en la niñez. De la educación media no se puede afirmar lo mismo, aunque sería deseable que cada vez un porcentaje mayor de personas cubra este nivel, en parte para un mayor enriquecimiento interior, en parte porque los cambios en complejidad de la culturas desarrolladas requieren a todos un mayor número de conocimientos y de destrezas.

En el nivel universitario los planteamientos son otros. Luego de haber dedicado una media de doce años de la vida a educarse, es normal que un importante número de personas prefiera incorporarse al trabajo con la multiplicidad de dimensiones que esta tarea conlleva. Sin llegar a deformantes exageraciones, la incorporación a una carrera universitaria parte de una seria capacidad de elección de los que quieren continuar sus estudios, para profundizar su esfuerzo en determinadas áreas de la actividad humana, partiendo de una base humanista de las etapas anteriores y de una visión global de la realidad. Se trata de una doble decisión: dedicar más tiempo de la vida a la formación y optar por un segmento más concreto para profundizar en el saber. No cabe entonces que todo ciudadano tenga el “deber” de realizar estudios universitarios.

Las universidades tienen la tarea de formar elites intelectuales - en el sentido amplio de este concepto- que asumirán responsabilidades mayores y más delicadas en el funcionamiento de las colectividades. La palabra elite tiene un mal sabor si se la entiende como grupos minoritarios de personas que disfrutaban de privilegios por haber nacido en tales o cuales condiciones o porque cuentan con medios económicos abundantes provenientes de sus familiares. Pero si por elite entendemos al grupo minoritario de individuos que, en virtud de su esfuerzo, ha puesto de manifiesto mayor rendimiento,

el concepto responde a la diversidad de la humanidad que no está constituida por una fofo masa de mediocres sino de individuos dotados en mayor o menor grado de capacidades y motivación para desarrollarlas. El ejemplo más claro es la elite deportiva en la que no cuentan factores como condición social y económica de quienes la integran.

Para cumplir este propósito es conveniente que, en todas partes, las universidades se empeñen en racionalizar la admisión tomando en cuenta capacidades y motivaciones de los que quieren incorporarse a sus aulas y eliminando el acceso de gente que, por otros motivos, quiere ser parte de una elite para la que carece de aptitudes. Si se habla de democratizar el ingreso a la universidad en el sentido de garantizar que todos los aptos puedan hacerlo, eliminando condicionamientos económicos o de otra índole, está bien, pero las experiencias de una eliminación de todo requisito, ha llevado a la masificación y el consiguiente deterioro académico en perjuicio de la sociedad global.

No cabe olvidar que la universidad no es la única alternativa en la educación superior; existen otros centros que se concretan más en la capacitación para quehaceres puntuales, profesiones intermedias que requieren menos tiempo y que cubren las insuficiencias de la educación media para tales o cuales actividades y que con frecuencia se ofrecen a quienes ya se incorporaron a trabajos en los que esperan hacer carrera. La universidad, en cambio, tiene que aspirar a proporcionar a sus alumnos una formación integral que permita el manejo eficaz de áreas específicas con una visión global de la realidad.

Capacitación y educación tienen algo en común, pero considero que en el primer caso prima el desarrollo de destrezas para la prestación de algún tipo de servicio, mientras que en el segundo es fundamental el desarrollo de la capacidad de reflexión para que las destrezas adquiridas se pongan en práctica con creatividad, adecuándolas a las condiciones de la sociedad cambiante y tomando

muy en cuenta el compromiso que se tiene con la colectividad, más allá del eficiente ejercicio profesional.

Fundamental en la formación universitaria es la investigación. No todos los que salen de las universidades van a dedicar la mayor parte de sus esfuerzos a avanzar por los campos del conocimiento incrementándolo y buscando nuevas soluciones a problemas antiguos o soluciones originales a problemas no resueltos. En el ejercicio directo o indirecto de sus profesiones los graduados universitarios pueden paralelamente estar pendientes de nuevas salidas a los problemas y estar al día en los avances que se dan en sus respectivos campos. No es común, pero tampoco extraño, que profesionales con mente abierta que no se han dejado atrapar por la rutina avancen en nuevos campos del conocimiento de sus áreas o contribuyan a la colectividad con nuevas alternativas a los problemas.

Los docentes de las universidades provienen de estos mismos centros de estudios superiores y, además de impartir conocimientos a los alumnos, es fundamental despertar inquietudes para despejar incógnitas ante lo desconocido, lo que supone espíritu de investigación para superar la cómoda tendencia a ser un pasivo receptor de datos y lograr la satisfacción de poder encontrarlos por cuenta propia. Un factor importante para transmitir estas inquietudes y actitudes es el ejemplo. Si un maestro universitario demuestra que investiga y publica los resultados, los alumnos aumentan su credibilidad y se sienten atraídos para imitar estas realizaciones.

En la universidad contemporánea el cuarto nivel ha dejado de ser un espacio excepcional para un pequeño grupo de personas. Los avances en sub áreas son cada vez mayores y la eficiencia de la práctica profesional requiere este tiempo adicional centrado en problemas más restringidos, pero no por ello menos importantes para los afanes de conocer de las personas y las necesidades de quienes integran las colectividades. Si en un pasado no muy lejano las carreras que ofrecían las universidades eran pocas según las demandas sociales, en nuestros días su número se ha incrementado notoriamente, lo que parece seguirá ocurriendo en el futuro. Lo que

antes podía considerarse un capítulo -más o menos amplio- de una carrera, hoy se ha convertido en una carrera completa. Esta situación se proyecta con fuerza al cuarto nivel que restringe el campo de ejercicio profesional, pero con mayor eficacia según las exigencias de los conglomerados humanos.

No debemos perder de vista que, habiendo aumentado la esperanza de vida al nacer en todo el mundo, así como el número de años útiles, la prisa por obtener un título que ubique a quienes lo obtienen en mejores condiciones para hacer frente a los retos de la vida debe disminuir pues se dispone de mayor tiempo para mejorar la formación y pulirla en áreas más específicas. Hay que añadir la conformación más tardía de la familia y la incorporación de la mujer a los procesos productivos que distancian las urgencias económicas. Cada vez es mayor el número de graduados universitarios que, pasados algunos años, se reintegran temporalmente a la vida de estudios formales en el cuarto nivel haciendo una pausa a los trajines cotidianos o compartiendo el esfuerzo que esta etapa exige con el del trabajo.

La Universidad y los otros

Si, a gusto o disgusto, tenemos que adaptarnos a las circunstancias de la sociedad cambiante, es indispensable que las universidades para cumplir su misión tengan plena conciencia de la circunstancia presente e imaginación sólida para tener un razonable nivel de certeza sobre los cambios que se van a dar y los rumbos a los que se proyectan las colectividades. El futuro no es predecible, pero sí previsible. Nuestra memoria nos permite contar con experiencias del pasado, no sólo por la satisfacción de romper barreras del tiempo, sino para entender mejor la circunstancia que vivimos en el presente. Pero podemos también, de alguna manera, contar con el futuro para organizar nuestra conducta.

Un alto porcentaje de los actos que realizamos en la vida se justifica en virtud de efectos que esperamos ocurran en un futuro que

es expectativa. La asistencia sistemática a clase de los alumnos de las universidades no se justifica por el enorme placer que les brinda incrementar los saberes; pesa, y mucho, la culminación de una carrera y la obtención de un título que, se espera, les ponga en condiciones de hacer frente al futuro en mejores condiciones. Oráculos, augures, profecías, precursores abundan en la historia de las múltiples culturas de la humanidad. Desde hace algún tiempo, con rigor académico, cobra cada vez más importancias la prospectiva entendida como el conjunto de estudios y análisis con rigor científico para tener un conocimiento, con razonable certeza, del futuro en determinadas materias. Esta aspiración humana ha estado, con más frecuencia que la deseable, deformada por dogmatismos religiosos o seudocientíficos que, con mentalidad excluyente, pretenden sus creadores y seguidores tener el monopolio de la verdad.

El dogmatismo es la negación del sentido real de la universidad cuya razón de ser es avanzar por los campos del saber con un criterio universal, es decir con total apertura para la diversidad de planteamientos nacidos de la capacidad creativa del ser humano. Si la universidad se aferra a uno de estos múltiples planteamientos y cree que, por considerarlos los únicos “verdaderos”, su misión es difundirlos y combatir los otros que son “falsos”, se niega así misma, pues si ya posee la “verdad”, poco sentido tiene seguir esforzándose para encontrarla. En este caso, en lugar de un centro formador para abrir y alentar mentes a que avancen por los caminos de la razón, se deforma en un centro indoctrinador que empequeñece -si es que no anula- las posibilidades de avanzar en el conocimiento.

Una universidad que se respete a sí misma tiene que contar con los **otros** en el sentido de que ofrezcan y sostengan planteamientos diferentes a los mismos problemas. En términos elementales, el otro es el diferente a mí con el que tengo que contar para enriquecer mi vida. En sentido más amplio, **lo otro** vendría a ser el conjunto de doctrinas y estrategias diferentes a las mías, que no puedo ni debo ignorarlas si está de por medio un afán sincero de avanzar. La universidad es el espacio en el que coexiste la diversidad, los otros,

en un ambiente de respeto y aceptación de las limitaciones y posibilidades y del valor creativo de lo diferente. La capacidad de cuestionar podría darse en personas aisladas o plenamente satisfechas con la circunstancia en que se vive, pero se dinamiza y avanza en entornos intelectuales inquietos en los que **los otros** no son la negación sino el reto en la construcción del futuro. En este contexto, la formación universitaria tiene que tomar en cuenta esta clase de diversidad de ideas en diversos ámbitos, en aquellos que tienen que ver con problemas que atañen a la sociedad global de la que, por más que queramos, no podemos escapar y de planteamientos diferentes en áreas específicas vinculadas con cada una de las carreras, sin perder de vista que la práctica de una carrera necesariamente se da en un contexto político y social específico en cada época y variable a lo largo del tiempo. Una visión de universidad que se preocupe de mayor especialización en el menor tiempo no es adecuada para la comprensión de lo diferente.

Desde un punto de vista antropológico, **los otros** son las culturas diferentes con las que estamos en contacto, que cada vez son menos extrañas y que pesan cada vez más en la circunstancia de cada país y región a medida que avanza el proceso de globalización. El antropólogo sueco Jonathan Friedman, en su obra "Identidad Cultural y Proceso Global" escribe:

"La globalización se refiere tanto al estrechamiento del mundo como a la mayor conciencia que se tiene de éste como un todo. Remite con ello a un aumento de la interdependencia global y del saber que se tiene de esta interdependencia.....La noción de estrechamiento remite a la disminución de la distancia entre las partes, a la implosión, a fenómenos del tipo de los detallados por quienes proponen la <aldea global>.....La interacción de particularismo y universalismo, contrastando una globalización en sentido total, la idea de humanidad como tal, con una universalización de los particularismos, como ocurre en el nacionalismo. Este fenómeno no es entendido como fragmentación sino como difusión de una idea; es decir, las circunstancias sociales de la emergencia de

identidades locales se tratan en gran parte como una globalización intelectual o cognitiva.”¹⁰

El fenómeno pluriculturalidad cada vez deja de ser un concepto abstracto, interesante para discutirlo en foros o exponerlo en libros y artículos. Se trata de fenómenos vivenciales que sacuden actitudes tradicionales y cómodas. Uno de los factores que contribuyó a la consolidación de la Antropología Cultural como disciplina científica en la segunda mitad del siglo XIX fue la ola colonizadora de países industrializados de Europa en Africa, Asia y Oceanía. El contacto directo con nuevos tipos de organización social despertó la curiosidad de científicos sociales que se empeñaron en tratar de comprender las causas de esta diferencias partiendo de los fundamentos de los “otros” y no del de los conquistadores, pero en un entorno de dominación y sometimiento con fines económicos. La política general era de contracultura dominante con relación a los dominados, con la idea de “civilizar” a los sometidos mediante la destrucción de sus patrones culturales.

En nuestros días se pretende que predomine la interculturalidad, es decir coexistencia constructiva entre los diversos grupos ubicados en un mismo estado superando los atávicos complejos de superioridad e inferioridad con miras a eliminar las connotaciones de dominación y sometimiento. (El caso del Ecuador es un buen ejemplo, no sólo consta en la Constitución última que está vigente desde Agosto de 1988 que el Ecuador es un Estado pluricultural y múltietnico (Art. 1) y en los artículos 83 y 84 derechos colectivos que se reconocen a los pueblos indígenas, sino que se han desarrollado una serie de debates académicos relacionados con la puesta en práctica de la interculturalidad. La publicación “Justicia Indígena, Aportes para un Debate recoge trabajos académicos de eventos organizados por la Universidad Andina Simón Bolívar en el primer semestre del año 2002. Cabe destacar la incorporación de dirigentes indígenas a funciones nacionales y locales de alto nivel como Congreso Nacional, Ministerios y Alcaldías.

10 Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001 páginas 298 - 299

La formación universitaria no puede prescindir de un gran esfuerzo para la comprensión del **otro** con una visión cultural y a desarrollar aptitudes y actitudes para que en las múltiples acciones que conlleva la vida prime la cooperación real que evite los conflictos nacidos de diferentes visiones de la realidad, que se los soluciones cuando se produzcan y que se enfatice en las ventajas de las diferencias más que en los problemas. Es normal la tendencia de los integrantes de un grupo a sobrevalorar sus posiciones reforzadas por la tradición, pero es también propia de la condición humana mejorar mediante la incorporación de lo distinto que poseen los otros para elevar la calidad de vida partiendo de un criterio de solidaridad que implica compartir lo que se tiene con los demás para disminuir las diferencias, especialmente las nacidas de la injusticia. La conciencia de la existencia de conglomerados humanos culturalmente diferentes no es ninguna novedad, pero esa conciencia puede tener distintos niveles.

Información, simplemente estar enterados de la presencia de otros grupos considerados con mucha frecuencia extraños y anormales que deben ser sometidos y explotados por ser inferiores. La palabra “bárbaro” que significa extranjero, para griegos y romanos tenía la connotación de inferiores (balbucientes por que hablaban otros idiomas que no los podían entender como a los niños que comienzan a articular sonidos). A nivel tribal los otros grupos organizados con frecuencia son considerados enemigos a muerte que deben ser extinguidos, sin que estén de por medio diferencias raciales.

Aceptación, implica admitir la coexistencia con un mínimo de normas de comportamiento con los otros. De hecho o mentalmente suele estar de por medio la idea de superioridad e inferioridad sobre todo cuando uno de los grupos domina a los otros. El sometimiento, como un derecho, es la tónica de esta aceptación alimentada por una serie de prejuicios que generan discriminaciones. La aceptación supone alguna forma de respeto, pero tiende a primar el abuso que puede estar mitigado por posiciones paternalistas frente a los que por naturaleza son considerados más débiles y de alguna manera

inferiores. En estas situaciones pueden haber enfrentamientos entre los integrantes de la cultura dominante por los tratamientos más o menos duros que se da a los dominados¹¹, y entre los segundos manifestaciones de rebeldía o afanes de imitar para parecerse lo más posible a los que controlan el poder.

Tolerancia. Supone en el ordenamiento legal un reconocimiento a derechos para los grupos tradicionalmente sometidos, pero en la práctica social persisten ideas y actitudes de superioridad de los que se beneficiaban de los privilegios establecidos en las leyes. Tiende a avanzar la idea de que los otros, a los que se reconoce igualdad, para superar su “inferioridad” deben educarse, “civilizarse”, en el sentido de cambiar culturalmente renunciando a sus rasgos identificatorios para lograr, desde el punto de vista de la cultura, deshacerse de aquello que les pone en desventaja y aspirar a ser como los del grupo dominante, es decir renunciar a su cultura. La tolerancia supone, en la mayoría de los casos, una aceptación a regañadientes de una igualdad jurídica que no respondea una realidad de hecho, y un cercenamiento de “derechos” del pasado.

Comprensión. Requiere un esfuerzo de buena fe para entender, desde el punto de vista del otro, los fundamentos de su cultura y los sistemas de interrelación de sus rasgos. Esta posición tiende a eliminar los prejuicios que impiden lograr una visión relativamente equilibrada de lo que es diferente. La posibilidad de emitir juicios de valor sobre lo diferente a lo nuestro es factible cuando se lo entiende como un conjunto y no una parte aislada. La comprensión avanza cuando se tiene un mejor conocimiento de lo nuestro lo que es posible si realizo comparaciones frías con lo otros ya que un mejor conocimiento de aquello con lo que se coexiste contribuye a destacar excelencias y desnudar limitaciones del entorno social del que vitalmente formamos parte. Lo que con precipitación consideramos repudiable puede convertirse en explicable y, a veces laudable,

11. En el caso de la conquista española, de manera especial la posición de Fray Bartolomé de las Casas y sus seguidores, es elocuente.

cuando llegamos a entender los factores que inciden en esas maneras de ser y actuar.

Valoración. Solo se valora aquello que se conoce y se entiende. La valoración supone alguna dosis de emotividad, pero debe arrancar de una posición equilibrada. No cabe entender la valoración como aprobación o rechazo absolutos de algo, ya que nada es totalmente negativo o positivo, especialmente en una cultura que se caracteriza por su alta complejidad. Si valoramos algo diferente renunciamos a la idea desacertada, pero más generalizada de lo que creemos, de que el universo se agota en nuestro yo y nuestra circunstancia inmediata. Los impulsos que en varias ocasiones nos conducen a actitudes y acciones sin suficientes elementos de juicio se deben a ausencia de valoración de lo otro o a erróneas apreciaciones en este campo.

Respeto. Va más allá de la aceptación, implica una predisposición para organizar la vida y el comportamiento contando con amplias diversidades, no como amenazas a nuestra seguridad -en el amplio sentido de esta palabra- sino como un entorno más amplio y enriquecedor. Actitudes negativas alientan agresiones y posiciones peyorativas frente a lo otro que nos llevan a seleccionar lo malo que en todas partes podemos encontrar. Las actitudes positivas, en cambio, nos inducen a la cooperación, al empeño en descubrir lo bueno que hay en lo otro para, con satisfacción, integrarlo a un todo que supere el entorno. El respeto es el primer paso para desarrollar empatías que conducen a acciones comunes beneficiosas para todos. Visiones unilaterales y unidimensionales de un mundo en el que lo diferente es su esencia, conducen a deformaciones empobrecedoras de la realidad, si las visiones son multilaterales y multidimensionales, llevan a acercarnos a la realidad tal cual es y a respetarla como algo que va más allá de nuestras limitaciones.

Por definición la universidad, en cuanto empeño por acrecentar el saber, ha tenido que contar con lo que está más allá en el espacio, en el tiempo y en el pensamiento. El sentido de universalidad tiende a romper limitaciones y barreras propuestas por elementos externos

a ella y a intereses limitados a personas y situaciones del momento. Si la universidad es la sede de la razón, tiene que ser también del respeto, pues la falta de respeto tiene sus reales en el campo de las vísceras, es decir, de lo irracional.

Conclusión

Retornando a la cita de Ortega y Gasset con la que inicio este artículo, creo que, luego de varias décadas en que se escribió esta obra (1934), “el riesgo permanente de deshumanizarse” es mayor en los albores del tercer milenio y que compete a la universidad revisar sus estrategias para evitar este empobrecimiento de la condición humana. Como un bisturí que en manos de un cirujano puede salvar una vida y en la de un delincuente acabar con ella, los grandes avances tecnológicos que confluyen en la globalización pueden tener efectos positivos o negativos en esta tensión entre humanismo y deshumanización. La circunstancia está dada, como actuamos en ella, depende de nosotros.

Por su naturaleza, debe la universidad ser el bastión frente al peligro de deshumanización retornando al humanismo o reforzándolo en función de los condicionamientos de la circunstancia que vivimos. Muchos son los caminos para lograr este propósito y no existen recetas infallibles ni varitas mágicas. Pienso que una rica cantera del humanismo en nuestros días radica en el conocimiento y actitud frente a los otros con los que estamos en contacto virtual y real como nunca en la historia de la humanidad. Este contacto vital no cabe interpretarlo como una amenaza y un llamado a “defender lo nuestro”, peor aún como una invitación al sometimiento por las buenas o por las malas. Lo que cabe es aprender a coexistir partiendo de que si desterramos cualquier forma de violencia se dará un enriquecimiento de todos. Por definición el humanismo no es excluyente sino integrador. Lo único excluyente para el humanismo es la exclusión.

Tarea básica de la universidad -haciendo honor al sentido de universalidad- es liderar esta actitud, si esencial a la condición humana es ser diferentes y esas diferencias culturales están en la cercanía en el proceso de formación de los estudiantes es necesario que, mediante la cátedra, los pensa, la investigación y otros recursos se fomente la comprensión, el respeto y el enriquecimiento a través de la coexistencia de los otros. Seremos más seres humanos mientras más conozcamos a los otros en dimensiones universales, mientras más incorporemos a nuestras vidas la conciencia positiva de la diferencia. Un mayor conocimiento de lo otro no se agota en ampliación de nuestra información, necesariamente lleva as un conocimiento más profundo de nosotros mismos que, en el fondo es la meta más codiciada de cualquier forma de humanismo.

Si podemos soñar despiertos, si podemos hacer prospectiva disciplinando la imaginación con rigor académico, si el contar con el futuro nos lleva a definir mejor nuestra razón de ser y el sentido de la vida, la utopía siempre estará presente en la universidad que necesariamente tiene que apuntar al más allá en el tiempo. La idea de utopía como sueño irrealizable que no tiene cabida en el mundo dadas las limitaciones del ser humano va adquiriendo un sentido más realista. El profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, Horacio Cerutti, uno de los más serios y constantes estudiosos de este tema, propone otra definición de este concepto: "Tensión no resuelta entre una realidad intolerable y unos ideales deseables"¹². Pienso que el riesgo de deshumanizarse es parte esencial de la realidad intolerable que desemboca en tensiones y que el humanismo, basado en el conocimiento e integración con los otros dentro de las universidades forman parte de los ideales deseables.

12. Esta definición la he tomado de una entrevista publicada en la revista Coloquio, número 16 de la Universidad del Azuay

Bibliografía Consultada

ALVAREZ GONZALEZ, Francisco,
El Pensamiento Moderno y la Idea del Hombre, Editorial Universidad
Estatual a Distancia, San José 1988

AUGE, Marc,
Ficciones de Fin de Siglo, Gedisa, Barcelona, 2001

DELORS, Jacques,
La Educación Encierra un Tesoro, Ediciones UNESCO, México, 1997

FERNANDEZ-ARMESTO, Felite,
Civilizaciones, Taurus, Madrid, 2002
Ferrater Mora José, Ariel, Madrid 1994

FRIEDMAN, Jonathan,
Identidad Cultural y Proceso Global, Amorrortu Editores, Buenos Aires,
2001

GORE, Albert,
La tierra en Juego, EMECÉ Editores, Buenos Aires 1993

HARRIS, Marvin,
Teoría sobre la Cultura en la Epoca Posmoderna, Editorial Crítica,
Barcelona 2000

HUNTINGTON, Samuel,
El Choque de Civilizaciones, Paidós, Barcelona 2001

MARCUSE, Herbert,
El Hombre Unidimensional, Joaquín Mortiz, México 1969

ORTEGA Y GASSET, José,
El Hombre y la Gente, Revista de Occidente, Madrid 1967

VARIOS,
Justicia Indígena, Aportes para un debate, Abya Yala, Quito 2002

De Regreso a las Fuentes: Los Estudios Generales como Sinónimo de Universidad

Francisco Salgado Arteaga

Ingeniero Civil por la Universidad de Cuenca

Master en Antropología del Desarrollo por la Universidad del Azuay

Master en Informática por la Universidad de Indiana EE.UU.

Vicerrector de la Universidad del Azuay

“Educar es depositar en cada hombre toda la obra que le ha antecedido: Es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente hasta el día en que vive: Es ponerlo a nivel de su tiempo para que flote sobre él, y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es decir, preparar al hombre para la vida».

José Martí

En su obra fundamental *The Idea of a University*, John Henry Newman planteaba en 1854 el basamento de la universidad británica, que ha privilegiado la formación de las personas, sin descuidar las otras misiones del desarrollo de la ciencia y el servicio a la sociedad.

Al contestar a la pregunta: ¿Qué es una Universidad?, Newman expresa: “encontraría mi respuesta en su denominación original de *Studio Generale* o Escuela de Aprendizaje Universal”. Esto implica la convergencia de profesores y estudiantes de todas partes en el campus y, sobre todo, la convergencia del conocimiento en todos los ámbitos del saber. Por tanto, la esencia de la Universidad es la de constituirse en espacio propicio para la comunicación y circulación del pensamiento. En suma, la misión fundamental de la Universidad es la de formar personas que aprendan a pensar.

Entendida así la Universidad, el ambiente que se genera es único, la vida se desarrolla en una atmósfera universitaria, con el frescor de la naturaleza en el campus, con amplios edificios que brindan hospitalidad, con la novedad cotidiana del aula, con la curiosidad que forma la mente del investigador, con el trato amable y solidario entre sus miembros, con las conferencias brillantes, las clases creativas, el ejercicio y el deporte, las narrativas de los

procesos científicos, las esperanzas, fracasos, conflictos y éxitos que hacen de nuestra experiencia universitaria un espacio-tiempo sustancial en nuestro aprendizaje, y por consiguiente, en nuestra formación como personas.

En la tensión entre cambio y continuidad de las instituciones humanas, la Universidad debe impulsarse en la tradición para preparar hacia el futuro. Al reflexionar Newman sobre las primeras universidades históricas: Bolonia, Salamanca y Oxford que se desarrollaron fuera de los centros de poder político – a diferencia de París-, decía que constituían referentes sobre los que podíamos construir, en cada caso concreto actual, una Universidad que sea tanto antigua como joven. Antigua en su tradición y joven en su promesa de futuro.

El debate propuesto por Mario Jaramillo, Rector de la Universidad del Azuay, en el discurso inaugural de este año lectivo, es una oportunidad precisa para comentar sobre la Universidad que queremos a inicios del Siglo XXI. Una universidad con tradición y con promesa de futuro. Y la tradición viene desde los estudios generales, desde la enseñanza de las humanidades en la Universidad, que libera del túnel profesional y amplía los horizontes.

La brecha epistemológica

La división del mundo del conocimiento en disciplinas, y sobre todo la gran brecha o “divorcio” entre las humanidades y la ciencia es un hecho que se configuró en los dos siglos comprendidos entre 1750 y 1945. Hasta antes de este período, en ninguna parte del mundo se había producido esta separación, pues tanto la búsqueda de la verdad como la de lo bueno y lo hermoso eran tareas inseparables. Sin embargo, a partir de 1750 se fue difundiendo la noción de que existían dos formas diferentes de conocer. La ciencia – basada en estudios experimentales de la realidad y en generalizaciones tan amplias como permitían las evidencias – se concentró en la responsabilidad de la búsqueda de la verdad. A las humanidades –

aprendizaje a través de la hermenéutica que evitaba las generalizaciones - se le reservaron los ámbitos de lo ético y lo estético.

Al fin de la segunda guerra mundial, esta estructura se había configurado plenamente. Aún más, la ciencia había ganado su propia batalla de prestigio sobre las humanidades, y era reconocida en el imaginario colectivo como una forma de conocimiento superior, que recibía no sólo los honores sociales, sino mayores ingresos pecuniaros. Se remarcaba su utilidad para la producción de la tecnología y para el crecimiento económico, que supuestamente permitían una mejor calidad de vida.

Sobre esta brecha epistemológica hemos sido formados los profesores de la actual Universidad. Por ello tendemos a reproducir en nuestra práctica la separación del conocimiento en disciplinas, la disgregación de la educación de acuerdo a estas fronteras, el alejamiento entre facultades, escuelas y departamentos, el énfasis en el “perfil profesional” y el “campo ocupacional” por encima de la formación de las personas y el mundo continuamente cambiante en que vivimos. Comprender que partimos de este hecho es fundamental para reflexionar sobre el sistema deseable en la educación superior contemporánea.

En este último cuarto de siglo la crítica a esta división ha crecido desde el interior de los mismos polos separados: los científicos hablan ahora del pensamiento complejo, de las ciencias de la complejidad, que basan sus principios en lo opuesto a la dinámica newtoniana de la linealidad, determinismo y equilibrio, y que señalan el fin de las certidumbres. Los humanistas insisten en el contexto social de toda producción cultural, y en la variabilidad de la cultura en el tiempo y el espacio. A decir de Immanuel Wallerstein en su “Comentario” *The Future of the University System*¹ (1999), el campo magnético del conocimiento que era centrífugo se está volviendo centrípeto.

¿Por qué estudiar Humanidades?

William J. Bennet describe las humanidades como lo mejor que se ha dicho, pensado, escrito, o expresado sobre la experiencia humana. Las humanidades nos dicen cómo los hombres y mujeres de nuestra civilización y de otras civilizaciones han discurrido sobre las cuestiones fundamentales de nuestra vida: ¿Qué es la justicia? ¿Qué debemos amar? ¿Por qué vale la pena luchar? ¿Qué es lo bueno? ¿Por qué florecen las civilizaciones? ¿Por qué declinan?

Kant definía las humanidades con cuatro preguntas esenciales: ¿Qué puedo conocer? ¿Qué debería hacer? ¿Qué puedo esperar? ¿Qué es el hombre? Estas preguntas no son un simple juego de intelectuales. Las formas de responderlas han producido resultados tangibles en nuestro mundo, han permitido que florezcan civilizaciones, se desarrollen naciones, se libren guerras, y han contribuido al bienestar o malestar de la gente.

El estudiante forma su personalidad en confrontación con las más grandes obras de la filosofía, historia, literatura, y arte, confrontación que no es sino el encuentro con las grandes almas de nuestra especie. La Universidad debe promover este encuentro, con la enseñanza de las humanidades. Los estudiantes tienen la expectativa implícita al acudir a la Universidad de que sus autoridades y profesores tengan una clara visión de lo que vale la pena ser, saber y hacer. La Universidad no puede quedar reducida a un simple catálogo de cursos para una carrera, tiene que preparar al alumno para la vida.

Y esa preparación implica una visión de la comunidad universitaria sobre el papel central de los estudios generales en la formación y no como un lujo o pasatiempo académico. Ellos brindan un cuerpo de conocimientos y medios de reflexión y búsqueda, fundamentales para la producción de pensamiento, misión esencial de la Universidad.

Esta visión implica que los mejores talentos de nuestra comunidad se comprometan a enseñar las humanidades, preparando primero al cuerpo de profesores en este retorno a las fuentes primigenias

de la Universidad como institución humana. Los estudios generales no deberían concentrarse únicamente en ciertas materias en el año inicial, sino que deberían continuar a lo largo de la formación del estudiante. Esta enseñanza debe buscar un equilibrio entre amplitud y profundidad. Amplitud que permita una perspectiva amplia, que evite el provincianismo intelectual¹. Pero también profundidad que nos evite las generalizaciones vagas y los estereotipos. En este último aspecto, es importante que se trabaje con los textos originales de los autores clásicos, mas no con textos secundarios. Leyendo aquellas obras, reflexionándolas, debatiéndolas, y escribiendo sobre ellas, los estudiantes llegarán a comprender el poder de las ideas.

El poder de la transdisciplina

Si reflexionamos en los grandes aportes que hicieron Newton, Darwin, Marx, y Freud, que han sido por supuesto impresionantes en su campo particular de la física, la biología, la sociología o la psicología, constataremos que es aún más admirable el amplio rango de conocimientos que ellos tenían, las lecturas que habían realizado en disímiles campos; perspectiva amplia sin la cual, no habrían llegado a desarrollar sus tesis fundamentales para la ciencia. Igual constatación podríamos hacer en el ámbito del pensamiento latinoamericano con Bolívar, Bello y Martí, o en el caso del ecuatoriano con Espejo y Montalvo.

Esta formación humanística, este conocimiento transdisciplinario se junta con la capacidad de hablar o comprender otras lenguas a más de la materna. En los casos anteriores, y muchos otros que podríamos agregar al ejemplo, se conjugan una buena formación humanística y la comprensión de dos o más idiomas.

Me gustaría compartir tres casos adicionales de quienes han sido mis profesores: el matemático Frank Harary², el antropólogo Paul E. Little³ y el padre Alfonso Borrero Cabal⁴.

Frank Harary, el principal autor de la teoría de los grafos, nos relataba cómo un amplio conocimiento de varias disciplinas le permitió desarrollar no solamente nuevas aplicaciones a la teoría de los grafos, sino verdaderas innovaciones en otras áreas de la ciencia. Los grafos, un campo especializado de las matemáticas, son de manera simple un conjunto organizado de nodos y arcos con propiedades y restricciones específicas. Varias aplicaciones han partido de este concepto matemático, en campos de la antropología, biología, química, geografía, lingüística, ingeniería mecánica, investigación de operaciones, sicología y estadística.

Harary, quien habla 7 idiomas, nos deleitaba contando cómo trabajó con el antropólogo francés Levi-Strauss en su teoría de parentesco, basando algunas innovaciones en dicha teoría sobre el concepto de ciertos grafos llamados árboles. Los vértices eran las personas (ancestros – descendientes) y los arcos las relaciones de parentesco entre ellos. Igualmente, otra aplicación sorprendente de los grafos que nos relatará era aquella de su uso en la psicología de grupos, de mucha utilidad para representar las relaciones interpersonales y los diferentes roles que surgen en los colectivos humanos.

Paul E. Little conjuga en su libro más reciente (2001) *Amazonia: Territorial Struggles on Perennial Frontiers*, una bella y cautivante cosmografía⁵ de dos regiones de la Amazonia, factores sociopolíticos, históricos, económicos y biológicos que llevaron a estos pueblos a realidades extremadamente diferentes en Cuyaveno (Ecuador) y Jari (Brasil). No solo es admirable esta rigurosa tarea que trabaja con varias entradas de diferentes disciplinas sociales, sino que es sorprendente su sólida tesis del funcionamiento de las redes de poder, que tienen su vida independiente de los marcos locales o nacionales, para explicar la cual recurre al concepto matemático de los fractales⁶. En consecuencia, Little muestra que la etnografía como descripción de una sociedad local, debe ahora incluir los varios actores sociales físicamente ausentes pero presentes “fantasmagóricamente”⁷ y que la influyen de un modo muy activo. El libro está publicado en inglés

por la Johns Hopkins University Press, y Paul habla y escribe también en castellano y portugués.

El padre Alfonso Borrero Cabal, que conoce el origen y el sabor de las palabras de manera admirable debido a su manejo de las lenguas clásicas del latín y el griego, es un referente latinoamericano y mundial en el tema de la Universidad. Muchos años de su vida los ha dedicado con entusiasmo a estudiar y reflexionar en el Simposio Permanente sobre la Universidad. Como profesor y rector de la Javeriana de Bogotá, enseñó Historia de la Arquitectura y Análisis Matemático, y tuvo experiencia práctica de la administración universitaria. Muchos de los colegas de la Maestría en Docencia Universitaria lo citan con frecuencia en sus tesis. Con él he tenido la impresión de estar con un hombre sabio, como también en los casos de Monseñor Luna, Monseñor Proaño, el Padre Vinicio Rueda o el Hermano Luis Lasso.

Los ejemplos traídos a cuento nos afirman la importancia de los estudios generales y el manejo de los idiomas en la formación de los estudiantes. Por fortuna, en el caso de la Universidad del Azuay, no solamente estamos debatiendo sobre la especialización o la formación general en el pregrado, sino que se han propuesto o se están llevando a cabo programas que contemplan en el currículo este enfoque originario. Debemos avanzar para beneficiar de esta visión a todos los estudiantes. Como todo proyecto académico, el tiempo dirá sobre la bondad de estos enfoques a futuro, pero la tradición nos dice que vamos por buen camino.

Ampliar los horizontes

La formación humanística en la Universidad tiene la misión de ampliar nuestros horizontes y no reducirlos a los del túnel profesional. Este se convierte en una restricción que, en su expresión más extrema, puede llevar a un fundamentalismo. Si la perspectiva que tengo sobre los grandes temas de la vida sólo pasan por la óptica de mi profesión, de mi ideología, de mi religión, de mi grupo, es evidente

que no toleraré otros enfoques y los condenaré por heréticos, reservándome la propiedad de la verdad de manera exclusiva.

Por el contrario, las humanidades no sólo nos permiten crear una comunidad de aprendizaje en la Universidad, en la que profesores y estudiantes nos confrontamos con las grandes obras, las grandes mentes, las grandes ideas, sino que también vitalmente nos vuelve más respetuosos, tolerantes y solidarios. Nos ayuda a construir el bien común ejerciendo nuestros derechos, pero sobre todo cumpliendo responsablemente nuestros deberes.

La línea de pensamiento aquí planteada es compatible con la propuesta de Edgar Morin en *Los Siete Saberes Necesarios a la Educación del Futuro*, que, siguiendo a Blaise Pascal, entiende que es imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como es imposible conocer el todo sin conocer particularmente las partes. Recalca el peligro de la forma de enseñar que separa en vez de unir, desintegra en vez de juntar, no permite relacionar el objeto del conocimiento con su contexto y menos con el conjunto global al cual pertenece, produce expertos orientados hacia la resolución de problemas fragmentados y técnicos, pero cuyos conceptos no toman en cuenta a los seres humanos. Por ello Morin insiste sobre la necesidad de elaborar y transmitir un conocimiento que relacione, pensando que la voluntad de relacionar los saberes implica la de relacionar los individuos, lo que conduce a una ética que nutre de solidaridad y responsabilidad.

El epígrafe de José Martí, cuyo sesquicentenario de nacimiento conmemoramos en este año 2003, expresa claramente la misión de la Educación. Ortega y Gasset, en su *Misión de la Universidad* (1930) - un alegato por la enseñanza de la cultura en la Universidad europea de su época - coincide con este pensamiento, al señalar que el ser humano pertenece consustancialmente a una generación, y toda generación se construye no en cualquier parte sino sobre las anteriores a ella. “Esto significa”, dice Ortega y Gasset, “que es imperativo vivir a *la altura de los tiempos*, y muy especialmente a *la altura de las ideas del tiempo*. Cultura es el sistema vital de las ideas en cada

tiempo”. Qué mejor afirmación para ratificarnos en nuestra tesis de los estudios generales, de la formación humanística que enriquece partiendo de la tradición para brindar auténtica esperanza de futuro.

Es ya clásica la anécdota del presidente ejecutivo de una de las cinco empresas de mayor rentabilidad en el mundo en 1986⁹. Cuando el periodista le interroga sobre su formación en un área tan distinta del mundo de los negocios – el ejecutivo era lingüista y su tesis de PhD se refería al uso de la partícula *et* en el latín medieval -, cuando le pregunta, repetimos, “¿Qué tiene que ver su formación con lo que está haciendo ahora?”, el empresario le responde: “Pues todo, porque aprendí a pensar.”

Más allá de la anécdota, el mundo actual vive en constantes cambios, y las personas deben adaptarse a esos cambios. Una formación que sólo se concentre en los cursos de una carrera, reduce la perspectiva de adaptación de los estudiantes. La formación humanística, por el contrario, amplía sus posibilidades y les permite responder mejor a las nuevas realidades que vivirán en el futuro. Parafraseando a Daniel Prieto, los estudios generales no sólo nos permiten educar para la incertidumbre, sino para la esperanza.

NOTAS

1. Wallerstein propone lo que él denomina la ciencia nueva, que supera la división disciplinar. Mantiene una página electrónica: “Comentarios”, que ofrece sus reflexiones sobre la coyuntura mundial, con una perspectiva a largo plazo, en: <http://fbc.binghamton.edu/commentr.htm>
2. En relación a la expresión de provincianismo intelectual, Mario Jaramillo reflexiona, en la actual entrega de Universidad Verdad, sobre este reduccionismo, siguiendo a Alvarez González.
3. Frank Harary fue profesor visitante en el curso *Graph Theory*, del Departamento de Ciencias de la Computación en Ball State University, Indiana, Estados Unidos, en marzo de 1995, en el que realizaba mis estudios de Maestría con una beca Fulbright.
4. Paul E. Little ha sido mi profesor en varios cursos de la Maestría en Antropología del Desarrollo de la Universidad del Azuay, entre 1989 y 1991. Además he trabajado con él en otros proyectos académicos, particularmente la Maestría en Gestión Tecnológica entre 1999 y 2001 en la Universidad del Azuay.

5. Alfonso Borrero Cabal realizó el VII Seminario Internacional en la Universidad del Azuay de su *Simposio Permanente sobre la Universidad*, entre 1997 y 1998. Sus *Conferencias* son lectura recomendada para líderes y profesores universitarios. Fue uno de los consultores de la UNESCO para la organización del Congreso Mundial sobre la Educación Superior en París en 1998.
6. Little, manejando la noción de Franz Boas (1887), usa el concepto cosmografía como la descripción etnográfica del proceso de establecimiento de territorios humanos.
7. El análisis fractal fue iniciado por el matemático Benoit Mandelbrot (1977), quien creó un tipo innovador de geometría basado en el análisis no lineal de figuras irregulares, que va más allá de la milenaria geometría de Euclides relativa a las formas regulares.
8. Podría también ahora decirse “virtualmente”, si se refiere a las implicaciones del ciberespacio en la cultura.
9. La investigación llevada por la revista Fortune, consideró el caso de las 50 empresas más exitosas del mundo en ese año. De los cincuenta presidentes o gerentes generales, sólo dos habían estudiado administración de empresas.

LA REFORMA UNIVERSITARIA Y EL SISTEMA DE CATEDRA¹

Carlos Paladines Escudero

Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica
del Ecuador en Quito

Profesor de la Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad
Católica del Ecuador

1. El presente trabajo se ha reformulado a partir de uno anterior, desarrollado para la Fundación de Estudios Sociales, FESO, hace una década. Fue publicado como ponencia del Seminario: Universidad: realidad y perspectivas. Quito, Edit. FESO. 1993, pp.51 – 69.

Introducción

En las últimas décadas la universidad ecuatoriana ha pasado básicamente por tres procesos de reforma: el primero, a finales de los sesenta e inicios de los setenta, en que irrumpieron en la universidad los sectores medios; el segundo, a lo largo de los ochenta y buena parte de los noventa, con el surgimiento de la universidad de masas por la irrupción de sectores populares de escasos recursos económicos, y el actual, al iniciar el nuevo siglo, en medio de la peor crisis económica, política y social de que se tenga memoria.

Cada una de estas etapas trajo consigo diversas formas de responder a los nuevos escenarios nacionales y significó el enfrentamiento y la superación de determinadas estructuras universitarias que el proceso de reforma encontró a su paso y juzgó debían ser abolidas; la conformación de nuevos actores o sujetos universitarios, bajo cuyo poder cayó la dirección y el dominio de la universidad; pero a su vez la permanencia de estructuras, incluso ancestrales, que las diferentes reformas no lograron alterar significativamente. Este proceso histórico, marcado por sucesivos encuentros y desencuentros, también generó determinados beneficios o conquistas y saldos en contra, como la escasa incidencia de la universidad en el enfrentamiento de los problemas claves del país.

Mas en cada uno de estos procesos de reforma, permaneció y permanece, vigorosa como siempre, casi intocada, una de las más importantes estructuras de la universidad tradicional: el “sistema de cátedra”, vigente en forma ya centenaria entre nosotros y piedra angular o columna vertebral de la enseñanza universitaria, reducida generalmente a este tipo tradicional de ejercicio docente, y que, para más de un autor, incluso se identifica con una de las principales misiones de la Universidad. Por regla general los entendidos

reconocen que básicamente son tres las funciones de la universidad: la investigación, la docencia y la extensión cultural.

No existe aún en el país investigación pormenorizada sobre el ejercicio docente imperante en la universidad ecuatoriana, sin embargo se encuentran indicios suficientes para juzgar que buena parte del fracaso de las reformas universitarias y del estado de postración que se imputa a la universidad, no siempre con justificada razón, se debe a la vigencia centenaria de este sistema tradicional de cátedra o ejercicio “magistral” de la misma, que no han podido alterar ni las reformas que a lo largo de este siglo han pretendido cambiar el rumbo de la universidad ni las críticas o denuncias que contra este sistema, desde tiempos de la universidad colonial, no han dejado de hacerse presentes.

En síntesis, la hipótesis es de que en el sistema de cátedra vigente y de larga data, a que se ha reducido la docencia en nuestro medio, se encuentran limitaciones y deficiencias de fondo del quehacer universitario.

La sospecha, de que en la vigencia del sistema tradicional de cátedra descansa una de las mayores limitaciones universitarias, nos ha obligado a una revisión histórica pormenorizada de esta problemática, primera parte de la ponencia; a definir y caracterizar el sistema de cátedra en sus parámetros fundamentales y a señalar sus limitaciones, segunda parte, y a sugerir alternativas de solución que permitan establecer un sistema más abierto de enseñanza–aprendizaje, último acápite del presente trabajo.

Revisión histórica

A) La reforma de los sesenta - setenta

La principal documentación existente sobre la denominada Segunda Reforma,¹ determina como sus postulados prioritarios u objetivos fundamentales, según Manuel Agustín Aguirre, principal

gestor y teórico de esta reforma, los siguientes: a) «Integrar la universidad a las fuerzas transformadoras que luchan por la implantación del socialismo (Segunda Reforma, p. 91); b) Formar el nuevo universitario, capaz de mantener, por lo menos durante la etapa estudiantil, una lucha consecuente que signifique el cuestionamiento y aun enfrentamiento al sistema, (p. 32); c) Atender al creciente número de matriculados. Universidad de puertas abiertas; universidad de masas, (pp. 95-120); d) Integrar las ciencias, no desde el punto de vista interdisciplinario, sino a partir de la enseñanza del materialismo dialéctico e histórico, (pp. 96- 117); e) Vincular la enseñanza y la investigación universitaria al debate e investigación de los graves y fundamentales problemas que afronta la Nación, a fin de dominar los obstáculos que impiden su desarrollo y señalar el camino hacia la construcción de una nueva y más justa sociedad ecuatoriana: “Universidad militante” o agente del cambio, (pp. 100-115)

Además se señala como insoslayable tarea universitaria: f) Desarrollar y difundir la cultura nacional, en un serio afán de romper la dependencia no sólo económica sino cultural, que impide nuestro desarrollo autónomo e independiente, (p. 101); g) Llevar la ciencia, la técnica y la cultura a los trabajadores de la ciudad y el campo, empleando para ello los sistemas y medios modernos de la comunicación masiva, y así poder servir a la comunidad y en especial a las clases desposeídas y explotadas. “Unidad indisoluble entre la Universidad y el pueblo», (pp. 105-114).

Mas si estos “sueños” e “ilusiones” rebasaban las posibilidades de una universidad y hacían de sus objetivos últimos anhelos de carácter utópico, en el mal sentido del término, en el campo académico y de organización universitaria, ¿qué se propuso para concretar tales ideales?

1. Cfr. Manuel Agustín Aguirre, LA SEGUNDA REFORMA UNIVERSITARIA, Quito, Edt. Universitaria, 1973. p. 32

La propuesta genérica por «orientar la universidad hacia la construcción del socialismo y la liberación definitiva de nuestros pueblos»; los postulados y aspiraciones que durante los sesenta y buena parte de los setenta se transformaron en banderas y eslóganes de la lucha universitaria,² se juzgó que podrían concretarse, a lo largo y ancho del país, a través de mediaciones como las siguientes:

a) Reconstitución del sistema de facultades y escuelas a, través de la creación de los Centros de Coordinación Docente y la integración de los Directores de las Escuelas a los Consejos Directivos de las Facultades; b) Reforma curricular, mediante la reorientación de los planes y programas de estudio hacia el conocimiento de los problemas relacionados con la realidad del país y la supresión del enciclopedismo sin caer en excesivas simplificaciones; c) Sustitución de la clase magistral; d) Formación pedagógica de los profesores; e) Establecimiento de nuevos sistemas de evaluación; f) Sustitución del sistema de aprobación de años por el de materias o créditos; g) Creación del cuarto nivel de especialización y post-gradados; h) Planificación universitaria; i) Servicios sociales; j) Incorporación de los representantes de los empleados al Consejo universitario; k) Integración de los organismos de cultura de que disponía la Universidad bajo una sola Dirección; l) Implantación de las cátedras de materialismo dialéctico e historia del marxismo en todas las carreras.³

Por carencia de investigación aún no es factible establecer por qué no se superó las «buenas intenciones» o qué fue lo que se logró concretar. Sin embargo, más allá de las declaraciones de principios y postulados e incluso de las propuestas específicas, se dio una serie de hechos, fácilmente verificable, que terminó por acaparar el esfuerzo de la reforma: el «libre ingreso»; el «cogobierno» paritario; la actividad partidaria desatada en todas las instancias del quehacer universitario; la ampliación de servicios sociales para todos los estamentos universitarios; la expansión de la infraestructura y el surgimiento de las primeras ciudadelas universitarias; la

72 Idem. pp. 114 – 121.

73 Idem. pp. 91—95.-97.-101-121 y ss.

consecución de fondos del gobierno central y la correspondiente dependencia del mismo ante la falta de otras fuentes de ingresos.

Convendría también preguntarse por «el sujeto» que lideró la reforma; por el grupo o grupos sociales que cosecharon los frutos del «desarrollo» a lo largo de los «años dorados» de la etapa petrolera, como también por aquellos que coadyuvaron a su crisis o empeoramiento. Sin lugar a dudas, el principal protagonista de la Segunda Reforma fue el grupo que supo concebirla, cercano al partido socialista y a la izquierda marxista.

También cabe destacar el crecimiento cuantitativo de estos años, manifiesto en la multiplicación de universidades y extensiones: -de 11 universidades en 1970 se pasó a 24, en los años ochenta, y se crearon 30 extensiones e incluso algunas universidades cuentan con la modalidad abierta o a distancia, aspectos todos ellos que se impusieron sobre otros propósitos de la reforma. En todo caso, en la década petrolera, años 70 y parte de los 80, la universidad ecuatoriana alcanzó índices de crecimiento sorprendentes: su cuerpo docente creció en más del 232,82%, y eso que este índice no toma en cuenta al profesorado de las Escuelas Politécnicas, por información incompleta de la fuente,' y el número de sus alumnos aumentó en un 855,29%, con una tasa promedio anual de desarrollo del 42.76%; conquistas estas y otras que no implican necesariamente que ellas hayan servido para viabilizar o concretar las principales aspiraciones de la Reforma, que más bien quedaron olvidadas y pospuestas.

B) La reforma de los ochenta - noventa

El país fue testigo, luego de más de una década de aplicación o concreción de la Segunda Reforma, del vertiginoso crecimiento de universidades, en forma inorgánica; crecimiento que se aceleró aún más, a mediados de los ochenta y a lo largo de los noventa, en grado no sólo significativo sino incluso explosivo: pasó de 20.936 alumnos en 1970 a algo más de 200.000 para 1990; el número de profesores universitarios subió de 3.906 en 1980 a cerca de 13.000 en 1990, sin

tomar en cuenta el profesorado de las Escuelas Politécnicas, y su infraestructura floreció en nuevos edificios y hasta en ciudadelas universitarias.

Pero la universidad que estos años se multiplicó, afincándose no solo en las cabeceras provinciales sino incluso cantonales, y brindó un aporte de consideración en favor de una mayor movilidad social para los estratos populares, también coadyuvó con la generosa entrega de parte de muchos de sus maestros, estudiantes y trabajadores a la sensibilización del país por las causas de la democracia, la transformación social, la modernización del país, la solidaridad internacional, la creación y difusión de la cultura, ...⁴ Esta vocación de cambio se plasmó en un conjunto de aspiraciones hacia una universidad crítica, dedicada al servicio de la sociedad y comprometida con los intereses populares, aunque en la práctica, en buena medida, no se haya logrado pasar de un discurso meramente “retórico”.

Pero igualmente, junto a los éxitos y conquistas, también hay que registrar una serie de falencias y limitaciones, «La vida universitaria, como lo ha sabido resaltar Jorge Carpizo, se compone simultáneamente de realizaciones y de problemas, de avances y de metas aún por alcanzar». Así, por ejemplo, según el ex-rector de la Universidad Central, Ec. José Moncada, « ... en la mayoría de las universidades y escuelas politécnicas existe masificación estudiantil, deterioro de los niveles de enseñanza-aprendizaje, abultados índices de deserción, carencia de renovación curricular y bibliográfica, deficiente formación profesional. En el orden administrativo, los institutos de educación superior padecen de dispersión pues su conformación responde a un modelo organizativo profesionalizante y fraccionado que, si bien hasta hace algunos años les permitió cumplir con el país, hoy difícilmente pueden hacerlo una vez que la compartimentación en facultades autosuficientes ha terminado por enfeudar el conocimiento, aislar a profesores y estudiantes, duplicar

4. Cfr. Estuardo Arellano, La universidad ecuatoriana: realidad y perspectivas, Quito, Edt. Fundación de Estudios Sociales, FESO, 1991.

costos de edificios, bibliotecas, laboratorios, personal docente y administrativo. Este problema se ve agravado por el hecho de que, en general, los planes de estudio, la organización de los departamentos e institutos, etc., no han sido debidamente actualizados desde hace muchos años, no obstante los cambios notables que se vienen dando a nivel internacional como las nuevas exigencias que han surgido y surgen en el plano nacional».⁵ En definitiva, un número cada vez mayor de profesionales y técnicos egresarían sin la suficiente preparación.

En el plano investigativo, señala el mismo informe, que si bien se observan resultados estimulantes, no es menos cierto que ellos son atribuibles, a esfuerzos frecuentemente aislados de muchos docentes e investigadores universitarios, antes que a una política deliberada, verdaderamente institucional, por fomentar el desarrollo de la investigación científica y tecnológica que ayude a la transformación y el desarrollo nacional. No siempre, por otro lado, ha existido una adecuada inserción de la investigación en las necesidades reales del país.

En el plano económico, es de público conocimiento la situación crítica en la que se desenvuelven especialmente las universidades estatales, que no han recibido la atención indispensable por parte de los diferentes gobiernos. Los frecuentes déficit y las entregas tardías de recursos genera tensiones y alteraciones en la vida de las universidades”.⁶

Convendría también en este caso preguntarse por «el sujeto» que lideró la reforma; por el grupo o grupos sociales que cosecharon los frutos del «desarrollo» post-petrolero. Sin lugar a dudas, los principales protagonistas, en este período, fueron estratos medios y pobres que arribaron por vez primera a la universidad y encontraron en el Movimiento Popular Democrático, MPD, la expresión de sus demandas; estratos en constante aumento dado el creciente

5. José Moncada, Criterios para una política de reforma y desarrollo de la universidad ecuatoriana, documento de trabajo, Quito, 1987.

6. Idem.

desarrollo urbano que se fue acumulando en las principales ciudades y que veían en la educación su principal vía de ascenso social.

En otros términos, este nuevo agente o actor social, con su correspondiente composición y sus respectivas demandas fue el protagonista de estos años, más allá incluso de la acción, mayor o menor, positiva o negativa, de los partidos políticos, que terminaron por convertirse en el brazo ejecutor de sus requerimientos, sometándose, en muchos casos, sin un mínimo sentido crítico, a los intereses propios de un mero arribismo social, orientado al facilismo académico más que a la promoción de la investigación o la docencia.

Con razón se ha señalado, incluso con sorna, que para seguir fabricando profesionales y sobre todo profesionales «integrados» y hasta sin los requerimientos mínimos de preparación, no era necesario plantear la tan mentada «reforma de las estructuras académicas» o exigir mayores niveles de compromiso social, ni menos aún poner en crisis la tradicional y pretendida «seriedad» de los estudios universitarios. Algunas «conquistas» de estos años, como el “cogobierno paritario” resultaron responsables directos del deterioro universitario y a decir de un ex presidente, de la crisis generalizada del país.

En definitiva, la universidad ecuatoriana, en la década de los ochenta y noventa, si bien amplió sus recursos humanos, de infraestructura y su radio de acción e incluso ganó en apertura ideológica al permitir que doctrinas como la marxista, tan temida y criticada a inicios de los setenta, pueda ser no sólo difundida sino incluso defendida con fervor casi religioso; pese a todo ello, permaneció igual e incluso peor en aspectos capitales del quehacer universitario. Ancestrales problemas, contra los que se pronunció la Primera y Segunda Reforma, continuaron incólumes, por efecto de múltiples factores, como la caída en la «calidad» de la enseñanza, la masificación, la disminución de la investigación y las publicaciones, el crecimiento del aparato burocrático, la consiguiente conformación de argollas de poder, problemas éstos y otros, que aquejan aún hoy a la mayoría de las diversas universidades.

c) Los últimos tiempos

Por estas y otras causales, a finales de los noventa, el reclamo por una nueva reforma no se ha hecho esperar, y una vez más los vientos de cambio soplan sobre la universidad ecuatoriana en múltiples áreas, especialmente en cuanto al ejercicio de la docencia y la investigación, aunque hoy sólo asistamos a los prolegómenos, a los primeros pasos tentativos.⁷

Por supuesto, estos vientos de reforma no se hubiesen producido sin los cambios sociales, políticos y productivos que a lo largo de dos décadas han sacudido a la sociedad ecuatoriana. El proceso de mundialización de la información y la comunicación, la globalización de la economía y las finanzas, la inequitativa distribución de recursos entre países y al interior de los mismos, el acelerado desarrollo urbano, el desarrollo de la ultra-ciencia y meta-tecnología, la carencia de servicios básicos y de trabajo en altos índices de la población, por citar algunas macro tendencias del escenario actual, que no dejan de incidir en el quehacer universitario. Mas el análisis de dicha problemática no es motivo de la presente ponencia, si bien se la presupone.

Entre los novedosos procesos que caracterizan a la universidad del presente cabe resaltar al menos lo siguientes:

- a) El requerimiento por establecer sistemas de acreditación que permitan superar el descenso en la calidad de este servicio, así como también controlar la proliferación de universidades, algunas de ellas sin cumplir con los requisitos mínimos propios de un centro de educación superior.

7. La Facultad de Economía de la Universidad Central del Ecuador, en septiembre de 1988, propuso una reforma académica que implicaba revisión de las materias. En la práctica se disminuyó el número de horas dedicadas al estudio del marxismo y modificaciones en cuanto a programas, carga horaria, sistema de estudios, entre otros elementos. Cfr. Solicitud al Honorable Consejo Universitario para la aprobación de la Reforma de la Facultad. Quito. Septiembre de 1988.

- b) El predominio, al menos numérico, de las universidades privadas sobre las del Estado o nacionales. Lo certifican las estadísticas el año 2000: de 52 universidades y escuelas politécnicas, 30 eran particulares.
- c) La presencia de universidades particulares ha incidido en la oferta creciente tanto de nuevas y diversificadas especializaciones, como del nivel de post-grado: diplomados, especializaciones y maestrías que inundan el mercado actual, en algunos casos sin los requisitos mínimos de tiempo o calidad.
- d) La presencia de la educación a distancia que también ha favorecido la expansión de los estudios de nivel superior, que ya no llegan sólo a las cabeceras provinciales sino hasta un buen número de cantones del país.
- e) La crisis generalizada de fuentes de trabajo del país, debido a la crisis económica y financiera de finales de siglo, también repercutió en la fuga de personal especializado hacia países del primer mundo. No existe investigación pormenorizada sobre el número de ingenieros, médicos, maestros y más profesionales que laboraban en las universidades y se han visto obligados a alejarse de ella, a emigrar por las bajas remuneraciones y la carencia de incentivos a su actividad.
- f) El traslado de manos del Ministerio de Educación de más de 350 institutos superiores técnicos y tecnológicos, como también los de música, danza, teatro, arte y educación, al control del CONESUP ha recargado a la gestión y administración universitaria de por sí ya sobredimensionada.
- g) El nuevo escenario de politización, diverso al que caracterizó a la universidad en décadas pasadas, en que la hegemonía y control de la mayoría de las universidades, de parte de un solo actor: el Movimiento Popular Democrático (MPD), ha dado paso a nuevos actores, menos preocupados por los intereses partidistas y más orientados al desarrollo académico.

En medio de estos y otros cambios se debate el sistema tradicional de cátedra, que si bien no ha sido sacudido frontalmente cuenta ya con algunas experiencias en uno que otro centro universitario.

El Sistema tradicional de «cátedra».

La crítica al sistema tradicional de cátedra no es asunto de las últimas décadas. Los primeros planteamientos sobre las deficiencias de la principal manifestación del sistema de cátedra: la clase magistral -en nuestro medio, práctica docente mal comprendida y reducida a la mera repetición de contenido narrados o transmitidos de profesor a estudiante, sin el apoyo de la investigación y el aporte de la creatividad-, correspondieron al movimiento ilustrado que puso de manifiesto las limitaciones de este tipo de ejercicio docente, especialmente a través de la obra de José Pérez Calama y Eugenio Espejo.

Para Pérez Calama, en palabras que aún hoy no pierden actualidad, se requería, por ejemplo transformar tal sistema a través de al menos dos reformas: la una era la revisión del pènsum de las carreras que se cultivaban en la universidad y cuyos contenidos juzgaba el Obispo por demás obsoletos dados los desarrollos que había logrado la ciencia, incluso en España; la otra, la renovación del ejercicio docente, reducido a una «clase magistral», que no merecía el nombre de tal. La pintura que hiciera del mal catedrático, por reducir éste la actividad docente a una «relación de papagayos»; al igual que su revisión de la enseñanza tradicional por recurrir ésta permanentemente a la «memoria sensitiva» y a la lectura memorística, en lugar de la comprensión y «lectura intelectual» o al «monólogo» en vez del diálogo e interrogatorio no sólo entre maestros y discípulos sino también entre los mismos discípulos, marca el primer aporte de trascendencia sobre estos aspectos, a tal grado que el «Apéndice» al Plan de Estudios para la Real Universidad de Quito, impreso en 1791, en la primera imprenta de que dispuso la Audiencia de Quito, la de Raymundo de Salazar, puede ser considerado, sin exageración alguna, como el primer tratado sobre metodología de la enseñanza de que ha dispuesto el país.

Otro gran analista de las deficiencias del sistema tradicional de cátedra fue Simón Rodríguez, quien por 1845, en sus «Consejos de amigo, dados al colegio de Latacunga», señaló en términos similares a los de Pérez Calama, que «Mandar recitar, de memoria, lo que no se entiende, es hacer papagallos, para que por la vida sean charlatanes»; que «Dar gritos y hacer ringorrangos no es aprender a leer ni escribir'»⁸ Rodríguez pedía superar el carácter «testamentario» de la educación vigente, no reduciendo el aprendizaje a un mero saber sobre las propiedades de las cosas, para poder adecuarnos a ellas, fase de observación de los fenómenos, sino más bien avanzando hacia la reflexión e incluso la comparación-meditación de la realidad, fase segunda y tercera, respectivamente, del amplio proceso de desarrollo que implica el conocimiento humano.

En tiempos de la revolución liberal tampoco faltaron voces que retomaron la crítica al sistema de cátedra, manifiesto en el deterioro de la «clase magistral» y su reducción al «dictado». Daniel E. Proaño y Fernando Pons, máximos reformadores de la educación de aquel entonces, a propósito del maestro tradicional, señalaron: «El magister dixit que mata el libre examen, esclaviza la razón y atropella la inteligencia; que deja sin efecto la observación individual y el esfuerzo propio, ha sido el trinquete en que se ha colocado al niño durante los años de su instrucción (...) Las reglas aprendidas de memoria, aceptadas a ciegas y practicadas a tontas y locas han constituido el rezo fastidioso de las escuelas y colegios, ¿dónde la razón que examina la validez del precepto? ¿Dónde el por qué y el cómo de la regla?».⁹

8. Cfr. Simón Rodríguez, «Consejos de amigo dados al colegio de Latacunga», editado por Carlos Paladines, en: PENSAMIENTO PEDAGÓGICO ECUATORIANO, Quito, Biblioteca Básica de Pensamiento ecuatoriano, Vol. 33, 1988. pp. 248 – ss.

9. Cfr. Mi artículo: «La educación en el Ecuador: de García Moreno a Eloy Alfaro, en VIAJEROS, CIENTÍFICOS Y MAESTROS, Misiones alemanas en el Ecuador, Quito, Edt. Proyecto de Educación Bilingüe, 1989, p. 56. También puede consultarse, Fernando Pons, METODOLOGÍA GENERAL, Quito, Edt. Imprenta y Encuadernación Nacionales, 1913.

A inicios de los años setenta, en toda América Latina soplaron, una vez más, vientos de reforma universitaria en similar perspectiva. La obra de los pedagogos brasileños Darcy Ribeiro y Paulo Freire, por ejemplo, alcanzó amplia divulgación. Uno y otro insistieron en la necesidad de hacer desaparecer las «cátedras» y con ellas los «patronazgos» y dar importancia más bien a formas participativas y creadoras dentro de las relaciones educativas.¹⁰

Objetivo básico de su propuesta era desplazar el verticalismo tradicional de los métodos de enseñanza hacia un mayor horizontalismo y participación. Mediante ello se intentaba lograr la inserción creadora, dentro del acto educativo, del educando, sometido generalmente a las formas impositivas y pasivas de la educación «bancaria», como la denominara Paulo Freire.

Igualmente, Rodolfo Agogliá y Arturo Roig, en la Argentina, postularon la necesidad, en palabras suyas: «de implementar una estructura académica para la universidad que permita superar una etapa signada por una enseñanza estanca, meramente acumulativa de conocimientos, al servicio del individualismo utilitario y por una investigación ajena a los problemas nacionales...». Para ello proponían una estructura que permitiera recuperar el «sentido totalizador del conocimiento» y que facilitara los compromisos que todo ciudadano tiene respecto de la «liberación nacional». Para ello es menester -decían- agrupar las ciencias básicas en «unidades pedagógicas» que abarquen amplios sectores del conocimiento, con unidad conceptual, en correspondencia con las diferentes áreas de las actividades sociales y los requerimientos humanos de la comunidad».¹¹

10. Darcy Ribeiro, LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA, Venezuela, Edt. Universidad Central, 1971.

11. Cfr. Arturo Roig, Un experimento de Pedagogía Universitaria Participativa: La reforma de los estudiantes de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza – Argentina, de los años 1973 – 1974. Conferencia dictada en la Universidad Nacional de San Luis, Argentina, Agosto de 1986.

En el caso mexicano, trabajos significativos en esta perspectiva fueron los de Iván Illich, expresados especialmente en su obra «La sociedad desescolarizada», en donde también se planteaba la urgente necesidad de socializar las relaciones educativas a través de la superación de la enseñanza tradicional anclada en la escolarización, proceso a través del cual se «termina por confundir el saber con la enseñanza, la educación con la promoción escolar, la competencia con el diploma y la posibilidad de decir algo nuevo o que valga la pena con la fluidez verbal».¹²

Mas, si en algo coincidieron estos y otros críticos del sistema de cátedra, fue en la descripción del carácter fundamentalmente narrativo, informativo, discursivo y disertante de la enseñanza, como también en la denuncia del tipo de relaciones humanas que este sistema establecía. En relación a lo primero, Paulo Freire afirmó que «Existe una especie de enfermedad de la narración (información). La tónica de la educación es, preponderantemente, ésta, narrar, siempre narrar, y precisamente la suprema ineptitud de tal sistema educativo provendría de esta narración o disertación que implica un sujeto -el que narra- y objetos pacientes, oyentes -los educandos».¹³

Junto al carácter predominantemente narrativo o informativo de la actividad «magistral» también cabe destacar, en segundo lugar, las relaciones de pasividad que supone tal tipo de ejercicio. La «clase magistral», por regla general en nuestro medio vaciada de su riqueza, habría terminado por transformar tanto al docente como al discente en elementos pasivos, pues a los unos convierte en «vasijas», en recipientes o depósitos, que sólo les permite ser coleccionistas o fichadores de cosas que les ordenan archivar o «memorizar»; pero igualmente a los otros, especialmente por la carencia de investigación y desarrollo creativo de los contenidos, en «papagayos» o transmisores repetitivos de mensajes. La «clase magistral», importante metodología de trabajo en otros lares, es así. desvirtuada y

12. Cfr. Iván Illich, HACIA EL FIN DE LA ERA ESCOLAR, Cuernavaca – México, Edt. CIDOC, Cuaderno N°. 65. p. 2.

13. Cfr. Paulo Freire, PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO, Lima. Edt. Universidad Nacional de San Marcos, 1971, p. 75.

reducida a la transmisión mecánica de conocimientos, al uso repetitivo de consagrados «manuales» e incluso al mero «dictado»¹⁴

Igualmente grave es que mientras más se impone esta pasividad, mayor es la tendencia del alumno y del profesor a adaptarse al mundo en lugar de transformarlo, por una parte; y, por otra, a mirar a los fenómenos de la realidad en forma aislada o atomizada pese a que la vida es un sistema estructurado y funcional, una totalidad de sentido y relaciones. En cuanto a lo primero, uno de los efectos más nocivos de la recepción pasiva de contenidos es que no permite que se desencadene el proceso de «admiración», de producción o construcción de conocimientos, en el sentido que asignaban los griegos a este estadio de inicio o ruptura del mundo mítico y mágico, paso previo para desarrollo de la reflexión científica y filosófica.

En relación a lo segundo, las «cátedras» tenderían por su estructura a aislarse unas de otras y a perder la conexión con la problemática social y nacional. Reiteradas han sido las denuncias contra esta organización formalista de los estudios que conlleva a la atomización ó parcelación en unidades didácticas cerradas e incommunicables, que además han impedido la labor interdisciplinaria, reduciendo tal posibilidad a muy escasos márgenes entre algunas cátedras afines.

La desarticulación que implica el viejo sistema de cátedra ha derivado incluso a la subdivisión absurda de cátedras dentro de un mismo campo epistemológico, distinguidas mediante una mera secuencia numérica: Economía I, II, III; Historia de la Filosofía I, II, III; Economía Política I, II, III; Contabilidad I, II. etc. y tantos otros ejemplos que pueden verse en cualquier «plan de estudios de cualquier carrera». ¹⁵

La habilidad y destreza del maestro en contar o referir determinado contenido, receptado en forma pasiva y atomizada, ha reforza-

14. Idem. p. 79.

15. Cfr. A. Roig, Art. Cit. p. 20.

do, por otra parte, el individualismo y autoritarismo tan propio de las relaciones de carácter vertical. La comunicación en el aula quedó así reducida tan sólo a la participación de dos elementos o polos, excluyéndose por ende de ella a otros actores. En otros términos, este tipo de ejercicio docente niega la dialoguicidad, esencia del proceso de enseñanza – aprendizaje, y determina más bien un tipo de relación “autoritaria” y «feudal», a las que termina paulatinamente por adecuar a educador y educando. En esta forma, la falta de participación o ejercicio democrático del poder, manifiesto en nuestro sistema político y administrativo encontraría también en el sistema educativo su respaldo.

Cabe además destacar que el verbalismo dominante en la cátedra también está a la base de la orientación profesionalizante de nuestra universidad, espíritu que hasta la fecha no ha sido alterado sino, más bien, tiende a agravarse. Correctamente se ha señalado las limitaciones del sistema atomístico feudal que hacen girar la estructura docente en torno a campos epistemológicos o cátedras y facultades, como el medio más expedito para seguir fabricando profesionales y sobre todo profesionales «integrados», que no se planteen ni reformas de estructuras o académicas ni menos aún pongan en cuestionamiento la pretendida «seriedad» de los estudios.

A las limitaciones inherentes al modo tradicional de ejercicio de la «docencia» habría que sumar otra serie de defectos muy propios del sistema de «cátedra», que desde el punto de vista del estudio y la investigación no aparecen como menos graves. El alumno, por ejemplo, no logra una real inserción en la cátedra, pues se mantiene externo, como «objeto» de la enseñanza y rara vez como «sujeto» partícipe de la misma. El espíritu de patronazgo siempre consideró inaceptable y aun inconcebible que el alumno participe en la determinación de los contenidos de la enseñanza, en el proceso de evaluación o en la orientación que se ha de dar a dichos contenidos. Igualmente, la relación entre investigación y docencia se ha visto empobrecida, en relación con la necesidad de adaptar métodos y sistemas de descubrimiento, trasmisión, asimilación y creación del

saber en un medio masificado; motivo por el cual en las leyes universitarias los legisladores se han visto obligados a señalar con fuerza que todo docente debe ser investigador y todo investigador docente, exigencia que de hecho ha quedado librada a la buena voluntad de todos, pero no facilitada por la estructura misma de la «cátedra».

En definitiva, a criterio de estos y otros entendidos, el sistema tradicional de cátedra, de amplia vigencia en el sistema educativo latinoamericano e incluso en su vida universitaria, sería el causante, en buena medida, de un sinnúmero de contradicciones y limitaciones,¹⁶ por su clara tendencia a sobrevalorar un momento del proceso de enseñanza aprendizaje: el de información, en desmedro de otros, como el de producción o construcción de conocimientos, y por establecer un tipo de relaciones que destruye el diálogo que implica indefectiblemente el quehacer docente.

El sistema de «áreas» o posmoderno de cátedra

Nos hemos prolongado, tal vez demasiado, en el análisis del sistema de cátedra a fin de reconocer a fondo al enemigo, pues comprender al adversario es uno de los primeros principios de una buena estrategia. Conocerlo significa no sólo conocer sus defectos y debilidades: significa conocer también sus virtualidades y fuerza, y entre ellas una de las principales ha sido la de su «pervivencia» o sobrevivencia centenaria en el sistema educativo; hecho que implica, parafraseando a Michel Foucault, que para escapar realmente del sistema de cátedra se requiera apreciar exactamente lo que cuesta separarse de él; saber hasta qué punto este sistema ha penetrado en nosotros y medir hasta qué punto nuestra crítica y recursos contra él son todavía una astucia que nos opone él y al término de la cual nos espera, inmóvil, en otra parte.¹⁷

16. Paulo Freire, Op. Cit. p. 78.

17. Cfr. Michel Foucault, EL ORDEN DEL DISCURSO, Barcelona, Tusqueta Edtrs. 1970, p. 64.

Mas al criticar el sistema de enseñanza-aprendizaje tradicional, hemos supuesto que la solución radica en la superación del mismo, y no está demás enunciar algunas «alternativas» como el «taller total», la «dinámica de grupos», las «cátedras nacionales» el «método de casos», las «unidades productivas», las «áreas temáticas», los «equipos de trabajo», el «enfoque modular»,¹⁸ la «simulación de situaciones», los «talleres», «seminarios» y, especialmente, el «sistema de áreas»¹⁹, herramientas todas ellas que parten de un doble presupuesto, ampliamente corroborado por la investigación educativa contemporánea: por una parte, de que se aprende mejor haciendo, construyendo las cosas que escuchando o viendo, ya que «haciendo», “produciendo” se despierta, por su carácter activo, una comprensión más amplia y profunda; por otra, de que mientras más se involucre a las personas en las decisiones que les afectan directamente, mayor será su compromiso con la ejecución de tales decisiones, ya que se desata una participación mayor y más dinámica de los sujetos con el proceso.

Además, siguiendo a Arturo Roig, diremos que en esta variedad de alternativas, lo común es que se trata, en primer lugar, de unidades móviles, que reúnen a un conjunto de investigadores y docentes - discentes, alrededor de una temática o área común de trabajo, dentro de la cual se puede llevar adelante una o más investigaciones, acciones de docencia, formulación de proyectos y análisis o simulación de casos de especial relevancia. La unidad proviene no necesariamente de un «campo epistemológico», aun cuando pueda serlo, sino más bien de campos de integración curricular, donde se desarrollan él o los cursos, seminarios o talleres que guardan

18. La Universidad Nacional de Loja ha dado inicio a un ambicioso plan de reforma que implica la conformación de un Instituto de Ciencias Básicas, responsable de la formación inicial y de la nivelación de los estudiantes, a través de una nueva alternativa didáctica, como es el Sistema Modular de Enseñanza. Con esto la Universidad de Loja ha iniciado una revisión radical del tradicional sistema de cátedra. Cfr. “Nuevas alternativas didácticas: sistema modular de enseñanza”, Loja, Dirección de Planeamiento Integral Universitario, 1990.

19. Una descripción más detallada de estas “alternativas”, como por ejemplo, el taller total, la dinámica de grupos, el sistema de áreas,... puede consultarse en

vinculación con un «tema» o «problemática»; se trata de reconstruir la unidad desde un «área» de interés, desde un «campo» de requerimientos o problemas, más que desde “contenidos científicos” establecidos.²⁰

La importancia que tiene el hecho de buscar el sentido en las áreas de interés o a partir de demandas o problemas reales y sentidos, radica en que por esta vía se imponen o desencadenan, por ejemplo, formas de participación e interdisciplinaridad. En efecto, si el «tema» es un problema específico, un proyecto o un requerimiento dado sobre vivienda, agua, lactancia, zonas áridas, hielo, un autor, un tema desconocido u una obra determinada, ... lógicamente muchas serán las ciencias y el personal que pueden concurrir a su dilucidación. Esto no quiere decir que no haya una cierta preponderancia de unas ciencias respecto de otras, según los temas, mas ello no invalida la necesidad de un cierto grado de trabajo interdisciplinar al que concurrirían muchas voluntades a su investigación y aclaración. Además, el área o tema al pretender agrupar a diferentes ciencias, incluso las ciencias básicas, en unidades pedagógicas, que abarcan amplios sectores del conocimiento, también intenta hacerlo en correspondencia con los diferentes campos de la actividad social y los requerimientos de la comunidad.²¹

También cabe anotar que la «interdisciplinaridad» permite superar y a largo plazo podría servir para hacer desaparecer la organización y hasta apropiación individualista de la cátedra y con ellas los patronazgos vigentes, que entregan a veces de por vida a un «profesor titular» o propietario de la cátedra, determinada área epistemológica, situación que llevó a la primera reforma universitaria, 1918, a definir a la universidad como «feudal». La «apropiación» de

la ponencia de Arturo Roig, “El proceso de cambio en la universidad argentina actual (1966 – 1973). Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, documento de trabajo, 1973. También puede verse en “El espíritu de la organización por áreas”, Informaciones del Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Mendoza, CRICYT, No. 65. Agosto 1986.

20. Cfr. Arturo Roig, “El proceso de cambio,... p. 4 – ss.

21. Cfr. Arturo Roig, “El espíritu de organización por áreas”, p. 1.

la cátedra, ha servido como refugio, en más de un caso, para la incapacidad y el control ideológico de una universidad abiertamente estamentaria y formalista. En líneas generales podríamos afirmar que la organización por «unidades temáticas» se opone a dos formas institucionales clásicas: la «cátedra» y la «facultad».

Por otra parte, dado el espíritu pedagógico participativo que exige el trabajo interdisciplinario en equipo, los docentes-investigadores y el personal de apoyo se ven obligados a multiplicar sus esfuerzos mediante la colaboración o participación activa también de los mismos alumnos, que a través de la «resolución de ejercicios y problemas, de trabajos prácticos, talleres y proyectos piloto se toman en «complemento» de las tareas productivas y de investigación normales».²²

Para una mayor dinámica interna del sistema de áreas también se ha pensado en que ellas puedan subdividirse en «programas» de investigación, docencia y servicios. Estos programas vendrían a ser «sub-áreas» en las que se supone debe alcanzarse una mayor especificidad temática y, lo mismo que las áreas, serían entidades ágiles, que facilitarían un desarrollo diversificado y a su vez articulado, que encuentre su razón de ser en la unidad temática que da sentido al área.

En definitiva, el «sistema de áreas» responde, lo mismo que otros experimentos llevados a cabo en los últimos tiempos, en diferentes ámbitos académicos -'micro experiencias'-, a un cambio de concepciones que desplaza el peso tradicional de la «cátedra» a un segundo plano e inclusive intenta eliminarla, a favor de una labor ágil y creadora. El ideal pareciera ser el de un mínimo posible de institucionalización y el de un máximo de integración dinámica, no formalizada, para lo cual se requiere avanzar en un doble frente: el metodológico y el de interrelaciones entre los actores del proceso de enseñanza-aprendizaje. Para lo uno es necesario implementar

22. Cfr. Oscar Varsavsky, «Ciencia y Universidad, en: APORTES PARA LA NUEVA UNIVERSIDAD, Argentina, Edt. Universidad de Buenos Aires, 1973, p. 39.

metodologías activas y flexibles, de fácil uso y adaptación a las diversas necesidades de la docencia; metodologías más que discursivas, al estilo de las clases magistrales y expositivas, de entrenamiento, al estilo del enfoque modular, el método de casos, la simulación de situaciones, ... herramientas todas ellas, que parten del presupuesto de que un principio del comportamiento humano es que mientras más se involucre a las personas en las decisiones que les afectan directamente, mayor será su compromiso con la ejecución de tales decisiones.

En otras palabras, lo fundamental es avanzar, permitiendo relaciones humanas participativas, espontáneas y libres, que no dependen de formalidades afirmadas como valiosas en sí mismas y que han resultado ser la muerte de toda tarea educativa, y en las que con frecuencia se cae por el peso de un: tradición educativa opresora y pasiva, que además se resiste a todo intento de transformación e impide así participar y compartir entre docentes y alumnos el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Por supuesto, imponer el diseño curricular sobre la base de programas y metodologías flexibles y sustituir el sistema de cátedra, por ejemplo, por el criterio de temas, casos o proyectos, será casi imposible en una universidad rígida, que opera con los esquemas tradicionales de carreras y cátedras, y está orientada hacia actividades académicas clásicas y procede con criterios del mismo orden en el manejo del personal, en su contratación o en el cálculo de sus remuneraciones, generalmente como profesor horario o taxi. En algunas universidades ecuatorianas aún predomina el profesor contratado por horas clase.

También cabe recordar que todo tipo de métodos, por más activos que éstos sean, al igual que sus correspondientes tecnologías de aplicación, pierden su vigor y terminan por desvanecerse sin su debido marco referencial o contextual. Desplazar el verticalismo y autoritarismo de los métodos y procesos de enseñanza-aprendizaje tradicionales es insuficiente o incompleto si no se aprende a valorar los objetivos nacionales en la educación, a tomar en cuenta las

necesidades sociales y políticas, como criterios últimos para evaluar incluso los mismos métodos de enseñanza o los tipos de organización universitaria o tecnologías que se utilicen.

En pocas palabras, la parte técnica o metodológica en educación de nada vale y no alcanza su plenitud si se desvincula de su contexto nacional en sus múltiples requerimientos culturales, sociales o políticos. Conocido es que no hay posiciones pedagógicas asépticas o neutras, pues incluso el apoliticismo es una manera solapada de hacer política.

Conclusión:

Sin lugar a dudas, asistimos hoy en día a profundas transformaciones en el mundo, algunas de las cuales son generadas por la impresionante producción científica y tecnológica que caracteriza a las sociedades contemporáneas. Sin embargo, pese a que la «materia gris» es hoy tanto o más importante que, la materia prima, uno de sus mayores centros de producción: la universidad, no es el único lugar donde se genera el conocimiento o se resuelven los problemas, ya que gran parte de sus esfuerzos se consumen en transmitir conocimientos más que en producirlos.

Mas si la universidad no es el único motor de producción e investigación, como más de una vez se ha creído, no es menos cierto que es una importante mediación, aunque nada más que eso. En pocas palabras, no cabe sobre-estimar su valor, como tampoco conviene minus-valorar sus posibilidades. La universidad puede, especialmente, si mejora sus métodos de enseñanza e integra nuevos enfoques y desarrolla metodologías más dinámicas, ayudarnos a enfrentar modificaciones sustanciales como son las que diariamente alteran la existencia de una sociedad ya planetaria o los requerimientos propios de un país abocado a vivir en el vértice del desarrollo moderno y post-moderno que le interpela a inicios de un nuevo milenio.

Posgrados, posgrados y posgrados

Joaquín Moreno Aguilar

Licenciado en Lengua y Literatura por la Universidad de Cuenca
Master en Desarrollo Educativo por la Universidad del Azuay
Director de Educación Continua de la Universidad del Azuay

Preguntas iniciales:

¿Se haría usted operar las amígdalas por un ingeniero de caminos? ¿Entraría confiado a la mesa de operaciones -teniendo que hacerse una operación de corazón abierto- sabiendo que la cirugía estará a cargo de un médico generalista? ¿Contrataría para ese importante estudio de mercado que le va a permitir decidir si amplía o no su fábrica, a una joven que recién ha terminado su formación básica? ¿Qué diferencia hay entre un máster y un magíster, entre un doctor y un doctor Phd? ¿Quién es un diplomado? ¿Quién es un especialista? ¿Por qué de un momento al otro se ha desatado en el Ecuador una fiebre de posgrados y encontramos a personas de reconocida solvencia intelectual y a prestigiosos profesionales sentados nuevamente en las aulas?

En este breve artículo se intentará responder a esas preguntas.

1. La relación entre el título y el trabajo.

Hay muchas actividades en la vida social que pueden desempeñarse sin necesidad de presentar primero un título universitario. No hace falta dar ejemplos de ellas.

Pero hay otras para las que la sociedad exige una constancia, una certificación de que la persona que aspira a desempeñar ese empleo o simplemente a desarrollar esa clase de trabajo, está capacitada para hacerlo. Un ejemplo suficiente es el de la medicina: no puedo ejercerla cualquier persona. Tan sólo pueden hacerlo quienes han cursado la carrera de medicina y han superado los diversos exámenes y pruebas que la facultad considera suficientes para indicar que están capacitados para ello.

Esto que nos parece obvio, no lo es tanto si nos fijamos en otras culturas en las que -a lo mejor- es el chamán quien ejerce este delicado oficio que no lo aprendió en ninguna institución de educación superior.

Pero no vayamos a otras culturas. Sigamos en la nuestra que la conocemos bien. Nos parece totalmente lógico que la medicina la ejerzan los médicos, porque consideramos que la vida humana es demasiado preciosa para ponerla en manos de cualquier persona, por más aficionada que sea a curar los males del prójimo.

Pero, ¿por qué no es igualmente lógico que actividades que tienen una importancia fuerte no estén en manos de personas que alguna instancia social haya calificado como suficientemente preparadas para desarrollarla? ¿Por qué la política puede ejercerla cualquiera que se lance audazmente a ella? ¿Por qué -pese a existir alguna legislación en contrario- casi cualquier persona a quien la vida le haya colocado frente a un micrófono ejerce de “periodista” y lanza —emite sería el término apropiado- cualquier clase de programación? ¿Es que no son actividades socialmente importantes la política y la comunicación? ¿Es que no tienen repercusiones sobre la vida humana?

Al inicio del artículo pensé que iba a responder preguntas. Parece que tan solo aparecerán otras.

Según Borrero, en su conferencia 26, (Kant citado por Borrero, pág. 7) esta diferencia dice que ya Kant se preocupó de esto y precisó, con esa envidiable precisión que tienen los buenos filósofos, que esto se debe a que existen profesiones que atienden directamente a las necesidades humanas, como la medicina, otras que atienden los intereses de las ciencias, y otras que quieren delimitar nuevas áreas en donde el ejercicio debería estar delimitado a personas capacitadas, porque se intuye lo delicado de manejarlas sin criterios.

En una sociedad organizada -como no existe ninguna en la realidad- estos asuntos serían simples: alguna institución debería

emitir la certificación de que la persona tiene los conocimientos teóricos y prácticos que le permiten desarrollar tal o cual actividad con beneficio para la sociedad. Que el médico realmente cura cuando esto es posible, que el juez imparte sus sentencias orientado tan sólo por el principio de justicia, que el profesor enseña, que el arquitecto concibe espacios de vida adecuados, que el científico se preocupa de buscar conocimientos que hagan mejor la vida de todos los hombres...

Esta institución, en las profesiones de las que hemos estado hablando, se entendía que eran –desde hace mucho tiempo- las universidades. El certificado que demostraba las capacidades era el título.

En resumen: Las universidades nos formaban. La formación recibida en ellas nos permitía acceder al empleo o al trabajo –que no son sinónimos- y la sociedad estaba lista para recibir los cuadros de personas debidamente preparadas en sus universidades porque este proceso era, a su vez, lo que permitía que la sociedad siga desarrollándose.

¿O es que no están directamente relacionadas las universidades con la investigación, la investigación con el desarrollo científico y el desarrollo científico con el desarrollo humano? O, ¿deberían estarlo?.

Así debería ser. Pero no lo es. Esta disparidad entre el deber ser y la realidad creo que se debe, en buena medida a que los ritmos de las construcciones humanas no son iguales. ¿Y qué se quiere decir con esto?

Trataré de explicar la idea enunciada; más bien una intuición que una idea plenamente desarrollada y argumentada.

El hombre es un buen constructor de artefactos: desde los más simples y diarios como puede ser una cuchara que nos sirve para llevarnos a la boca la rica sopita –la inmortal Mafalda no estaría de acuerdo- hasta las horripilantes armas “¿inteligentes?” que en estos

días están cayendo con “imprecisión matemática” sobre las vidas de los irakíes que ¿debían morir? (los soldados) y sobre los que ciertamente no debían morir: hombres pacíficos, mujeres, niños.

Y entre la simple cuchara y el “arma inteligente” están los miles de artefactos que nos facilitan la vida: los vehículos que nos sirven para el transporte, los recipientes que no permiten conservar alimentos, las computadoras conectadas a la red que nos ponen al alcance de nuestros ojos el conocimiento humano en cantidades que nunca antes tuvo ninguna persona de la historia.

El hombre sabe construir artefactos: los diseña, los da la velocidad, la forma, el color, el precio que desea; se siente orgulloso de ellos.

La intuición: El hombre no sabe construir organizaciones.

¿Pruebas? Las podemos ver en casi cualquier organización que conozcamos. Pero vamos a una grande: ¿No sería más pacífico el mundo si la ONU pudiese cumplir las funciones para las que se dice fue creada con la misma precisión que una computadorita cualquiera?

O tal vez sí sabe hacerlas, pero las organizaciones humanas como que una vez puestas a caminar adquieren vida propia, despliegan una dinámica propia que en ocasiones incluso camina por senderos diversos de lo que quisieron sus fundadores.

Si vemos a una ciudad como una construcción humana vemos que a pesar de que los planificadores quieren darle un rumbo y delimitar sus lugares y planificar su futuro, hay mucho que se escapa a la planificación, y que a pesar, por ejemplo de que quisiéramos que no crezcan más, que queden con el tamaño “ideal” que tienen, no hay manera de detener este crecimiento.

Si nos fijamos en algo tan sencillo como los medios de transporte, a pesar de que tenemos conciencia de que con su uso excesivo estamos arruinando el medio ambiente, se han tornado imprescindibles para nuestras vidas, para esa movilización rápida que decimos necesitar y que probablemente la necesitemos en verdad porque las organizaciones humanas nos han impuesto unos tiempos y unas necesidades de trabajo.

Y, ¿a qué viene este afirmar que el hombre no sabe construir organizaciones o que ellas adquieren una dinámica propia que conduce muchas de las actividades humanas por derroteros que nadie quisiera?. ¿O es que tienen otra explicación las guerras? ¿O es que alguien las quiere de verdad? ¿Qué tiene que ver esto con los posgrados, el tema de este artículo?

Mucho: debido a esta diversidad de ritmos y dinámicas de toda clase de constructos humanos, de improviso nos encontramos con que la tecnología: -definida magistralmente por Borrero, como la fusión íntima de la técnica y la ciencia- tiene una auténtica explosión y nos encontramos en un mundo en el cual el hombre tiene la suficiencia de construir casi cualquier artefacto que se le ocurra, para el bien y para el mal, un mundo en el que se vuelve más fácil crear objetos que venderlos, en el cual se pone a hombres sumamente inteligentes nada más que a pensar en qué construir, qué artefacto hacer, y obviamente, junto a aparatos realmente útiles, aparecen otros nacidos de la imaginación desbordada de objetos inútiles a una velocidad muy grande.

Y esta sobreproducción industrial obliga a refinamientos casi mágicos para los procesos de venta, de distribución de crédito, de persuasión, etc. Y todos estos procesos requieren de personal sofisticadamente preparado capaz de segmentar con precisión más que quirúrgica los mercados, para llegar con mayor precisión que las “armas inteligentes” a los posibles compradores. Para “convencer a la gente para que compre cosas que no necesita, con dinero que no tiene para impresionar a personas a quienes no les importa” (Papanek pág. 12)

El desbordado crecimiento de la tecnología y las obvias repercusiones que tiene en la sociedad y por lo tanto en la vida de las personas hace que aparezcan dos fenómenos directamente relacionados con la educación de toda índole y especialmente con la superior:

Por una parte la necesidad de nuevos especialistas en áreas que hasta hace pocos años ni siquiera existían ¿A qué profeta del año noventa se le podía ocurrir que se iban a necesitar expertos en páginas web?

Y, por otra, la necesidad de que incluso personas con una muy sólida preparación estén necesitando continuamente de entrenamientos de actualización porque continuamente están apareciendo nuevas tecnologías que necesitan ser asimiladas para continuar en el propio trabajo. Si no, díganlo los hombres de la radio que ya pasaron de lo analógico a lo digital y los de la televisión que están justamente ahora en ese tránsito. O dígalo usted mismo estimado lector que si maneja una computadora ha tenido que aprender -de alguna manera- a manejar nuevos y nuevos programas cada vez más complejos y menos amigables.

Hay un dispararse de necesidades de formación y... la Universidad tiene otros ritmos: ritmos lentos, burocráticos muchas veces, tranquilos, con esa suficiencia de saberse ¿o creerse? Una institución "permanente" con casi mil años de vida y ... no puede responder a estas necesidades sociales con la velocidad que la sociedad (o los industriales) quisieran.

Además, cómo atreverse a crear campos de formación en áreas que todavía no existen y que en diez años más (esto sí puedo profetizarlo sin ser profeta) habrá necesidades de formación de las que hoy no tenemos ni idea sencillamente porque no existen todavía las áreas. Pero como no existen, no me atrevo a profetizar en qué campo se darán estas nuevas necesidades de formación, aunque se puede intuir que serán en los de más amplias posibilidades: la

genética, las comunicaciones, los sistemas informáticos, las armas de destrucción masiva pequeñas y fácilmente transportables...

Esta disparidad de ritmos: acelerado de las necesidades y generalmente lento de las universidades hace que aparezcan necesidades sociales de capacitaciones específicas no satisfechas por la universidad.

No son infrecuentes:

Personas altamente capacitadas que no encuentran trabajo porque la sociedad no requería de esos conocimientos para satisfacer sus posibilidades de empleo.

Nuevos centros de diferente nivel y calidad empeñados en cubrir de diversas formas estas necesidades de formación.

Nuevas “universidades” que ofrecen transformarle a cada alumno en un experto en algún conocimiento sofisticadísimo en poco tiempo y con no tan poco gasto.

Todos estos fenómenos sociales apenas enunciados producen un desfase que las instituciones educativas ecuatorianas, y la Universidad del Azuay, en concreto, procuran cubrir con dos políticas diversas en su nombre pero unidas en su realización:

Aparecen por una parte los estudios de formación continua, que buscan dar a las personas esos conocimientos específicos que necesitan en un momento determinado. Aquí estarían todos esos cursos que tanto se ofrecen: actualizaciones en manejo de software, por mencionar tan sólo los más visibles.

Pero no es sólo la necesidad de la educación continua destinada fundamentalmente a lo anotado: dotar de capacidades específicas en cursos puntuales y rápidos.

Está también la necesidad de los posgrados que obedece a un doble requerimiento:

Por una parte, una capacitación específica de más largo aliento que el curso específico que me enseña a manejar el Power Point para una presentación y que, por el contrario, necesita capacitarme en cosas tan concretas como la manera adecuada de operar el cerebro para ostentar adecuadamente el título de neurocirujano y poder meter el bisturí en estos delicados espacios de la mente humana, o en cosas ya no tan concretas pero igualmente importantes como la manera adecuada de administrar una empresa utilizando las herramientas que, justamente, el progreso tecnológico e informativo ponen al alcance de los modernos gerentes.

Pero está por otro lado la globalización.

¿Qué puede hacer un humilde licenciado en una sociedad como la norteamericana? Lo más probable es que le pregunten ¿y eso qué es? Y que si sabemos respondamos que es igualito que un “bachelor” de ellos y que por lo tanto sí debería considerarme para tal o cual trabajo.

Y sonreirán con cierta benevolencia, dirán: “Ah”, con un cierto tono displaciente y pasarán a buscar en un montón de carpetas presentadas que ostentarán maestrías en áreas específicas y Phd, posiblemente, en este mundo en donde la creación de fuentes de empleo ha ido más lentamente que la producción de egresados y titulados de nuestras universidades.

Por eso se habla tanto también de que hoy la universidad no debería formar personas para el empleo sino creadores de empleos y esto es sólo parcialmente cierto, porque incluso, aunque formáramos personas audaces y creativas, la sociedad tampoco estaría en posibilidad de asimilar tanta creatividad. Creo que cada vez más nos acercamos a lo que es una profecía científica a los límites del

crecimiento, ese título de un libro ya relativamente viejo del Club de Roma. Viejo. De por los setenta.

Y uno se quedará sin saber por qué despreciaron su hermosa licenciatura tan duramente obtenida, a veces.

El rápido cambio en el mundo de los conocimientos trae la rápida obsolescencia de los mismos. La globalización de la economía y de la cultura en muchos aspectos, al menos en el llamado mundo occidental al que pertenecemos, hace que se necesite saber qué es lo que representa un bachellor, qué es una licenciatura, qué es un especialista, qué formación respalda o debería respaldar un masterado.

Y la universidad ecuatoriana ha procurado responder a ello en su ley.

La ley ecuatoriana dice que:

Antes el profesional vivía de lo que aprendió en la universidad. Ahora lo que aprendió en la universidad, en el supuesto de que sus profesores estén relativamente actualizados, le servirá para muy poco tiempo y a lo pocos años de ejercicio profesional notará que unos jóvenes imberbes saben una serie de cosas que él no sabe y que “necesita actualizarse”. A veces esta necesidad de actualización será tan cruel como una pérdida de trabajo por no saber una serie de asuntos de los que ni siquiera conocía su existencia, pero que al ser utilizados por la competencia causaron el desastre de la empresa en la que servía, justamente por no conocerlos.

Hace algunos años, cuando nos correspondió seguir los estudios universitarios, los mismos terminaban con los títulos de Ingeniero, Arquitecto, Doctor...

Había, por supuesto otros de menor rango como las licenciaturas que correspondían a estudios intermedios.

Notas importantes tomadas de Borrero:

“... las profesiones nacidas con la alborada de la Universidades: el derecho para el servicio de la justicia; la medicina para el servicio de la salud, y la teología para el servicio de la fe.” (Conferencia 31, pag. 46)

No hay distinciones claras entre Profesión, título, grado, diploma y certificado. (pag 45)

Al hablar de títulos es indispensable relacionarlos con la acreditación, es decir el procedimiento para establecer los estándares que le garanticen al público y a los graduados la calidad de la educación impartida.

Esto se relaciona también con la autonomía que es la relativa libertad de las universidades para organizar sus estudios, elegir a sus profesores, establecer sus criterios académicos.

He puesto con toda conciencia la palabra relativa, porque la libertad de las universidades de establecer sus propios criterios se termina en el momento en que sus graduados deben responder ante la sociedad por el título que ostentan.

No puede una universidad, por más autonomía que ostente, dar un título de cirujano mediante un curso intensivo de un año de duración. No se puede aprender tanto en tan poco tiempo. No puede engañar a la sociedad. Los ejemplos tomados de la medicina son lo que más llaman la atención pero en las otras profesiones el daño que se puede hacer a la sociedad al entregar personas no capacitadas y que ostenten títulos es grave, los puentes realizados por ingenieros mal preparados se caerían, los alumnos preparados por profesores mal preparados serían poco menos que un desastre y la sociedad, en vez de ir hacia delante estaría dando unos hermosos pasos al pasado. Lamentablemente, en muchos de los casos, esto es real.

Siempre pongo un ejemplo fácil: es muy claro que hemos fracasado en la enseñanza del inglés en muchos de los casos, cuando vemos que luego de muchos años de cursar esta asignatura los alumnos no pueden ni leer un texto relativamente fácil de inglés, peor mantener una conversación en ese idioma y, ni hablar de escribir un ensayo sensato.

Pero esto es fácil de detectar porque la necesidad obliga a las personas a decir disculpe no sé, o a lo mejor, “esquiusmi, ay dont espiik inglish”. Pero, si hiciéramos exámenes serios a lo mejor las frases serían mucho más graves. Discúlpeme, no sé escribir en castellano, no soy capaz de expresarme por escrito y ni siquiera oralmente. Discúlpeme, soy incapaz de realizar una regla de tres simple, soy incapaz de sacar un porcentaje, no sé que es eso de la tabla periódica, no sé cuáles son los continentes, no sé nada de nada.

El periodismo es un caso claro: quienes estudian las complejidades de la comunicación intuyen que manejar los mensajes que se transmiten a través de los medios sin una debida preparación puede ser (exageremos un poco) más peligroso que el que un ingeniero realice una operación de amígdalas en cuyo caso cuando más, matará al pobre paciente. El que los mensajes transmitidos por los medios de comunicación de masas se originen en mentes sin preparación puede traer (sigamos exagerando) la desgracia de las naciones, con cantidades más ingentes de sufrimiento humano.

Pero, aún no creemos de todo en ello.

El título universitario ha sido lo que ha permitido a las personas desarrollar cierta clase de labores, reservada para personas que tienen los conocimientos necesarios como la garantía que depositaba la sociedad para confiar su salud en manos del médico, la construcción de su casa en las del arquitecto, la del puente que iba a permitir el paso de miles de personas, al ingeniero y así, sucesivamente.

No se abordará aquí para nada la discusión de qué entendemos por desarrollo. Se está hablando de “desarrollo humano” con todo el contenido semántico que se acepta para esta expresión.

UNIVERSIDAD Y ESTADO

José Cordero Acosta

Doctor en Jurisprudencia por la Universidad Complutense de Madrid

Profesor de la Universidad del Azuay

Ex Presidente del H. Congreso Nacional

La Universidad como parte de un Estado, no es una dependencia administrativa del mismo, ni se integra al gobierno central. En gobiernos autoritarios y totalitarios ello puede ocurrir, en la medida en que los detentadores del poder político hacen de ella un dócil instrumento alejado de la búsqueda del bien común. Sin embargo en los Estados que funcionan con regímenes democráticos, no pueden ni deben estos centros de estudios superiores estar subordinados a intereses transitorios de gobiernos de turno, sino que tienen que funcionar con autonomía suficiente para cumplir con sus objetivos, aún con enfoques diferentes muchas veces antagónicos a los del poder gubernamental. Si lo antedicho atenta contra la esencia de las universidades, la agresión es mucho más grave si esa tiránica imposición proviene de un partido político, que controla a su vez el Estado.

Sin embargo de lo anotado, la autonomía no debe ser mal entendida, baste citar el pensamiento del ilustre Alfonso Borrero «*La autonomía de las instituciones universitarias, ciertamente indispensable para asegurar la independencia de pensamiento que debe caracterizar a toda universidad, ha sido interpretada muchas veces con un sentido absoluto, casi como equivalente de soberanía, con lo cual se dificulta o directamente se impide el establecimiento de lazos de coordinación con el resto del sistema del cual las instituciones universitarias forman parte*»¹,

La autonomía bien entendida, es la capacidad que tiene una institución para tomar decisiones y funcionar sin interferencias ni condicionamientos de otras instancias o cuerpos colegiados ajenos a ella. Esta cualidad es esencial en una universidad que pretende el desarrollo y avance del pensamiento en el entorno de la más absoluta

1. **BORRERO, Alfonso:** Universalidad de la Universidad: Globalización.

tolerancia, porque sólo de esta manera, la razón y la sabiduría dinamizarán su progreso. Si, por el contrario, se sustituyen tales valores por otros intereses transitorios o inmediatistas, lo secundario y accidental desplaza a lo esencial, erradicándose la auténtica función de la autonomía dentro de la universidad. Una aberración imperdonable, lamentablemente frecuente, es que en nombre de la autonomía se permitan llevar acciones contrarias al ejercicio de la libertad o hacer de lo que se considera un necesario privilegio de la universidad, un instrumento para satisfacer miopes intereses personales o de grupos.

Universidad y democracia coinciden en muchos aspectos, la democracia parte de la diversidad de las personas en sus maneras de ser y actuar, regidas por la capacidad de razonar, que se expresa en variadas diferencias, las que, en un gobierno auténticamente democrático tienen que respetarse. La única manera de que el ser humano se realice individual y socialmente es la práctica de la libertad sin caer en autoritarismos, ni libertinajes. La universidad, entendida como universalidad de ideas, creencias y conocimientos, no puede existir, ni perdurar sino en un entorno absolutamente libre.

Dogmatismos, fanatismos y fundamentalismos son incompatibles con las universidades, pues siendo la sede de la razón, cualquier forma de reduccionismo la pervierte.

Estado democrático y universidad se complementan. Si en un momento dado se dan enfrentamientos de diversa índole, se debe a que alguna de las organizaciones no está cumpliendo con sus propósitos fundamentales. Sin embargo, los conformismos absolutos merman la creatividad. Las confrontaciones dinamizan la historia; divergir no es mantener un conflicto irreconciliable. Por ello, las discrepancias entre gobiernos y universidades, tienen un significado más constructivo que negativo, pues incitan a salir adelante mediante la práctica de la razón. Una de las tareas ineludibles de las universidades es ejercer la crítica, entendida como desacuerdo fundamentado en razonamientos. Críticas sin fundamentos constituyen actitudes viscerales, es esencial ofrecer alternativas a lo

cuestionado, pues toda negación requiere una nueva afirmación, aunque sea como posibilidad o hasta utopía. La oposición por la oposición, la crítica por la crítica, la protesta por la protesta, dan el triste espectáculo de la decadencia del intelecto.

Destaco el hecho de que la Universidad es un componente generador de energías espirituales para el adecuado funcionamiento del Estado. Considero también oportuna una distinción entre educación superior y universidad. En el primer caso se trata de una tercera etapa en el proceso de la educación formal, sobre la que hay consenso casi universal y que puede limitarse al desarrollo de habilidades y destrezas para trasladar los conocimientos adquiridos a acciones reales, consideradas capacitación. La universidad es también una tercera etapa del proceso educativo, en la que se da prioridad a la reflexión, al análisis, a la crítica en el sentido real del término y a la creatividad, siendo la capacitación un componente más, pero no único de la universidad.

Partiendo de este contexto, vale la pena reflexionar acerca de cuáles son las funciones que la universidad debe desempeñar como parte de un Estado, esto es: Universidad y formación profesional; Universidad e Investigación; y, Universidad y Planificación

1.- Universidad y formación profesional

Profesional es el que posee conocimientos, habilidades y destrezas en alguna área cuyos problemas los soluciona con eficiencia. Hay varias clases de profesiones y entre ellas diferencias de niveles por el tiempo que requiere su aprendizaje, por la complejidad de los problemas que aborda y por la responsabilidad que su ejercicio requiere. Sin profundizar en estos análisis, una de las tareas fundamentales de una universidad, es formar profesionales de alto nivel. El funcionamiento de un conglomerado social requiere de todo tipo de profesiones, pero más impacto en su desarrollo tienen aquéllas que implican mayores esfuerzos, talentos y disciplinas.

Los profesionales formados en las universidades conforman la elite de un Estado. La palabra elite tiene una mala apreciación si se la utiliza como grupo minoritario que disfruta de privilegios provenientes de su nacimiento o por pertenecer a un grupo determinado que no ha tenido que esforzarse ni trabajar. Formar parte de una elite profesional universitaria no implica privilegio, sino es el resultado de conocimientos y destrezas nacidos de esfuerzos personales, siempre que la posibilidad de acceder a ésta, dependa de la capacidad y aptitud demostradas y no de factores ajenos.

En buena medida el mejor o peor funcionamiento de un Estado depende de la calidad de sus elites, que necesariamente son una minoría. Los niveles de un país no se deben medir por el número de profesionales universitarios que en él existan o de graduados que salen de ellas. Es más importante atenernos a lo cualitativo, o sea al alto nivel de esos profesionales. El problema crítico de la educación no está exento en las universidades, por lo que la búsqueda de la excelencia académica debe ser rigurosa en todos los ámbitos, pero más en estas instituciones cuya responsabilidad es mayor para con la sociedad y el Estado.

La educación, es un servicio que tiene que prestar el Estado a los ciudadanos; es la más importante de las inversiones que realiza el sector público para obtener réditos incalculables, es la solución a problemas que individual y colectivamente se deben afrontar.

El financiamiento que el Estado debe proporcionar a las universidades, no debe entonces entenderse como una carga o dádiva sino como un gasto necesario para contar con excelentes profesionales. Cuando se cuestiona la justificación de los gastos dedicados a las universidades como inútiles o suntuarios, es muy simple preguntarse si nuestro país podría funcionar adecuadamente sin los médicos, ingenieros, abogados, economistas, etc. que han salido de sus aulas, o si cualquier reforma estructural pueda llevarse a cabo sin la participación de un equipo profesional altamente calificado.

La formación universitaria no debe limitarse a impartir conocimientos apropiados para que quienes se graduaron cuenten con una herramienta para acumular fortunas. Las universidades nacidas y gestadas por esfuerzos públicos o privados suponen un sacrificio de la sociedad en su conjunto proyectado hacia una minoría, esfuerzo que de manera solidaria debe ser retribuido por quienes tuvieron la oportunidad de beneficiarse de ellas, por tanto un profesional carente de compromiso social, es un mal profesional, incurre en una verdadera traición, por admirable que sea su sabiduría y su pericia.

2.- Universidad e investigación

El desarrollo de la Universidad Ecuatoriana, al menos en los últimos tiempos ha manifestado un impaciente afán de acumular conocimientos sobre nuestra realidad material e inmaterial, y mediante tecnologías de diversa índole trasladar el saber al hacer. Por sus recursos y organización la universidad es un espacio para avanzar en el conocimiento. Profesores que dedican su vida al cultivo del saber, estudiantes que en su etapa de formación profesional se vinculan con cercanía a objetivos académicos; y, personal de apoyo a cargo de las penosas y prosaicas tareas administrativas, conforman el equipo ideal para la investigación.

Instituciones empresariales que aspiran a incrementar sus beneficios, pueden financiar investigaciones en sus áreas, pero la universidad cuya meta es el saber no necesariamente vinculado al afán de lucro, puede proyectar sus esfuerzos con menos restricciones a quienes pretenden realizarse en el saber por el saber en el sentido tradicional, quizás utópico en nuestros días de la sabiduría tan contaminada por los beneficios materiales.

Una de las ventajas del subdesarrollo, es que las innovaciones tecnológicas nos llegan sin haber realizado los grandes esfuerzos que implica su proceso y culminación, ni los aviones y computadoras de los que nos beneficiamos quienes habitamos en el tercer mundo se gestaron y nacieron en nuestros entornos, pero la investigación no

se limita a producir grandes inventos. Implica también su manejo apropiado y su adecuación a otro tipo de medios naturales y sociales en los que van a funcionar. El término tecnologías apropiadas ha sido usado con demasiada libertad e imprecisión, pero entendido como modificaciones en las tecnologías generales para un mejor rendimiento en los medios en los que se van a utilizar, es muy positivo pues sus beneficios serán mayores a la vez que los inconvenientes disminuirán. Las universidades, sobre todo en sus unidades técnicas, pueden desempeñar un papel fundamental, pues conocen las debilidades y fortalezas de los medios en los que se desempeñan.

El término realidad nacional se ha devaluado por la ligereza y a veces demagogia con la que se lo usa, pero en su real dimensión, tiene enorme importancia ya que el éxito o fracaso de cualquier innovación dependerá en buena medida de la receptividad por parte de las colectividades en las que se pretende su implantación. Un conocimiento adecuado de las peculiaridades físicas es importante, pero también lo es el de las humanas, entendido como formas de comportamiento, hábitos, tradiciones, prejuicios, ideas y creencias. Lo que dio buenos resultados en un país del primer mundo, no necesariamente funcionará igual en uno del tercero. Es importante rescatar el concepto "realidad nacional y regional" en cuyo campo tienen las universidades un gran acervo, ya que disponen de estrategias y medios interdisciplinarios que les permiten abordar global y no fragmentariamente los problemas.

Aunque en nuestros días se vive una preferencia, por el rendimiento económico cuantificable, inmediatista de los quehaceres humanos, no cabe descuidar y, peor aún eliminar, aquellas áreas humanísticas y estéticas que responden a otras dimensiones del ser humano. Si pensamos que la meta de un Estado y una universidad es mejorar la calidad de vida de las personas, creando condiciones idóneas para que puedan desarrollar de la mejor manera posible sus aptitudes, compete a las universidades dirigir sus energías a ámbitos que alimentan los espíritus y responden a condiciones propias de la especie humana. Las investigaciones humanísticas y estéticas

enriquecen a los Estados, no elevando cifras macroeconómicas, sino propiciando el crecimiento de otras dimensiones del espíritu.

Universidad es universalidad, Universidad es acopio de conocimientos, mediante la investigación. No pueden estos centros de estudios superiores ser excluyentes en sus enfoques y áreas de la realidad humana. No todas las personas que forman parte de estas comunidades tendrán especial predisposición para investigar sistemáticamente y hacer de esta tarea la principal de sus vidas, pero a aquéllos que están dotados para este fin, la Universidad debe proporcionarles los espacios y los medios necesarios.

3.- Universidad y planificación

Vivimos sucesiones de presentes. Gran parte de lo que hacemos ahora se justifica y cobra sentido en función de resultados que esperamos se den en un futuro. Los seres humanos nos hacemos en el tiempo y construimos nuestras vidas según cómo usemos nuestras cualidades y las oportunidades que se den. Lo dicho es válido para colectividades pequeñas y grandes, incluido el Estado.

Somos seres temporalizados, tenemos la posibilidad de guardar parte del pasado en nuestras almas, aunque no de cambiar lo que ya ocurrió. Tenemos la oportunidad de construir nuestro futuro, ordenando nuestras acciones en la dimensión temporal. Decía Maquiavelo que en el destino de los seres humanos un cincuenta por ciento depende de la fortuna y el otro cincuenta, de la virtud. Ciertamente es que hay una serie de circunstancias no previsibles ni buscadas que se presenta en nuestras existencias, pero lo que seamos o no depende de nuestros esfuerzos o virtudes, de la planificación que en el presente hagamos, y de lo que pretendemos lograr en el futuro para proyectar adecuadamente nuestras energías.

En términos generales, este tipo de ordenamiento se denomina planificación. Todos planificamos nuestras vidas con mayores o menores dosis de sueños y con mayores o menores componentes de

realismo. Lo que es importante en la vida individual, lo es más en la colectiva puesto que intervienen factores de mayor variedad y complejidad. Los Estados tienen que planificar su futuro de manera disciplinada y responsable. No es posible predecir el mañana, pero sí preverlo, siendo esencial al ejercicio del poder público, superar las tentaciones del inmediatismo y asumir compromisos sanamente solidarios con las generaciones que nos sucederán en el tiempo.

Una adecuada planificación parte de un conocimiento objetivo de lo que se dispone como punto de partida. De una visión realista, de las posibilidades de crecimiento de esos recursos. De una apropiada selección de las acciones que deben tomarse y de una anticipación de contratiempos razonablemente previsibles que pueden sobrevenir. En esta complicada tarea amenazada por una serie de tentaciones para evitar conflicto en el presente y disfrutar de éxitos en el futuro cercano, puede jugar un papel importante la universidad.

Estas instituciones de estudio a más de tener datos e informaciones, infraestructura adecuada, cuentan con el elemento humano que, circunscrito a la actividad académica no está sujeto a presiones de ambiciones políticas que prefieren sacrificar el futuro por éxitos momentáneos.

No necesariamente debe el Estado encomendar a las universidades la planificación integral, pero sí recurrir a ellas para aprovechar lo que tienen y emprender en esta compleja tarea con un mayor grado de confiabilidad. Si la burocratización es uno de los males a los que tiene que hacer frente la administración pública, en parte se la podría evitar mediante relaciones armónicas y de colaboración entre el Estado y las universidades en la tarea de la planificación.

Para que estas vinculaciones constructivas y complementarias se den en beneficio de la sociedad toda, es indispensable superar de parte y parte una serie de prejuicios y recelos que más que la acción conjunta alientan enfrentamientos. No cabe por ningún concepto que el Estado pretenda manipular las universidades para ampliar su espacio de poder. Tampoco tiene sentido que las universidades vean

en el Estado como al enemigo natural al que hay que oponerse y combatirlo. Lo deseable es que se genere una corriente de diálogo constructivo, que además del intercambio de posiciones y puntos de vista sobre los problemas, exista la voluntad suficiente para ceder y llegar a acuerdos en los que el gran ganador sea el pueblo ecuatoriano. Salvo situaciones extremas, este diálogo es siempre posible. La universidad con la capacidad de evaluar los pros y contras de la realidad nacional desempeña un rol fundamental en la marcha del país.

El Estado tiene como objetivo el bien común al margen de aspiraciones egoístas; los obstáculos para cumplir con esos propósitos son perfectamente superables. Lo que importa es que el ejercicio de la razón en las universidades no se enturbie por afanes de poder grupales que anteponga el relativo bienestar de minorías al de la nación toda.

Para terminar, cabe recordar a Emanuel Kant, quien en su obra *Crítica de la Razón Pura*, expresaba lleno de esperanza: «...que lo único bueno que hay en el mundo es una buena intención.». De allí que nuestra intención debe ser lograr una Universidad comprometida con la ciencia y la libertad, para la construcción del bien común.

UNIVERSIDAD: Educación, Desarrollo y Democracia

Paul Granda López

Doctor en Jurisprudencia por la Universidad del Azuay
Candidato a Doctor en América Latina Contemporánea por el Instituto
Universitario Ortega y Gasset de la Universidad Complutense de Madrid,
Diploma de Estudios Avanzados en Economía Aplicada
Director Ejecutivo del IERSE

A la hora de plantearnos la necesidad de un desarrollo integral para nuestro país, no podemos dejar de pensar en un eje fundamental, la educación. Cuando el candidato laborista en el Reino Unido, en ese entonces el “innovador” Tony Blair intentaba captar la primera magistratura de su país planteó como política prioritaria para un Estado desarrollado, el impulso a la educación, hizo un llamado para iniciar una cruzada sin precedentes que permita elevar el nivel educativo mediante una inversión ligada a objetivos prioritarios, mejor formación y apoyo a los profesores, nuevos recursos y planteamientos para atajar la marginación social, todo esto con una rigurosa inspección de los centros educativos de todo nivel.¹

Por lo tanto, podemos decir que sí para los países desarrollados, la educación es una prioridad, para nosotros lo es mucho más, al punto que podemos afirmar en el Ecuador que nuestras tres prioridades básicas deberían ser: *“educación, educación y educación”*.

Crisis de la educación tradicional.

Al iniciar nuestro análisis, vale la pena partir de lo que nos plantea Fernando Pérez Royo, que sostiene que la educación tradicional caracterizada en primer lugar por la secuencialidad o escalonamiento que ha dividido en diferentes niveles o grados en los cuales se va progresando sobre la base de la complejidad de los conocimientos llegando a segmentar la población entre quienes tienen acceso únicamente a los saberes elementales y quienes tienen acceso a los saberes más complejos; y en segundo lugar, por la jerarquización social de los individuos en razón de los niveles de conocimiento a los que tienen acceso se encuentra en una crisis profunda.

1. Blair, Tony. *La Tercera Vía*, Editorial El País – Aguilar, Madrid, 1998.

Situación caracterizada por múltiples factores como: Las modificaciones que se han producido en la socialización primaria y elementales del niño; los cambios en el sistema productivo que podemos resumir en el concepto de terciarización de la economía, pues el sector servicios es absolutamente mayoritario ya en las modernas sociedades post-industriales; las necesidades laborales presentes y futuras en las que se requiere y requerirá unas condiciones personales de motivación, de disposición personal, de espíritu de iniciativa, de capacidad para trabajar en grupo; la necesidad imperiosa de una formación permanente y flexible, de manera que permita con facilidad la movilidad laboral²; y una que quizás es fundamental, la ausencia en la formación en valores éticos y morales vinculados con una educación en democracia, asunto en el que intentaremos profundizar a continuación.

Sin educación de calidad no hay desarrollo.

Para Ylva Johansson, ex Ministra de Educación Sueca, los centros de todos los niveles deben ofrecer una educación más amplia que no lleve a un callejón sin salida con escasas posibilidades de elección³. El sistema educativo y las universidades en particular deben responder a un mercado laboral y a una sociedad completamente diferentes, por lo que necesita ser potencializado por tres razones básicas: el desarrollo económico, la justicia social e igualdad, y la democracia e integración.

Para el italiano Vittorio Campione, es importante señalar que cuando se habla de educación, hay que considerarla como un instrumento esencial para garantizar la libertad de los ciudadanos, éste debe ser uno de los objetivos prioritarios de la política internacional de cooperación de los países desarrollados hacia los

2. Pérez Royo, Fernando. Intervención en el seminario «Democracia, mercado y Gobernabilidad, San José de Costa Rica, 9 y 10 de julio de 1997.

3. Johansson, Ylva. Intervención en el seminario «Educación, educación, educación», Sevilla, 27 y 28 de marzo de 1998.

subdesarrollados⁴. Y es que no podemos dejar de mencionar que en América Latina y obviamente en el Ecuador la mala distribución del ingreso se explica en gran medida por la distribución de la educación, la región tiene 5 años de promedio, esto es cuatro menos que en los países de Asia. En consecuencia, los gobiernos de América Latina no dan mayor importancia a la formación de capital humano y el reflejo de esto es la desigualdad de ingresos y la pobreza.

No cabe duda, que en el mundo que vivimos las condiciones varían dependiendo de cada país o nación, incluso al interior de cada uno, pero la diferencia esencial se establece desde el punto de vista económico, así podemos distinguir entre ricos y pobres, países desarrollados y subdesarrollados. De igual manera, y desde el punto de vista educacional, podemos hacer ésta distinción, existe pues, un acuerdo generalizado acerca de que la educación es una condición indispensable, aunque no suficiente, para que se produzca un desarrollo económico, social y cultural. Cuando existe una estructura social que permite la movilidad ascendente y un contexto económico favorable, la educación produce un capital humano variable, flexible, y reduce las desigualdades sociales. Una política educativa puede, por lo tanto, convertirse, en una fuerza impulsora del crecimiento con igualdad, cuando forma parte de una estrategia general de desarrollo, y cuando ambas se inscriben en un contexto económico internacional y nacional favorable.

En consecuencia, es necesario en este eje importante de desarrollo, implantar una verdadera reforma educativa que implique mejoras en las técnicas educativas y un aprendizaje cualificado sobre todo a aquellos estratos poblacionales más pobres. La inversión en educación es sin duda un imperativo para el Estado y el gobierno, y es pieza fundamental para la redistribución de oportunidades. Por lo tanto, se debe realizar una serie de inversiones importantes que implique, como habíamos dicho antes, una reforma

4. Campione, Vittorio. Intervención en el seminario "Educación, educación, educación", Sevilla, 27 y 28 de marzo de 1998. Campione es Jefe de Gabinete del Ministro de Educación de Italia.

estructural de los centros de educación, interviniendo además de manera directa y eficaz en todos aquellos en los que la marginación social, el fracaso y el absentismo que hacen mella entre los estudiantes de todos los niveles. En definitiva, lo que se pretende es mejorar el nivel de educación de manera que los profesionales del futuro estén en posesión de las capacidades y los conocimientos requeridos para la obtención de empleo al tiempo que puedan ser más competitivos internacionalmente.

Finalmente, como dice el ex presidente del gobierno español, Felipe González, la educación es el mayor reto de solidaridad frente a la globalización económica, tomándolo en cuenta desde una perspectiva de cada Estado-nación o entre los distintos territorios, es decir, como solidaridad en el plano internacional. La educación es un factor decisivo para crear ese espíritu de solidaridad humana, si se preserva del carácter elitista y competitivo, los seres humanos que no estén educados en el respeto a las diferencias, crearán tendencias disgregadoras en las sociedades en que viven.⁵

Educar en democracia.

Por lo tanto, cuando planteábamos los factores de la crisis de la educación tradicional, tocamos uno que a nuestro entender es fundamental, la ausencia en la educación formación de contenidos éticos y morales vinculados a lo que se conoce como “educación en democracia” cimentada en valores y actitudes, en el desarrollo del pensamiento y de la creatividad como instrumentos del conocimiento, y en la práctica como estrategia de capacitación operativa frente a la realidad.

El objetivo de educar en democracia, sería formar un ciudadano crítico, solidario y profundamente comprometido con el cambio social; que reconozca, promueva y se sienta orgulloso de su

5. González, Felipe. Intervención en el seminario “Educación, educación, educación”, Sevilla, 27 y 28 de marzo de 1998.

identidad nacional, pluricultural y pluriétnica, que preserve su soberanía territorial y sus recursos naturales; que desarrolle sus valores cívicos y morales, que posea una adecuada formación científica y tecnológica, que tenga la capacidad de generar trabajo productivo; y, que aporte a la consolidación de una democracia no dependiente, en la cual impere la equidad entre los géneros y la justicia social⁶.

En este contexto, los centros educativos y sobre todo las Universidades, deberían ser, las encargadas de propiciar y garantizar el aprendizaje del convivir en democracia respetando los derechos humanos y principios democráticos como el pluralismo, convivencia, justicia, solidaridad y equidad; es así que incluso el Estado Ecuatoriano en sus distintas declaraciones de principios no ha dejado de tomar en cuenta, temas como la formación en valores sociales y democráticos, que posibiliten a los futuros ciudadanos ser sujetos de derechos y obligaciones para con la patria, claro esta, desde un punto de vista participativo en la vida de la comunidad, para que puedan ejercer de manera responsable una autentica ciudadanía⁷.

Sin embargo de lo expresado y de observar la existencia de un marco jurídico educativo, encontramos una realidad distinta, no se ha desarrollado actitudes, prácticas y conocimientos para el ejercicio del convivir democrático. Los contenidos teóricos de materias dictadas tradicionalmente, no han estado de acuerdo con los intereses de las nuevas generaciones; por ende, la ausencia en los programas educativos de contenidos que se refieran al ejercicio de la democracia dentro del sistema, evidencia una falencia, que tiene una incidencia posterior, por lo que, se hace imperativo que no consideremos solamente a la democracia como un concepto que se lo aplica en los procesos eleccionarios, sino como una practica que se la desarrolle desde los primeros años y que se la aplique en todos los momentos de la convivencia social.

6. Plan Estratégico de Desarrollo de la Educación Ecuatoriana 1997-1998.

7. Documento base: "Educación y Valores Éticos para la Democracia", Organización de Estados Iberoamericanos.

En consecuencia, es necesario implementar una reforma en las materias y contenidos de manera que se incluyan tópicos de educación para la democracia, que nos permita consolidarla como tal y que nos enseñe el respeto de los derechos humanos, pues estos son pilares fundamentales de un verdadero desarrollo económico de un país. La educación definitivamente, es el único camino que puede garantizar la consolidación a largo plazo de la vida democrática de un país, camino aceptado por todos los países del mundo actual.

La comunidad y sociedad actual, no forman parte de un verdadero y eficiente proceso educativo, las estructuras de las instituciones educativas son en la mayoría de ocasiones verticales en el que no se toman en cuenta en gran medida, los criterios de la comunidad, alumnos y sectores sociales, siendo necesario promover que todos sean sujetos activos en la construcción de seres humanos preparados para afrontar los problemas de su generación.

Lo sustancial sería, lograr la constitución de un modelo democrático en el que las instituciones puedan gobernarse de acuerdo a principios democráticos; esto es, que el tratamiento de profesores hacia alumnos se convierta en un ejemplo de comportamiento democrático. Por lo que, es necesario crear instancias de decisión en las que puedan participar activamente los estudiantes, los jóvenes en general disponen de escasos espacios, confianza y oportunidades, para participar realmente en la vida de sus comunidades, pues esta demostrado que los políticos y el sistema en general no representen a los jóvenes, pues no hay una identificación, ni conocimiento real sobre la problemática de este importante sector de la sociedad.

Este proceso de formación y capacitación, dotará a los estudiantes y a la comunidad en general de principios y valores fundamentales para el ejercicio pleno de sus derechos soberanos. “La educación en general tiene que servir a los estudiantes para la vida misma, para lo cual es necesario que se fortalezcan y construyan prácticas y conocimientos para el convivir democrático. La Educación para la democracia debe generar y promover los valores de tolerancia y solidaridad, fomentar la comprensión social y la no discriminación, el

respeto a los derechos humanos, la participación ciudadana y la consolidación de la paz entre los países.”⁸

Ejes de una educación para la democracia.

El panorama político y moral en nuestro país es complejo, por ende la educación sobre todo en democracia cobra un papel destacado, en el que es necesario considerar los siguientes parámetros:

- 1) La necesidad de abordar los objetivos desde todos y cada uno de los agentes educativos formales, no formales e informales como: el aprovechamiento pedagógico-moral de los medios de comunicación, la formación de los padres en función de educación familiar, y la potenciación de modelos sociales atractivos;
- 2) Reconocer el rol y función del profesorado, esto es, el confiar en los maestros, catedráticos en el desarrollo de su misión de educación en valores éticos;
- 3) Que se de una formación inicial y permanente del profesorado, con planes a mediano y largo plazo de capacitación docente en el que se integre contenidos éticos-filosóficos;
- 4) Que la propuesta este adecuada al contexto socio-cultural-económico característico de nuestro país, pues sería inadmisibles que se eduque en valores descontextualizados y ajenas a la realidad;
- 5) La necesidad de promocionar la identidad y el sentido de comunidad, es decir, el integrar en el modelo político y en el ejercicio de la democracia ideales humanitarios, que estimule el compromiso y la lucha por alcanzarla. Por eso hace falta fundar una democracia en valores colectivos, enraizados en la tradición de cada pueblo que apele a la solidaridad y a la justicia; y,

8. Proyecto piloto de Educación para la Democracia en el Ecuador. Fundación Esquel.

- 6) Entender que deben ser objetivos prioritarios de todos los gobiernos, como políticas de estado: la promoción de la participación activa y reflexiva de los ciudadanos en la vida pública y el compromiso de los responsables de las políticas sociales y educativas en la defensa de un modelo orientado a dotar a las personas de valores que garanticen la libertad y la solidaridad, la convivencia democrática, y en el respecto a la diferencia y a la implicación activa en proyectos de interés común.

No cabe duda, que estos parámetros toman mayor importancia en el momento en el que nos encontramos, momento crítico de acontecimientos que afectan nuestros países económica, política y socialmente, pero la educación en valores éticos, no es o no debe ser solo una parte de la educación que predisponga a los individuos a resolver los conflictos morales reconocidos y clasificados como tales, debe abordarse en relación a la construcción de personas competentes no solo en su ejercicio profesional sino en su forma de ser y de vivir, guiados siempre por criterios de respeto, solidaridad, justicia y comprensión.

A través de estos planteamientos, debemos ser capaces de aparcarnos nuestras diferencias especialmente derivadas de las diferentes concepciones del mundo que podamos tener y de construir una propuesta que permita la convivencia justa. Esto será posible solamente, si la persona, como ciudadano, está en condiciones de desempeñar su capacidad moral de procurar sus propios intereses y formas de vida buena, y a la vez, la capacidad moral de colaborar y cooperar con los demás. Por eso hay que incrementar los niveles de tolerancia y de aceptación de lo diferente, es necesario educar en la contrariedad y recuperar el valor del esfuerzo y de la voluntad como estrategias para una educación en la tolerancia y en la solidaridad.

La educación y democratización son de los más importantes desafíos de las sociedades que buscan el desarrollo de actitudes favorables hacia la unidad nacional, preservando claro esta las identidades culturales. La educación es un compromiso con la democracia, de ahí que el enfoque multicultural e intercultural que

orienta en la afirmación de los valores proclives a la convivencia pacífica y a los específicos e irrenunciables de una sociedad democrática.

Implica todo esto, dotar a los futuros ciudadanos de las condiciones requeridas para ejercer el derecho a participar tanto en lo político, en el trabajo y en los demás espacios del quehacer estatal y privado, entendidos como el conjunto de conocimientos y destrezas para interactuar en la vida pública y desenvolverse productivamente, pues es necesario comprender la complejidad de los procesos sociales mediante el desarrollo del pensamiento crítico, el respeto al pluralismo y el disenso.

En definitiva la educación es un compromiso con la democracia, la verdadera formación de los futuros ciudadanos exige una oferta de una educación de calidad que se fundamente en la capacidad de organización que posibilite demandar mejores niveles de vida, pero también, la corresponsabilidad de un proceso en construcción en un contexto social que reconoce a la concertación como su principio estructurador, a las alianzas como los mecanismos que validan y sostienen los cambios que en lo político, social y económico el país reclama.

En el Ecuador como en toda Latinoamérica, la vigencia de la democracia no puede entenderse solamente con la vigencia de la Constitución, es necesario crear las condiciones socioeconómicas para que la estabilidad política se fundamente en la justicia social, por ende el desarrollo de una cultura en democracia en el sistema educativo cumple un papel preponderante.

Consideraciones finales.

En resumen y tomando en cuenta, lo planteado desde una perspectiva del empleo, por Rosabeth Moss Kanter citada por Anthony Giddens, cinco son las áreas principales para un crecimiento y desarrollo económico de un país y en las que la Universidad debe

participar activamente y estas son: En primer lugar, el apoyo a iniciativas empresariales de puesta en marcha de pequeños negocios y a la innovación tecnológica; en segundo lugar, las asociaciones para proyectos públicos, en el que la empresa privada tenga una mayor participación, asegurando claro esta la importancia del interés público; en tercer lugar, estimular las políticas de lugar de trabajo compatible con la familia, esto es, la creación de mejores ambientes de trabajo compatibles con la familia; en cuarto lugar, lo que para nosotros es esencial, educación de calidad durante toda la vida, desarrollando programas educativos que comiencen en los primeros años del individuo y continúen incluso a una edad madura; y en quinto lugar, acrecentar la movilidad, mediante niveles comunes de educación⁹.

Sin lugar a dudas, la educación tiene que desarrollar y ser el eje estratégico de una situación de cambio continuo, en el que volvamos a revalorizarla y confiar en ella y en sus virtudes transformadoras.¹⁰ Como dice, Alfredo Pérez, tres son las funciones que la educación debe desarrollar en este mundo que cambia a una velocidad incontrolable:

1. Formar seres maduros, objetivo muchísimo más complicado que en el pasado por la agudización de las ineficacias de los sistemas educativos conformados de forma excesivamente uniforme, por lo que se requiere una mayor diversificación y una mayor personalización de la educación;

9. Giddens, Anthony. En este punto cita a Rosabeth Moss Kanter: Keynot address, Center for Economic Performance, Employability and Exclusion, Londres, CEP, 1998.

10. La educación esta siendo tratada desde un punto de vista estratégica, así ha sido considerado por la UNESCO, que encargó a Jacques Delors la elaboración de una propuesta que se plasmó en un libro cuyo título es "*La educación encierra un tesoro*", ha sido incluido en los programas de gobierno de Clinton, Blair, Jospin, en las declaraciones de las Cumbres de Jefes de Estado Iberoamericanos que se desarrollaron en Madrid, Bahía, Cartagena, Bariloche y La Habana.

2. Que la educación propicie una homogeneidad y cohesión social relacionada con un contenido formativo común, en el que la mayoría de la población tenga las mismas oportunidades de educarse, siempre bajo una perspectiva de solidaridad para con el prójimo; y,
3. Preparar a la juventud para la vida activa y para el ejercicio profesional y así satisfacer las necesidades y los requerimientos de calificación que demanda la sociedad.¹¹

Finalmente, cada vez entiendo más, lo expresado por el profesor Federico Mayor, que nos habla sobre: el «Triángulo Interactivo» formado por la paz, la democracia y el desarrollo, y que este solo es efectivo cuando lleva por eje a la educación, y cuando está animado por la solidaridad, la prevención y el sentimiento de justicia. “A medida que nuestra sociedad planetaria crece en número y complejidad, los vínculos entre la necesidad de compartir, la posibilidad de participar y la capacidad de prevenir resultan cada día más evidentes. Pero estos vínculos sólo serán fructíferos sí la educación se lleva a cabo mediante el único método eficaz: la pedagogía del amor y del ejemplo”. En definitiva, no hay otra pedagogía tan efectiva, como nos recuerda el verso de José Martí: «Solo el amor engendra melodías.»

11. Pérez Rubalcaba, Alfredo. Intervención en el seminario “Crecimiento económico y equidad social”, Santiago de Chile, 10 y 11 de octubre de 1997. Pérez fue Ministro de Educación de España cuando el PSOE gobernaba ese país.

UNIVERSIDAD Y CULTURA

Janeth Molina Coronel

Master en Estudios de la Cultura por la Universidad del Azuay
Coordinadora de Cultura de la Universidad del Azuay

En un tiempo-espacio de globalización, las fracturas sociales y las crisis económicas, políticas, éticas, afectan a todos los habitantes del planeta y repercuten en todos los ámbitos de la vida pues vivimos en el mundo un momento intenso de cambio cultural.

Como en toda transición, algo se destruye, se socava, generando el vacío y la crisis. En este vacío de sentido, todo es posible: La indiferencia agnóstica, la desaparición del sentido de la historia, la negación del pasado y el porvenir por el presentismo del aquí y del ahora, la felicidad como consumo hedonista de objetos obsoletos, los sujetos sin referencias, desustancializados, la individualización exacerbada, las cosmovisiones comunitarias y personales construidas como bricolaje de ideas de diferentes tiempos y espacios, los discursos y las prácticas que, desde un trasfondo nihilista, nos demuestran la insignificancia de todo aporte en el plano político, económico, social, artístico y ético.

Esta actitud de desencanto, de impotencia, tocó fondo con el genocidio cometido en Irak el que presenciamos, igual que en otras ocasiones, a través de la CNN y frente al cual y como única posibilidad de demostrarnos humanos, se movilizó la mayor parte de los habitantes del planeta, que en diversas latitudes intentan construir una cultura de paz, de justicia, de solidaridad.

Pero claro, estas mismas palabras -desde la visión imperial- fueron utilizadas para atacar al pueblo de Irak. No nos olvidemos de las alusiones a los discursos sobre la democracia, la justicia, la libertad, con las que se intentó justificar la invasión. Ya Huntington, hace algunos años, advertía la importancia de lo cultural en la reconfiguración de la geopolítica mundial, anunciando los choques de civilizaciones y advirtiendo que los más peligrosos surgirán de la interacción de la arrogancia occidental, la intolerancia islámica y la

autoafirmación sónica. No se equivocó, sus análisis, en los que no advierte una conexión con el poder económico y político a nivel mundial, describían lo que luego sucedió: *“Occidente, y particularmente los Estados Unidos, que siempre han sido una nación misionera, cree que los pueblos no occidentales deben comprometerse con los valores occidentales de democracia, mercados libres, gobierno limitado, derechos humanos, individualismo, imperio de la ley, y deben incorporar dichos valores en sus instituciones”* (Hungrington 1996, :p. 217).

Tras la coartada del 11 de septiembre, el terrorismo islámico, los pueblos “bárbaros”, debían ser liquidados en nombre de esa democracia y de esa libertad. Las razones verdaderas del genocidio vinculadas a la economía, a la geopolítica y al poder no asomaron en los análisis y comentarios de los noticieros internacionales pero sí en las redes alternativas que, por ventaja, permitieron conocer el trasfondo del conflicto y que han sido rechazadas por la mayor parte de ciudadanos del mundo.

El ejemplo anterior es apenas una demostración de que analizar la cultura -tarea necesaria, pero muy compleja- implica verla como una totalidad en la que se enlazan otros campos tales como la economía, la política, la filosofía, el poder a diferentes escalas: la mundial, la nacional y la local.

UNIVERSIDAD, CULTURA Y CONTEXTO

En la perspectiva planteada, un primer acercamiento al tema Universidad y Cultura, implica reflexionar en la relación espacio-contexto, entendida como un punto de ensamblaje de lo global, con lo nacional y lo local.

Los procesos de globalización creciente que han provocado flujos culturales diversos a través de las migraciones, los medios de comunicación, las industrias culturales, han roto con la ficción de la existencia de diversas culturas uniformemente compartidas y

coherentes, localizables en unidades geográficas concretas, que no han sufrido procesos de aculturación y en las que las identidades están referidas a un lenguaje y territorio determinado. Por el contrario, señala Rosaldo: "*Todos nosotros habitamos un mundo interdependiente (...) marcado por los préstamos y circulaciones entre porosas fronteras culturales y nacionales que están saturadas de desigualdad, poder y dominación*" (1993: 217).

Advertir esto es clave para la universidad ecuatoriana pues, en una perspectiva de intercambio global creada a partir del sistema-Mundo capitalista, se precisa superar los entrampamientos y discusiones que traían consigo las dicotomías cosmopolitismo-localismo, universalismo-particularismos, centro-periferia, formas dominantes-formas exóticas, cultura dominante-culturas dominadas. Se requiere superar estas dicotomías a través de una nueva cultura humanista que cree un vínculo entre una civilización concreta y la humanidad universal, que fomente la igualdad de todas las culturas y las ciudadanías culturales a la que tienen derecho todos los habitantes del planeta, como las tareas más importantes que tiene la universidad ecuatoriana.

Con los procesos de mundialización, la cultura como valor universal, (entendida ésta como valores relevantes para todo modo de vida) y la cultura como una forma determinada de vida (ser ciudadanos del mundo desde algún lugar particular, desde un locus de enunciación), no pueden ser necesariamente antagonistas, si de por medio están los compromisos éticos que son verdaderamente universales y que animan a los ciudadanos que están en España o en Latinoamérica, o en la India, a pronunciarse y a resistir frente a las mismas causas: la ecología, la paz, el desarrollo, la equidad, de diferentes formas.

En las universidades latinoamericanas, debates sobre las dicotomías particularidad-universalidad, homogeneización-identidad, bordes-centro, nosotros-otros, local-global, animaron la producción intelectual durante las últimas décadas. Frente al desastre mundial, ecológico, ético, político, hoy se impone la necesidad de armar una

nueva perspectiva para ver, para crear y para ser, y esto podría articularse si rebasamos la concepción de los «otros» (cualquiera éste sea), como “adversarios” y nos proponemos construir un nos(otros) desde la alteridad y la diferencia, desde la coexistencia como ciudadanos constructores del mundo, como un hacer colectivo que crea comunidad y produce efectos de convivencia global-local.

Pero el reto que representa la cultura para la universidad no está solamente en la relación global-local, sino también en la relación intracultural. En un país multiétnico y pluricultural como el nuestro, se evidencia una distribución inequitativa de los bienes simbólicos entre los ciudadanos y un incipiente diálogo intercultural, entre las culturas existentes, lo que complica aún más la relación universidad-cultura.

Para ello se requiere que la universidad ecuatoriana -desde la investigación y la formación académica- recupere y genere propuestas en torno a la interculturalidad, a los contenidos culturales y humanísticos que cada Facultad o Escuela, debe desarrollar en su currículum, de acuerdo a sus especificidades y al perfil profesional de sus alumnos.

En el III Encuentro Nacional Universitario de Cultura ya se advertía esta necesidad y por ello se planteaba que “cada carrera, según su especialidad, debe incluir contenidos culturales y humanísticos como un eje transversal que cruza todos los saberes y disciplinas”. Esta formación interdisciplinaria, de base humanística, intercultural, permitirá formar personas, tolerantes, con ciudadanía activa, ligadas a compromisos éticos universales.

Hoy se plantea entonces la necesidad de replantear nuestras concepciones de cultura, que vinculen lo global con lo local, lo intercultural y lo transcultural, que consideren los diferentes campos de producción cultural y sus interrelaciones y que aporten en la construcción de otros mundos posibles.

UNIVERSIDAD-CIUDAD

La relación entre universidad, sociedad y cultura es compleja. Más aún, si se ha constatado la ausencia de un análisis riguroso de lo que pasa en las ciudades organismos complejos, espacios de conexión, diálogo y exclusión local-translocal.

“Las ciudades hoy no son áreas delimitadas y homogéneas, sino espacios de interacción en los cuales las identidades y los sentimientos de pertenencia se forman con recursos materiales y simbólicos de origen local, nacional y transnacional” (García Canclini: 2002, 164).

La relación universidad-ciudad-cultura ha sido muy poco trabajada en las universidades ecuatorianas. Y es precisamente esta relación, la que puede proporcionar los ingredientes para una adecuada relación entre las universidades y sus entornos inmediatos y servir de base para las propuestas en este ámbito. De manera que la universidad ecuatoriana debería privilegiar investigaciones que den cuenta de la problemática local y regional y que sirvan de soporte de la docencia y los cambios curriculares que requieren. De lo contrario, estamos frente a universidades descontextualizadas, de espaldas a los problemas y situaciones reales que le competen.

La UNESCO, con mucha razón ha planteado como un objetivo prioritario “Hacer de la política cultural un componente central de la política de desarrollo”. La cultura como una fuente para buscar alternativas de un desarrollo más humano, un orden social cualitativamente más justo y una nueva conciencia ética no es un planteamiento nuevo. El problema es cómo hacerlo si, desde las instituciones académicas o no gubernamentales no se han desarrollado procesos de investigación que visualicen por ejemplo las perspectivas que tendrían los patrimonios locales en el desarrollo y construcción de propuestas de desarrollo alternativo y no como objeto de consumo de un mercado efímero.

La relación ciudad-cultura es por tanto un tema que debe contemplarse en las agendas de trabajo de las universidades ecuatorianas.

EL CONTEXTO UNIVERSITARIO

El tema Universidad-Cultura nos ha llevado a abordar problemas tales como la globalización, la cultura local, la relación universidad y ciudad y éste adquiere mayor complejidad cuando pensamos que ineludiblemente habría también que tratar las relaciones al interior de las universidades.

Es conocido por todos que la universidad ecuatoriana se encuentra empeñada en fortalecer las acciones que apunten a mejorar la calidad académica a través de la evaluación del currículum visible, esto es el proceso de enseñanza-aprendizaje de profesores y alumnos y, muy restringidamente de aquello que forma parte de lo que precisamente se ha dado por llamar el “currículum oculto” que incide en las formas de sentir, actuar y pensar en las universidades.

Por ello pensamos que cualquier proyecto de cultura en las universidades requiere indagar también sobre sus actores: los docentes y los estudiantes universitarios, sus opiniones, sus conflictos, sus vivencias y percepciones, sus consumos culturales, sus espacios de socialización, los significados que tienen para ellos los productos culturales ofertados o las líneas de acción emprendidas en cualquier ámbito.

Y es que las universidades no se conforman como colectivos homogéneos de estudiantes y profesores. En estos dos segmentos hay diversidad de protagonistas: profesores vinculados a las Ciencias Humanas que hoy, por los cambios producidos en las universidades, se han quedado sin su espacio de reflexión y realización a través de la cátedra, un segundo grupo de docentes que además de una formación de base humanística han incursionado en un campo especializado de las ciencias o las tecnologías, otros que han optado por una formación hiperespecializada y unos cuantos que incursionan en el trabajo interdisciplinario como un nuevo reto de la educación universitaria. Diversidad de concepciones, de tendencias, de tiempos del conocimiento humano, sólo como un ejemplo que sirve para señalar una de estas diferencias.

En el campo estudiantil esta heterogeneidad es más evidente. La tendencia en las universidades ha sido la de homogeneizar a la masa estudiantil identificando a los estudiantes solamente desde lo etéreo como “jóvenes” cuya identidad está en proceso de formación. Pero esta reducción simplista no da cuenta de que en el actual contexto de globalización, de comunicación mass mediática, de consumos culturales diferenciados hay una diversidad de identidades juveniles: etareas, sexuales, de género; identidades “collage”, esto es, formadas por fenómenos culturales de diferentes tiempos y espacios: jóvenes que definen su posición vital entre la Pachamama y el espacio virtual, entre los ídolos del rock, del ballenato, y el Che, entre las prácticas de vida posmodernas hippies, góticas, rapers, entre la práctica del hexagrama y la lectura de las cartas, entre lo andino y el Tao, entre los “apolíticos” y los comprometidos. Consumos culturales que se insertan en los tiempos y espacios de la modernidad o premodernidad, que evidencian las búsquedas individuales y solitarias de los jóvenes que, en consonancia con las corrientes posmodernas y, frente a la falta de horizontes políticos y éticos, escogen sus propuestas espirituales a la carta, y van configurando su subjetividad con fragmentos de diferentes religiones, tiempos y contextos, convirtiendo su espiritualidad en un collage posmoderno.

Estos gustos, estas prácticas, son identificables por ejemplo en sus modos de vida, en sus consumos de objetos, en sus lenguajes, en sus espacios de socialización, en sus presencias corporales, en sus propuestas artísticas, etcétera. De manera que cualquier política cultural universitaria debe también partir de un serio proceso de investigación de estas identidades juveniles que están en constante proceso de construcción y de deconstrucción, como lo señala Barbero. Conocer con profundidad lo que sucede en el campo estudiantil es pues un elemento muy importante para que las universidades ecuatorianas puedan construir propuestas nuevas e integrales en este ámbito.

Del análisis realizado se desprende ciertamente que no hay fórmulas mágicas para desarrollar propuestas en torno a Cultura-

Universidad, se evidencia de que éste es un ámbito de mucha complejidad, que requiere profundización, debate, investigación y parece ser, lamentablemente, que la Universidad ecuatoriana todavía no está muy consciente de esta necesidad.

Mientras tanto, y desde las diferentes perspectivas de cultura que nos sirven de soporte seguiremos realizando procesos de entrenamiento o educación selectivos, en los que sólo algunas actividades son consideradas “auténtica cultura”, mientras que otras siguen perteneciendo al ámbito de la cultura de masas, o a la seudo cultura, “democratizando” esta cultura elitista a través de las actividades de extensión cultural en que con gran dosis de paternalismo la universidad se inserta en la comunidad para generar en ella procesos culturales; o concibiendo a la cultura básicamente como cuerpo general de las artes o tal vez, preservando la cultura a través de la folclorización de los residuos del pasado dentro del presente.

Desde luego, la tarea no es simple, requiere del esfuerzo colectivo de las universidades ecuatorianas, de una voluntad para dialogar y construir. Ojalá que esto sea posible en lo inmediato y permita rebasar este tiempo-espacio de vaciamiento de sentido, en el que inmóviles seguiremos mirando por la CNN como otro lugar del planeta, que puede ser el nuestro, debe ser «civilizado», «pacificado», «democratizado», en nombre de una cultura y de un poder que se pretende universal y que quiere construir el mundo a su imagen y semejanza.

LA FORMACION GENERAL EN EL AREA TECNOLOGICA

Jacinto Guillén García

Ingeniero Eléctrico por la Universidad de Cuenca
Master en Gestión Tecnológica por la Universidad del Azuay
Decano General de Investigaciones de la Universidad del Azuay

Introducción.-

Quizá entre las mayores dificultades a las que nos enfrentamos quienes hemos recibido una educación dirigida específicamente hacia el campo tecnológico, está la poca interrelación de las diferentes ramas de la tecnología, entre sí y con otras áreas del conocimiento, y, básicamente, la falta de puentes con las Ciencias Humanas y Sociales, situación que nos conduce a no tener una perspectiva clara del entorno socio cultural y de las razones por las cuales la Ciencia y la Tecnología existen y deben desarrollarse para estar al servicio del ser humano, en un contexto de respeto a la naturaleza y de la práctica de valores éticos y morales.

La formación obtenida en el programa de Maestría en Gestión Tecnológica, y específicamente aquella relacionada al estudio de los Principios Antropológicos de la Tecnología, brillantemente expuestos por el **Dr. Paúl E. Little**, nos encaminan a realizar algunas reflexiones sobre el compromiso ineludible que tiene la Universidad, como formadora de recursos humanos, de impulsar una formación de carácter integral, que incorpore líneas de acción que posibiliten una visión de la tecnología como instrumento creado por el hombre para su servicio y bienestar.

La tecnología moderna y su interacción con el ser humano.-

La tecnología se puede definir como un sistema de organización de técnicas y destrezas basadas en el conocimiento científico, en procesos de investigación o en experiencias resultantes de procesos de experimentación, por lo tanto es un producto humano y como tal debe estar íntimamente relacionada con el entorno social. Si la tecnología ha sido creada por el hombre para mejorar sus

condiciones de vida es fundamental identificar en dónde está ubicada material y socialmente.

Pensando en la dimensión socio cultural, la tecnología debe ser una expresión de valores, puesto que su forma y características de aplicación influyen directamente en el comportamiento de la sociedad, en su respuesta de autoestima, en su expresión hacia el mundo, en su forma de vida y costumbres. El desarrollo tecnológico y sus aplicaciones, en definitiva, identifican y dan características propias a los conglomerados humanos.

Sin embargo, y aunque parezca extraño, la tecnología a pesar de ser un producto creado por la especie humana, tiende a desarrollarse por sus intrínsecos principios, normada por leyes y actitudes que en muchos casos se contraponen a la naturaleza humana o a la naturaleza de los seres vivos en general. Los principios de la tecnología la impulsan a buscar espectaculares resultados, a crear sobredimensionadas estructuras, puesto que no se conocen regulaciones ni normas que impongan limitaciones en tamaño, velocidad o fuerza, pero desgraciadamente a diferencia de lo que sucede con la naturaleza, la tecnología no posee las virtudes de equilibrarse, de auto ajustarse, de auto depurarse.

La naturaleza, se dice permanentemente, se comporta con sabiduría, siempre sabe dónde, cómo y cuándo detenerse, los seres vivos, el planeta y los factores endógenos que inciden en su comportamiento tienden a recobrar su estabilidad en respuesta a los estímulos externos y a compensar los procesos internos que en ellos acontecen, lo cual desgraciadamente no ocurre con la tecnología, así como tampoco con el ser humano cada vez más dependiente de los ingenios tecnológicos e inmerso en un mundo de especialización.

Schumacher en su libro “Tecnología con Rostro Humano”, expresa que en el tenue y delicado sistema de la naturaleza, la tecnología y en especial la supertecnología del mundo moderno actúan como un cuerpo extraño y se sienten numerosos signos de

rechazo. El mundo actual, dominado por sofisticada tecnología, se encuentra sorprendentemente involucrado en tres crisis simultáneas:

Σ La naturaleza humana, que se revela contra las inhumanas redes tecnológicas, organizativas y políticas que la sofocan y debilitan.

Σ El entorno viviente que sostiene la existencia humana, sufre dolores, se queja y presenta signos de destrucción parcial.

Σ Los abusos que se están haciendo con los recursos naturales no renovables del mundo, como los combustibles fósiles, conducen a la humanidad hacia insalvables restricciones y al virtual agotamiento en un futuro cercano.

Cualquiera de estas tres causas, según el referido Autor, si no se toman medidas para mitigarlas, llevarán a la especie humana hacia un irremediable colapso.

Pero de lo que no cabe ninguna duda, es que una forma de vida basada en lo material y en un expansionismo permanente e ilimitado, dentro del contexto finito y agotable de los recursos que nos prodiga la naturaleza, no puede durar mucho, siendo su expectativa de vida aún más corta, cuanto con más éxito alcanza sus objetivos.

Si se medita y se realiza un análisis equilibrado y humanista de hacia dónde conducen a la especie humana los tempestuosos y espectaculares desarrollos y alcances de los sistemas de comunicación, de la producción industrial masiva, de la electrónica, etc., conseguidos durante las últimas décadas, tendríamos una respuesta poco alentadora: en todas partes los problemas parecen rebasar a las soluciones, el desempleo acosa tanto a los países ricos como a los pobres, no existen razones contundentes para pensar que la tecnología moderna, como se la conoce, pueda dar solución real a la pobreza y al desequilibrio existentes en el mundo. Es más, con desesperación se puede observar que se emplea la sofisticada

tecnología actual para aniquilar al hombre y establecer nuevas formas de dominación.

La tecnología moderna aplicada a la industria, apunta hacia la automatización, hacia la producción masiva, hacia el incremento desmesurado de los niveles de producción, privando al hombre actual de la clase de trabajo que por su naturaleza propia disfruta más, que lo ennoblece y lo hace sentir útil, el trabajo creativo, hecho con sus manos y su intelecto. En términos de alcanzar la mayor productividad se ha generado trabajo de tipo parcial, fragmentado, de elevada especialización, la mayor parte del cual no produce satisfacción, induce a la reducción de la autoestima de las personas, convierte al ser humano en una pieza más de un proceso. **Karl Marx** parece haber anticipado mucho de esto cuando escribió: *“desean que la producción esté limitada a cosas útiles, pero se olvidan que la producción de demasiadas cosas útiles da lugar a demasiada gente inútil”*.

Schumacher así mismo plantea: *“La principal tarea de la tecnología debe ser la de aliviar el peso del trabajo que el hombre tiene que llevar adelante para poder subsistir y desarrollar sus facultades potenciales. El conocimiento verdadero, como tal, no nos compromete a una tecnología del gigantismo, a la velocidad supersónica, a la violencia y a la destrucción del trabajo agradable al hombre. El empleo que el hombre ha hecho del conocimiento es sólo uno de sus posibles usos y, a medida que se convierte en algo más visible, nos damos cuenta que es un uso ignorante y destructivo”*.

La ciencia ha progresado a niveles insospechados, los logros tecnológicos desbordan todo pronóstico, pero la Humanidad sigue sumida en el desequilibrio y en la falta de equidad, y, lo que es aún más grave, la ciencia y la tecnología en lugar de contribuir a un mejor manejo de los recursos planetarios, los ha utilizado de manera poco ética, basada siempre en las mismas variables de búsqueda del poder y de resultados espectaculares.

Lo analizado nos permite aseverar que la tecnología moderna en la forma en la que se ha desarrollado y se proyecta desarrollar, demuestra características cada vez más alejados del comportamiento natural del ser humano, razón por la que es de fundamental importancia reconsiderar nuestras metas, buscar un enfoque intermedio, que conduzca a la sociedad hacia un punto de equilibrio entre las necesidades de desarrollo tecnológico, el respeto a la naturaleza y las características propias del hombre como ser inteligente en busca de su autorrealización, en un entorno de dignidad.

Nuevos paradigmas en la enseñanza de la Ciencia y la Tecnología.-

La Ciencia y la Tecnología no pueden ni deben estar exentas de una ideología, deben desarrollarse a través de valores, de una forma de actuar definida, contexto en el cual se considera que la presencia de principios éticos, de acciones reflexivas y ponderadas, dan sentido a la enseñanza y a los procesos de investigación. La ciencia y el conocimiento como únicas metas, resultan insuficientes, y de ninguna manera pueden ser la razón única de la acción universitaria. La Universidad tiene el reto de formar profesionales con una actitud mental positiva, amplia, que formados en un entorno cultural y humanista contribuyan a la solución de problemas y no a ser parte de ellos mismos.

Quienes estamos inmersos en la preparación de futuros profesionales debemos reflexionar sobre las temáticas abordadas para ingresar en nuevos paradigmas, como:

La ciencia y la tecnología deben estar al servicio del ser humano para mejorar las condiciones de vida de toda la especie. Este cambio es complicado y de difícil concreción por las características complejas en que el sistema actual se ha desarrollado, pero es menester buscar alternativas para ingresar en esta nueva tendencia, caso contrario se habrá hipotecado el futuro de las generaciones venideras. En este contexto se considera que el rol de la Universidad

en general, en la era del modernismo y la globalización, tiene importancia preponderante y vital, puesto que tiene la responsabilidad de formar el principal recurso de una sociedad u organización, el recurso humano.

El conocimiento real y concreto debe dar sólidas bases de comunicación, interpretación y entendimiento, que permitan acciones prácticas y reflexiones críticas, que produzcan las transformaciones necesarias. El conocimiento requiere de sólidas estructuras teóricas que le den sentido al inmenso torrente de información que diariamente nos inunda.

La sociedad actual es testigo de una grave crisis de las bases del conocimiento, lo cual se expresa en un crecimiento desbordado de las diferentes ramas de la Ciencia y la Tecnología, cada vez con mayores grados de especialización pero a la vez más dispersas y sin vías de intercomunicación, situación que paradójicamente nos conduce a aseverar que en la medida en que se incrementa la información científica y tecnológica, esta es a la vez más fragmentada, ocasionando que la sociedad se separe del verdadero conocimiento. El inmenso cúmulo de información, si nos es procesado e interpretado con sólidos principios, puede ocasionar un impacto tan fuerte que termine por anular el propio conocimiento.

Por otra parte, la formación muy especializada en muchos casos resulta efímera y provisional, ya que la vertiginosa rapidez de los cambios e innovaciones, propagados casi al instante en la era de las comunicaciones, conlleva cambios permanentes, aquello que resulta una verdad hoy, mañana puede no serlo.

Las necesidades de formación general en el área tecnológica.-

Generalmente en las áreas de enseñanza tecnológica de las universidades de la actualidad, el conocimiento se ha instrumentalizado, existiendo una creciente tendencia a medir el valor del conocimiento en términos de la utilidad que éste pueda tener

para el ejercicio profesional. Actitud impuesta por una escala de valores que coloca al **saber cómo** por sobre el **saber qué**, situación que conlleva a que generalmente se definan los perfiles de los futuros egresados en términos de habilidades y competencias.

Por otra parte, el profesionalismo y la especialización que dominan el proceso de enseñanza en el área tecnológica, enmarcados en conceptos de modernismo y globalización del conocimiento, han fragmentado la unidad del hombre y han contribuido a que se rompa el entorno cultural, que caracteriza e identifica a los pueblos.

El dominio de un determinado cuerpo de conocimientos propio de cada disciplina es sin duda una parte importante y necesaria de la formación universitaria, pero no es la única y principal misión de la Universidad, ya que ésta debe preparar al hombre algo para más que su ejercicio profesional, debe capacitarlo para que sea culto y se desarrolle con éxito en la sociedad.

La experiencia práctica nos induce a pensar que generalmente las instituciones o las empresas en su búsqueda de recursos humanos idóneos, lo que buscan detrás de un título universitario no es la garantía de que el candidato esté totalmente capacitado para el cargo, lo cual podrán conseguir con una instrucción específica, sino más bien prefieren que tenga el respaldo de una formación general sólida, de principios y de disciplina en el trabajo, condiciones con las que se considera podrá hacer frente a los desafíos que le impongan las funciones que le toquen asumir, es decir se concede mucha importancia a aspectos de la formación que no se valoran suficientemente dentro de la propias instituciones de educación superior.

En su compleja y trascendental tarea de transmitir conocimientos y de dar formación integral al ser humano, de educarlo, consideramos que la universidad puede optar por dos alternativas de respuesta:

ΣLa primera, actuar de forma tal que se refleje el fenómeno del crecimiento explosivo del conocimiento, reproduciendo lo que

muchos autores llaman la “inflación” del conocimiento, atomizándolo y llevándolo hacia la especialización, es decir, seguir robusteciendo la oferta de cursos y programas a través de mantener el modelo de enseñanza que actualmente predomina en el área de enseñanza tecnológica.

Σ La segunda, una respuesta reflexiva, que oriente la práctica educativa en otra dirección, que le dé sentido, que establezca los intereses que la mueven, que determine las partes del conocimiento que realmente son esenciales y cuales son accidentales o provisionales, en definitiva que concrete cuál debe ser el núcleo fundamental de la formación en la universidad.

Se estima que la segunda alternativa, es una respuesta auténticamente universitaria, puesto que implica no sólo la transmisión de conocimientos sino también una formación general, que conduzca al futuro profesional a ser un hombre poseedor de cultura, capaz de enfrentarse exitosamente con los problemas y dificultades que encontrará en su futuro.

La formación general, según como la conceptuamos, además de ser integral, debe abarcar un amplio espectro de capacidades y posibilidades del ser humano, como son: conocimiento racional, gusto estético, valores éticos, conocimiento cultural y respeto a la naturaleza.

En ese contexto, el reto es dar respuestas concretas que permitan determinar un conjunto central de conocimientos, un núcleo básico, esencial para la formación universitaria, que trascienda de lo específico de cada profesión y se convierta en patrimonio de toda persona que se considere culta. Aquello que perdurará cuando los aprendizajes particulares se olviden o pierdan vigencia.

En el año 1945 un grupo de intelectuales de Harvard, en la que predominaban los humanistas, en busca de respuestas sobre que constituye en realidad la educación general, la definió como: “*aquella*

parte de la formación del estudiante que mira su vida como la de un ser responsable y como ciudadano en una sociedad democrática”.

BIBLIOGRAFIA.-

SCHUMACHER, E. F. 1983.

“Tecnología con rostro humano”. Río de Janeiro.

SALDAÑA, Juan J. 1994.

“Historia de la ciencia y de la tecnología: aspectos teóricos y metodológicos”. Caracas.

BORRERO, Luis Bernardo, 1998.

“En busca del conocimiento esencial: la formación general en la universidad”. Bogotá.

MORALES, Juan, 2002.

“El discurso ético universitario y su aplicación en la administración Institucional”. Cuenca.

LA LENGUA EÑE

Oswaldo Encalada Vásquez

Doctor en Lengua y Literatura por la Universidad de Cuenca
Profesor de la Universidad del Azuay

El brillo de la ausencia.- No todo lo que brilla es oro, y aunque no tenga el mismo valor que el metal, la ausencia tiene su propio brillo, que a veces deslumbra, ciega, inquieta o lleva a la reflexión.

La primera vez que percibí una de estas ausencias fue cuando el Instituto de Seguridad Social (que, para tener un nombre adecuado con su naturaleza, debería llamarse Instituto de Humillación Social) emitió los primeros boletines impresos con computadora. En el sitio donde estaba señalado el tiempo de servicio venía una cierta cantidad y luego la palabra ANIOS. Sí, así: ANIOS. Había desaparecido la eñe. Es decir, brillaba por su ausencia. Después he visto otras «soluciones» para la ausencia de esta letra: ANNOS, ANOS, ORDO?EZ. Prácticamente cualquier símbolo alfanumérico podría reemplazarla.

Esto ocurría (y todavía ocurre en ciertas partes) porque las computadoras antiguas, y las modernas, que traen programas de escritura en inglés, no tienen la eñe, y los usuarios del español deben tratar de suplirla de alguna manera.

Con esto queremos decir que hay letras -y algunas secuencias de letras- que son propias de cada lengua, y que, por tanto, pueden servir como elementos de identificación, aun en el caso de que se desconozca esa lengua. Así, por ejemplo: en el caso de la eñe, que pertenece únicamente al español, la c con cedilla, que pertenece al francés y al portugués (el español antiguo también la tuvo). La ö pertenece al danés (por ejemplo Sörensen). La ü pertenece al alemán y al español, aunque tengan sonidos diferentes (Müller y pingüino). Algunas agrupaciones como *-ich* y *ovna*, sirven para reconocer el patronímico ruso masculino o femenino (petrovich, Petrovna), el español *-ez*, el escocés *Mac* (Macpherson), *escu*, en

rumano (Petrescu), *son* en inglés (Robertson), *sen*, en danés (Andersen), las agrupaciones *cz* o *sz* en polaco.

E inclusive por el tipo de acento se puede reconocer a una lengua. Es el caso del acento circunflejo en francés. Por ejemplo *fenêtre*.

La «solución» tomada por los empleados de la seguridad social no es nueva. Antes de que apareciera la grafía *ene*, ya Gonzalo de Berceo (siglo XIII) escribía:

Cristo sennor e padre, del mundo redentor
(El clérigo y la flor. Milagros de Nuestra Señora)

Es decir, la comunidad española no había creado todavía la letra *eñe*, que no es más que la modificación de la *ene*, con una virgulilla encima. Pero hay que reconocer que una cosa es la grafía, y otra, el sonido. El sonido *eñe* está presente en varias lenguas, aunque se la represente con otras grafías. Es el caso del francés, donde la agrupación *GN* suena como *eñe*. Idéntica situación ocurre en italiano. En portugués *NH* representa a este sonido.

En latín no había este sonido, y obviamente, tampoco la letra. Esta es una creación romance (por eso aparece en las lenguas romances). La *eñe* del español es una evolución de dos grupos de sonidos: *NI* (*arana*, pronunciado *arania* = *araña*) y *GN* (*signam* = *seña*).

Y hoy, en el tercer milenio, la *eñe* se ha convertido en la letra emblemática del español, en el símbolo de su identidad.

¿Qué es una lengua?.- En cuanto a su composición una lengua es una estructura formada por un componente fonológico, un morfológico y un sintáctico. Junto a los tres se encuentra, aunque en otro nivel, el léxico, que es el conjunto de palabras usadas. Las palabras, por ser «objetos» de uso, se gastan fácilmente, se erosionan, caen en desuso, desaparecen mientras que otras son creadas o

tomadas en préstamo de otras lenguas. El préstamo y la adopción tienen sentido verdadero cuando en nuestra lengua se carece del concepto y la palabra. Es el caso, por ejemplo, de muchos términos de la electrónica y la informática. Un cederum, está ya incorporado en el diccionario de la academia (aunque viene bajo esta presentación CD-ROOM), pero decir ME SIENTO HAPY (como lo anuncia cierta propaganda de licor), en lugar de me siento feliz, resulta de una ridiculez y una tontería realmente supremas.

El léxico de una lengua está constituido por un conjunto de palabras propias y por un significativo aporte de préstamos y adopciones. En el español tenemos, solamente a modo de ejemplo:

Del vasco:	izquierda
Del griego:	ragedia
Del germano:	guerra
Del árabe:	almohada
Del francés:	paje
Del italiano:	medalla
Del gallego portugués:	sarao
Del catalán valenciano:	capicúa
Del arahuaco:	canoa
Del náhuatl:	tomate
Del quichua:	poroto
Del inglés:	linchar
Del algonquino:	mocasín
De una lengua australiana:	canguro
Del sánscrito:	naranja
Del finés:	sauna
Del suaheli:	safari
De una lengua centroafricana:	marimba
Del malayo:	orangután
Del guaraní:	ananás
Del mapuche:	copihue
Del latín:	agua
Del ruso:	vodka
Del tungús:	chamán

Del chino:	caolín
Del polinesio:	tabú
Del turco:	yogurt
Del hebreo:	pascua
Del ibérico:	gordo
Del egipcio:	oasis
Del quirguiz:	cosaco
Del avéstico:	paraíso
Del neerlandés:	pomelo
Del taíno:	maíz
Del japonés:	karate
Del alemán:	zepelín
De una lengua indígena de Panamá:	chicha
Del caribe:	caníbal
Del gaélico:	whisky
De una lengua tibetana:	cebú
Del islandés:	edredón
Del persa:	tártaro
De una lengua de las islas Maldivas:	atolón
Del esquimal:	iglú
Del maya:	cuchumbo
Del tamil:	mango
De una lengua del congo:	banana
Del danés:	narval
Del Hindi:	ginkana
De una lengua antillana:	cayo
Del cumanagoto:	butaca
Del nórdico:	vikingo
Del noruego:	kriil
Del gótico:	buñuelo
De una lengua del congo:	ñame
Del parto:	pelvi
Del aimara:	lampa
Un argentinismo:	atorrante
Un chileno:	lacho

Un hondureñismo:	jagüilla
Un cubanismo:	jamaqueón
Un salvadoreñismo:	agostinas
Un colombianoismo:	chusque
Un mexicanismo:	tepache
Un venezolanismo:	tepuy
Un peruanismo:	chusco (como animal de raza mestiza).
Y un ecuatorianismo:	guayusa

La pregunta que interrogaba sobre lo que es una lengua, puede responderse también de otra manera, tomando en consideración su finalidad. La lengua es el principal vehículo de comunicación entre los seres humanos. Es el medio básico para la transmisión y permanencia de la cultura. Es el vehículo de la educación, y un fortísimo cohesionador de los grupos sociales. Pero para que todo esto funcione, la comunicación debe ser efectiva. Los conceptos de efectividad y eficacia se entienden dentro de las normas propias de cada lengua. Si alguien dice: *Air mi compra libro*. Es posible que lo comprendamos (ayer yo compré un libro). Es decir que su mensaje sea eficaz, pero esa no es manera de hablar en español, y nadie podrá hacer la apología de esta forma.

Esta manera de responder a nuestra pregunta viene si nos interesa resaltar su finalidad. Sin embargo, la lengua no solo es vehículo de comunicación. Este aspecto ha sido valorado en exceso, y su otra parte ha sido eliminada. La lengua sirve para pensar, para aclarar y aclararse, para ordenar el pensamiento. No hay pensamiento sin lenguaje, ni lenguaje sin pensamiento. El estudio del lenguaje ayuda a desarrollar el pensamiento y a cultivar la inteligencia.

El conservadurismo de la lengua.- Una de las principales características de una lengua es su carácter conservador. Tiende a la estabilidad, pero esto no significa inmovilidad. Las lenguas cambian, y sus cambios se pueden observar en siglos o en décadas. Si la lengua cambiara muy de prisa se produciría la ruptura

generacional y por tanto, la división de las culturas. La diferencia entre el lenguaje de padres e hijos es real, mas no imposibilita la comunicación. La diferencia entre nuestro estado actual y la lengua de Berceo, ya es notoria, tanto que se necesita de una traducción o modernización de las estructuras de la lengua y del léxico.

Sí, las lenguas cambian en lo fonológico, en lo morfológico y en lo sintáctico. En el plano de la fonología podemos verlo en textos como el poema del MÍO CID:

Quando mio cid-el castiello quiso quitar,
moros e moras-tomáronse a quejar.
(fragmento 46)

En lo morfológico han desaparecido las palabras del género neutro (propias del latín) y han sido incorporadas al corpus masculino o femenino (por ejemplo: leño y leña). En lo sintáctico también hay cambios. Hasta el siglo XIX era frecuente el uso de los pronombres enclíticos, sobre todo en la lengua literaria. Así se decía: decíase, rogole, pidiome. Hoy ya no se usa esta forma sintáctica.

Estos dos tipos de cambios podrían considerarse formales. Si la palabra latina *lenticula* y la palabra *lenteja* en español, nombran lo mismo, hay un cambio formal, pero no semántico. Sin embargo hay cambio y evolución semántica. La palabra *robar* pertenecía originalmente al campo de las acciones militares, porque uno de los fines de la guerra era el robo o saqueo. El *candidato* era el aspirante a un cargo público en la antigua Roma. Para «transparentar» sus buenas intenciones se vestía con un color que siempre ha connotado pureza. Además la ropa debía dejar visibles las heridas recibidas en las guerras en las que había participado defendiendo a la Patria. Y *atroz*, es palabra que significa únicamente aquello que es negro u obscuro.

Los factores del cambio.- Hay algunas razones para que se produzcan los cambios en las lenguas. Podemos anotar unas pocas:

1) El descuido.- El pueblo, generalmente menos cultivado, suele hablar y pronunciar las palabras descuidadamente. Y este descuido hace que algunos sonidos sean omitidos, otros, que sean cambiados. Posiblemente la razón de algunos de estos cambios sea la economía lingüística. Hoy se puede escuchar que alguien hable del *tiatro*, y que *patió la pelota*.

Estos mismos hechos ya fueron notados y sancionados como usos incorrectos hace 1800 años (entre el 200 y 320 D.C.) en el famoso APPENDIX PROBI, que no es más que una lista de barbarismos, con su correspondiente corrección. He aquí tres ejemplos:

articulus non articlus
auris non oricla
lancea non lancia

Pese a los reparos de los magister y los rhetorici, el pueblo sencillo continuó con el descuido en la pronunciación. Y de ese descuido brotaron nuestras actuales palabras: *artejo*, *oreja*, *lanza*.

2) Los diminutivos.- Las relaciones que establece el hablante con los objetos y las personas (relación que se da por medio de la lengua) es - o aspira a ser- una relación de afecto, de cercanía, de aprecio. Y esto se consigue con el uso de los diminutivos. Este factor de cambio es muy antiguo -pertenece al latín vulgar o popular- y sigue vigente. Originalmente son diminutivos la rodilla (de rotella, de rota = rueda), la oreja (auricula), abeja (apicula), señorita (de señora), pañuelo (de paño), quesillo (de queso). Con el paso del tiempo las formas diminutivas pueden llegar a adquirir nuevos significados. Por ejemplo: estampilla (ya no es diminutivo de estampa), pastilla (de pasta), calzoncillo (con connotaciones de interioridad antes que de diminutivo).

3) Los eufemismos.- El eufemismo puede ser definido como una «artimaña suavizante» para nombrar algo que puede ser indecoroso, peligroso, prohibido, feo, detestable.

a) Temor hacia arriba y hacia abajo.- Ni a Dios ni al diablo se los puede nombrar directamente. Al uno por respeto y al otro, por miedo de que la sola invocación lo aproxime. Por eso a Dios se le dice: el Señor, y cuando se trata de una exclamación se dice: pardiez, en lugar de POR DIOS. El tema del diablo, en esto, es más rico. Están: pateta, patillas (porque se lo representaba con los pies grandes, como un patán), diantre, diajo (como entre nuestros campesinos ecuatorianos), el enemigo malo, el compadre, don Sata (tratándolo con cortesía, por si acaso más adelante se ofrezca).

b) Las oscuras palabras de la muerte.- La muerte es un campo cuya sola mención pone los pelos de punta a algunos mortales. Para evitar su ominosa carga significativa se trata de aligerarla con palabras. El muerto se convierte en el difunto, que significa: el que ha terminado, el que ha partido. O se usa «quien en vida fue» o «el que en vida fue», como si con la inclusión de la palabra vida se negara el silencioso aliento de la muerte. Entre nosotros se usa también la palabra decesado, un derivado de deceso. El hecho de morir se suaviza diciendo, en tono humorístico: *estirar la pata* (de ahí viene la broma de que los cojos son inmortales, porque no pueden estirar la pata). Los jóvenes usan la palabra palmar.

La muerte es el deceso, que significa únicamente partida, descanso. ¿Y a dónde van los muertos? Pues a un dormitorio, porque cementerio significa eso: dormitorio. Elegante y suave nombre para designar el sitio del descanso eterno. La iglesia lo llama campo santo, por el respeto que se debe guardar a los muertos y a su memoria. Pero como cementerio y campo santo ya han perdido su aura, los comerciantes de la muerte han inventado cementerios particulares, y los llaman: campo santo Jardines del Recuerdo, o campo santo Monte Olivo.

¿Y quién provee lo necesario para los muertos? Los dueños de las funerarias. Pero así mismo esta palabra ya va en descrédito. Es preferible llamar SERVICIOS EXEQUIALES, un derivado de exsequor, que significa seguir hasta el fin, cortejo.

c) Las alegres y revoltosas palabras del cuerpo y el sexo. - El cuerpo siempre ha sido una fuente de temores (por influjo de la educación sometida a la religión). En tiempos de Cervantes era indecoroso nombrar las orejas por su nombre, quizá estaba en la mente de los hablantes el hecho de que también los animales tienen orejas. Por eso se usaba una perífrasis eufemística. La dueña Dolorida se prepara a contar su pena y dice: «pero antes que salga a la plaza de vuestros oídos, por no decir orejas» (2, 38). Hoy no existe este recelo, pero siempre es más elegante hablar al oído antes que a la oreja. Un enamorado no habla a la oreja sino al oído.

Hoy, para nombrar las nalgas se usan palabras pintorescas como cola, rabo, pompis (derivado de pompa, es decir, algo redondo), posaderas, atendiendo a la función más frecuente de esta parte. El miembro masculino es pipi, pabilo, paloma (¡las tres palabras comienzan con p!). El amante se llama don Segundo, o simplemente González, y cuando alguien ingenuamente pregunta ¿Qué González? La respuesta viene con rima, como para no olvidarla: El que entra cuando vos sales.

d) Las palabras de lo innombrable y la mala vida. - Es posible pensar que algunas mujeres, por comerse el sánduche antes del paseo, puedan llegar a la vida airada. He aquí dos frases que caen en terreno escabroso. Lo del sánduche antes del paseo hace referencia a las relaciones prematrimoniales. La misma situación se describía antes, con las frases: dar el mal paso, o ir por el mal camino. La vida airada dice, literalmente, que las prostitutas son mujeres llevadas por la ira (habría que averiguarlo si todas). Si no se quiere usar estas palabras, están otras: mujer de mala vida, o mujer mala, así con la maldad a secas encima.

Actualmente en lugar de la palabra prostituta se usa *trabajadora sexual*. Con este elegante mamotrero veamos cómo quedaría el fragmento inicial del gracioso soneto de Quevedo:

Antes: Melancólica estás, putidoncella,

solapo de la paz, buen gusto grato.

Ahora: Melancólica estás, trabajadora sexual doncella,
solapo de la paz, buen gusto grato.
(sin comentarios)

Si de eufemismos se trata el mismo inmortal Quevedo usó en lugar de puta, la frase HERMANITAS DEL PECAR. ¡Eso es elegancia y suavidad!

En la vida diaria, y a veces en boca de las más inocentes criaturas asoman las palabras *pucha* y *caramba*. Si se les quita el maquillaje se descubre que no son más que puta y carajo. Dentro de este mismo campo han aparecido dos palabras (la frase es nueva, pero no los componentes) para un concepto viejo. Aquella doncella que se había comido el sánduche antes del paseo podía quedar embarazada y no llegar a casarse. Este hecho, hasta hace algunas décadas era algo extremadamente vergonzoso, al punto de que los abuelos adoptaban al vástago como hijo propio, con apellidos y todo. Hoy la situación es totalmente distinta, no hay escándalo ni ocultamiento. Hoy aparecen las *madres solteras*. Una mujer en esta situación no es ni señora ni señorita. El sistema de la lengua no ofrece una salida -de una sola palabra- para este caso. Quizá haya que juntar señora y señorita, para llamar señorina.

4) Evolución por analogía (una forma elegante de llamar a la ignorancia).- *Pensé que*, esta es la frase que se usa como disculpa cuando cometemos algún yerro. La gente piensa que algo de común ha de haber entre *fulminary* y el *surmenage*, y obtiene el *fulminage*. Si lo *capcioso* hace pensar mucho, es decir hace actuar a la cabeza, entonces ha de ser *cabecioso*.

Si los verbos en tercera persona del plural terminan en N, hay gente que dice PERMITAMEN (lo dijo el Eco. Guillermo Landázuri, presidente del Congreso, el día de la posesión del Presidente Gutiérrez. Para que se vea el elevadísimo nivel cultural de esa

gente). Y la primera persona del plural la cambian con el pronombre nos. Dicen: Queríanos, por queríamos.

5) Cambio por «prestigio».- Hay gente que cree que todo lo extranjero es mejor, más notable. El homosexual se llama a sí mismo, *gay*, como si algo cambiara de sus inclinaciones al decirlo en inglés. El almuerzo se llama *lunch*, y ya se ha derivado el esperpento *lonchar*.

En esto del prestigio, la referencia es no solo a lo extranjero, sino también a la categoría social. Si un noble, rico o poderoso lo dijo, otros lo siguen. Al respecto es muy graciosa la nota de Juan Montalvo:

Cuentan por ahí que el rey Luis XIV dijo una vez por equivocación en masculino un nombre del género femenino: habiendo caído en la cuenta de su error el augusto monarca, se encendió en vergüenza, de suerte que las orejas parecían ascuas vivas. ¿Qué hicieron sus cortesanos? salieron algunos de los camastrones, y a la vuelta de seis horas andaban circulando por la ciudad de París magníficos artículos con firmas ilustres, en los cuales aquel vocablo hembra se había convertido en macho, no siquiera de la noche a la mañana, sino así, del mediodía a la noche. Desde entonces quedó variado el género de ese sustantivo, y ahora sería cosa de bozales ir a proferirlo o estamparlo con sus antiguas enaguas. Si mal no se me acuerda, ese vocablo es *carrosse*, femenino antes del rey don Luis, y masculino de entonces para acá. (1)

El simple y común espionaje se convierte en inteligencia. Y el resto de ciudadanos, que no trabajamos en el espionaje, nos quedamos de tontos.

6) Cambio por disminución y por aumento.- Es una tendencia general buscar la rapidez y la reducción. Quizá por ello nuestros estudiantes se la pasan hablando de Mate, Caste, Educa, profe, por fa, la bici, la compu. Esta parece ser una fórmula lógica de economía. Sin embargo los políticos hacen exactamente lo contrario, alargan las

palabras, sin razón -quizá en la obscuridad y pobreza de sus mentes deben pensar que así son más elegantes o precisos, o que no deben usar las palabras del pueblo. Y así han inventado: *tramitología*, para los simples y engorrosos trámites, que son el paraíso de la burocracia. *Despenalización*, por legalización. *Préstamo no reembolsable*, por donación. *Intencionalidad*, por la simple intención.

Como se ve, a través de su detestable lenguaje los políticos demuestran que siempre van en dirección contraria al pueblo.

Y junto a estos factores nombrados (que no son todos) es necesario citar también los intentos de cambios forzados.

Juan Ramón Jiménez intentó unificar el uso de G y J. Algunos de sus textos tienen una ortografía diferente. Por ejemplo:

La luna da a los campos su calma de cristal,
de modo que en la blanca tristeza de la senda
hay como una ilusión de luz primaveral
florida con tal majia, que no hay quien lo comprenda...(2)

El español José Amando Petramentrio sentía horror por determinadas palabras que a él se le antojan soeces, groseras, y propone sustituirlas por otras más eufónicas y decentes. Así se dirá *zaco*, *sucos* y *yorros*, en lugar de macho, mocos y morros, respectivamente.

Pero lo que más cruelmente hiere su oído, lo que le saca de sus casillas, son «ciertas expresiones bellacas y sacrílegas que aparecen injertas en palabras religiosas» ¿Qué es eso de decir *tabernáculo*, *inmaculada*, *báculo* y *sacerdote*? En adelante habrá de pronunciarse *tabernádulo*, *Inmacelada*, *báyulo*, *sacradote*.

Como habrá de decirse *espectárulo*, *pelírula*, *artirulo*. Y *crepúsulo* y *difivultad*, en lugar de crepúsculo y dificultad. (3)

García Márquez también propuso una tontera: jubilar la ortografía, y otras cosas más (frase que quedaría mejor en la delirante imaginación de José Arcadio Buendía). A los pocos meses de este exabrupto Colombia organizó un concurso iberoamericano de ortografía (bonito tapaboca para el genial autor de Cien años de soledad). Pero si García Márquez hubiese sido sincero y hubiese estado convencido debió predicar con el ejemplo. Cuando en el año 2002 salió su autobiografía: **Vivir para contarla**, ¿Qué creen? la ortografía no se había jubilado, seguía siendo la misma de antes.

Como conclusión de esto podemos decir que la lengua es un contrato social, ningún individuo puede cambiarla con sola su intención, ni el bueno de don José Amando Petramentrio, ni el gran poeta Juan Ramón Jiménez, ni el genial Gabriel García Márquez.

La Universidad y la enseñanza de la lengua.- En estos tiempos de omnipotencia de la tecnología y las telecomunicaciones, la universidad tiene un papel importantísimo y reivindicador de las áreas humanísticas. No todo en la vida es hacer click con el ratón. Y dentro de esta tarea la universidad debe considerar a la lengua y a su estudio como una de las áreas fundamentales (la otra área es la de la Matemática, que también es un lenguaje, extremadamente formalizado).

La lengua debe ser considerada como un medio de estudio. Llevados de esta idea es que la Universidad del Azuay ha incorporado en algunas de sus facultades (la meta es hacerlo en todas, dentro de un plazo razonable) una asignatura de lengua española (llamada Lenguaje), cuya finalidad es proporcionar un mínimo de conocimientos e instrumentos orientados a conseguir una expresión -escrita sobre todo- algo decorosa.

Pero el estudio de la lengua no puede ser «desgramatizado» -curiosa e incomprensible palabreja ideada por quienes tienen miedo de acercarse a los mecanismos de la lengua, desconociendo aquello que dice Grijelmo: «Quien no comprende las estructuras del lenguaje, la más sencilla de todas las estructuras posibles, difícilmente

aprehenderá cualquier otra lógica de la comunicación, y quien no repara en cómo dice las ideas olvidará incluso las ideas mismas» (4). Desgramatizar el estudio de la lengua es como desalgebrizar el estudio y enseñanza de la Matemática-. Según los niveles y los objetivos de cada facultad y cada escuela deberá incluirse más o menos contenidos gramaticales. Ciertamente que no se trata de formar lingüistas -nuestra universidad cerró la especialidad de lengua y literatura hace ya algunos años- sino personas que sepan manejar bien la lengua.

Hay que insistir en el hecho -por demás evidente para quien no es ciego- que para expresarse y para comprender otros textos hay que poseer un dominio aceptable de las estructuras lingüísticas. Si nuestros estudiantes van por el camino de la elementalidad y el infantilismo, no podrán salir de textos tipo **Caperucita roja**, donde el lenguaje es tan simple como sus estructuras.

Tampoco se puede reemplazar el estudio de las estructuras lingüísticas por el acrecentamiento del léxico. Ya hemos visto como este es casi exterior al lenguaje. Saber palabras sin saber cómo usarlas es como tener fichas de un rompecabezas, sin el dibujo que se debe seguir. Las palabras no pueden ser colocadas de cualquier manera. Cuando esto ocurre aparecen secuencias erróneas o surrealistas (quizá válidas en el lenguaje poético):

Todo cuyo es tuyo me pertenece.
Mi tía vende camisas con hipertensión.
El señor fue a la cárcel por suicidar a su hija.
Los libertadores de América dieron tregua a su descanso.
La hipérbole es la temperatura alta de la sangre.

Y dentro del estudio de la lengua debe entrar el aspecto ortográfico. Es imprescindible. Puede ser que para algunos sea lo mismo *estudiar ingles* que *estudiar inglés*, pero para la mayoría son caminos diferentes, y pueden llevar a resultados también diferentes.

También a la universidad le corresponde velar -como institución cultural que es- por el buen uso de la lengua, y eso significa enseñarla bien.

La universidad no puede desdeñar dos áreas: Lenguaje y Matemática. Ambos son lenguajes que permiten construir el pensamiento, acceder a la ciencia, comunicarnos.

Hoy el gran riesgo -y el reto, obviamente- es no caer en el analfabetismo tecnológico, pero por huir de él, no podemos caer en el abismo del analfabetismo humanístico.

NOTAS:

1. MONTALVO, Juan. Las catilinarias. Editora Beta. Medellín. 1975. p. 258.
2. JIMENEZ, Juan Ramón. Elejías. Losada. Buenos Aires. 1964. p. 34
3. VEGA, Vicente. Diccionario ilustrado de rarezas, inverosimilitudes y curiosidades. Gustavo Gili. Barcelona. 1965. p. 316.
4. GRIJELMO, Alex. Defensa apasionada del idioma español. Taurus. Madrid. 2001. p. 10.

Educación para el siglo XXI: Estudios Internacionales en la Universidad del Azuay

Andrés Abad Merchán

Dr. PhD. En Filosofía Aplicada a la Antropología por la
Universidad de Louisiana EE.UU.

Director de la Escuela de Estudios Internacionales de la UDA
Director Cultural del Banco Central del Ecuador, Cuenca

“No te pido que lo
expliques claramente,
sino que lo hagas”.
SHAKESPEARE,
Pericles, príncipe de Tiro, IV/1.

Enseñar la identidad terrenal.

En febrero del año 2003, la UNESCO y Editorial Santillana pusieron en circulación en el Ecuador un libro fundamental para entender el rol de la educación en los nuevos tiempos. Se trata de “Los Siete Saberes Necesarios para la Educación del Futuro”, del filósofo y antropólogo francés Edgar Morin. Este texto, con una traducción inicial del francés, ha sido utilizado en la Maestría en Docencia Universitaria que desarrolla la Universidad del Azuay desde hace un par de años; obra que, por cierto, es estudiada actualmente en todas las regiones del planeta, luego de que fuera presentada en 1999 en la XXX Conferencia General de la UNESCO en París.

Edgar Morin es un intelectual de altos quilates y ha sido el creador del llamado “Pensamiento Complejo”, que es un *corpus* de conocimientos que enfrenta la comprensión del universo con una visión de síntesis. El pensamiento de Morin se diferencia sustancialmente de otros, porque su propuesta no es una respuesta ni una solución en sí, es más bien un método. Permite extasiarse en la interrogación y zambullirse en el océano del asombro. Un pensamiento que dialoga. Permite religar (del latín *religare*) lo que andaba disperso; y que, como decía Federico Mayor, la unidad del hombre “es restituida por Morin apelando a todas las ciencias, las cuales se iluminan mutuamente superando sus cadenas disciplinarias y la fragmentación de sus visiones” (cit. en González, 1997: 10).

La teoría de la complejidad requiere de una reforma del pensamiento, donde el supuesto del método científico clásico “conocer=separar” intenta ser superado a través de un ejercicio en el reaprender a ver, a concebir, a pensar, a actuar. Se despliega en una constelación de múltiples disciplinas, que incluye una cosmología, una epistemología y una ética. El fundamento teórico de la complejidad moriniana se cimenta, principalmente, en tres puntales que se interrelacionan.

El primero, se llama “teoría de la información”, que a través de sus modelos comunicacionales permite tratar la incertidumbre, la sorpresa y lo inesperado; además objetiva el orden y el desorden. El segundo, se denomina “cibernética”, que es una teoría cuyo fundamento recae en la idea del *feedback*, introducida por Norbert Weiner, que rompe con la percepción de una causalidad lineal, a través de un mecanismo de regulación. El tercero, lleva el nombre de “teoría de los sistemas” que sienta las bases del pensamiento de la organización, cuyo postulado básico es “el todo es más que la suma de sus partes” (cfr. *Ibidem*).

Con todo este bagaje conceptual, Morin propone que hay “siete saberes para una educación del futuro”, que se deberían difundir en cualquier sociedad y cultura, es decir, están al margen de una visión eurocentrista, y que pueden ser aplicados según los usos y costumbres de cada pueblo. Estos saberes son las cegueras del conocimiento, los principios de un conocimiento pertinente, enseñar la condición humana, enseñar la identidad terrenal, enfrentar las incertidumbres, enseñar la comprensión y posibilitar la ética del género humano.

De todos estos saberes, uno que más se relaciona con el área del estudio de la realidad del futuro mundial es “enseñar la identidad terrenal”, cuya historia planetaria comienza con la comunicación de todos los continentes a partir del siglo XVI, hecho que provocó, desde entonces, que todas las partes del mundo se volvieran intersolidarias y en una misma comunidad de destino. Pero advierte, que “en lo

sucesivo, el destino planetario del género humano será otra realidad fundamental ignorada por la educación” (Morin, 2003: 19).

Sin embargo, la dificultad de asir el mundo -con todas sus complejidades- es palpable en la medida que ha surgido un objeto nuevo: el *mundo como tal*. Mientras más atrapados estamos en el mundo, más difícil es aprehenderlo conceptualmente. “Lo que agrava la dificultad de conocer nuestro mundo es el modo de pensamiento, que ha atrofiado en nosotros en vez de desarrollarla, la aptitud de contextualizar y globalizar, mientras que la exigencia de la era planetaria es pensar la globalidad, la relación todo-partes, su multidimensionalidad, su complejidad”. Para Morin, la historia humana comenzó con una diáspora planetaria sobre todos los continentes, que, luego en los tiempos modernos o era planetaria, apareció la comunicación entre dichos fragmentos de esa diáspora. Esa humanidad se hizo sedentaria hace unos diez o doce mil años. Y ahora, en el tercer milenio, asistimos a los prolegómenos de la creación de una nueva **ciudadanía terrestre**, donde la educación “está en el corazón de esta nueva misión” (Ibidem: 61-69).

Samuel Huntington (1997) habla del **choque de civilizaciones**, que establece líneas divisorias entre grupos de países tomando la variable cultural como núcleo; él identifica nueve bloques civilizatorios principales en la posguerra fría. Sería uno de los productos de lo que se ha venido a denominar como globalización, término excesivamente manoseado semánticamente en los últimos años, pero que no esclarece con precisión de qué mismo se trata. Otros pensadores prefieren hablar del advenimiento de la Sociedad del Conocimiento. Lo que asoma en todo caso, es que la humanidad ha entrado en una nueva fase histórica, independiente de cómo se la llame.

Y, precisamente, el conocimiento es el que se encuentra en emergencia, pues se ha dado paso a un divorcio casi total entre la cultura de las humanidades y la cultura científica, lo que no permite una visión integral de la realidad circundante. T.S. Eliot decía: ¿Dónde está el conocimiento que perdemos con la información? ¿Dónde está la sabiduría que perdemos con el conocimiento? El

problema esencial parece ser, entonces, un problema de organización del saber.

La primera finalidad de la educación, dice Morin en *La Mente Bien Ordenada*, fue formulada por Montaigne: es mejor una mente bien ordenada que otra muy llena. Esta finalidad puede alcanzarse si la educación tiene como punta de lanza la aptitud para contextualizar y globalizar los saberes, para el advenimiento de un nuevo espíritu científico, y así favorecer la inteligencia general, la aptitud para problematizar y la puesta en relación de los conocimientos entre ciencia y humanismo:

Así pues, podemos contemplar los caminos que permitirían reencontrar, en nuestras condiciones contemporáneas, la finalidad de la cabeza bien organizada. Se trataría de un proceso continuo, a lo largo de los diversos grados de enseñanza, donde deberían ser movilizadas la cultura científica y la cultura de las humanidades.

Una educación para una cabeza bien formada, que pusiera fin a la disyunción entre las dos culturas, harían a las personas aptas para responder a los formidables desafíos de la globalidad y de la complejidad en la vida cotidiana, social, política, nacional y mundial. (Morin, 2000: 40,41).

Enseñar a conocer la identidad terrenal, junto a la formación de mentes bien ordenadas para enfrentar la complejidad, es una tarea insoslayable de la universidad del futuro.

Estudios Internacionales, formación necesaria para el siglo XXI. La inspiración en el paradigma de la complejidad de Morin fue sustancial para quienes iniciamos la preparación de una propuesta académica de pregrado para la Universidad del Azuay y la posterior creación de la Escuela de Estudios Internacionales. Desde hace algunos años, había surgido la inquietud de que era necesario rescatar la formación en el campo de las Humanidades o *Liberal Arts*, pues existía la percepción de que, si bien la mayoría de las carreras

en dicho campo se orientaban hacia la docencia, habían perdido su atractivo por la baja remuneración que tenían los profesionales y, adicionalmente, se había advertido un deterioro sostenido de su prestigio por la politización de las facultades que las promovían en varias universidades del país.

No obstante, la formación en el campo de las humanidades es siempre necesaria, más aún hoy en día, cuando vemos la urgencia del rescate de la principios éticos en todas las áreas del saber. Por lo tanto, dadas las condiciones de la globalización, las nuevas tendencias educativas –que responden a un mundo complejo- se tornan transdisciplinarias, es decir, no es posible quedarse dentro del círculo íntimo de una sola disciplina, sino es preciso transgredirla para traspasar el umbral de ella y adentrarse en el océano de multiplicidad cognoscitiva.

La alternativa surgió en que era preciso diseñar una aplicación de los conocimientos tradicionalmente considerados como humanísticos para el mundo del siglo XXI, pero que debía partir del conocimiento de nuestra realidad planetaria, pues se veía con urgencia la necesidad de que el Ecuador debería tocar alguna melodía en el concierto internacional, y la percepción general era que, en el entorno de esa realidad sinfónica, el país se había quedado totalmente rezagado y sin liderazgo.

Apareció, al principio, para fundamentar la propuesta, la idea de la “aldea global” como denominaba al planeta Marshall McLuhan, célebre gurú de la comunicación en los años sesentas. Y que para enseñar a profundidad sobre la aldea global era necesario, entonces, crear un programa de estudios internacionales que de respuestas concretas a las nuevas realidades que enfrenta la humanidad en general y el país en particular, similar a los cursos existentes en otros centros académicos. Pero, era por todos conocido que esta aldea global es compleja, y que no solo se trataba de crear un programa académico destinado a dar información escueta, que incluya datos sobre la geografía, la historia o la cultura internacionales; no, se trataba de armar una propuesta integral, que debía incluir las

diversas vertientes que actualmente alimentan el pozo del nuevo orden mundial, esas vertientes conceptuales se identificaron como los cuatro ejes: lingüístico, humanístico, instrumental-metodológico y de concentración internacional.

En otras palabras, para conformar la propuesta de una “Escuela de Estudios Internacionales” era necesario construir, paralelamente, el perfil de un profesional generalista, listo para enfrentar los retos del siglo XXI, de un ejecutivo práctico con formación integral, dotado de una gran responsabilidad social y de valores éticos que fundamenten su proceder. Así se decidió.

Pero, ¿qué se entiende por “Estudios Internacionales”? Parecería una definición un tanto ambigua y proclive a algunas confusiones. Pues existen algunas disciplinas emparentadas, como son las Relaciones Internacionales, la Diplomacia, los Negocios Internacionales y aún el Derecho Internacional; ¿cuáles son las diferencias entre ellas?

Los Estudios Internacionales se caracterizan por estar relacionados con el área de las Humanidades, o como se conoce en New York University, con *the Arts, Sciences and Humanities*; pues el acervo necesario para entender y conocer la realidad internacional se fundamenta en la Historia, la Geografía, la Sociología, la Antropología, la Filosofía, etc., es decir, en las ciencias humanas y sociales. La formación en el ámbito de la Administración, la Economía, el Marketing, la Informática y las Lenguas son complementarias; aunque hoy, de hecho, más necesarias que nunca.

En las universidades estadounidenses y europeas hay una tendencia, cada vez más marcada, de incorporar en sus ofertas académicas los llamados Estudios Interdisciplinarios que, precisamente, representan la oportunidad de poner en diálogo las diversas áreas del conocimiento, buscando aquello que las une, más que aquello que las separa. Con esa lógica los Estudios Internacionales, aprehenden la realidad del mundo, cultural y geográfica, con el objeto

de emprender procesos de **conocimiento** de los países en sus diferentes facetas y fomentar la **comunicación** entre ellos.

El ámbito de las Relaciones Internacionales, similar al anterior, emprende más bien procesos de **intercambio** entre países, acentuando los aspectos legales, políticos, comerciales, tecnológicos y científicos. Por supuesto, tanto las Relaciones como los Estudios Internacionales son definitivamente complementarios y en alguna medida, muy parecidos. Punto importante es el aspecto de la Diplomacia que, considerada como disciplina aparte, nutre y se nutre de las anteriores; y en su sentido práctico, se define como los **servicios** que tienen los países en sus relaciones internacionales; mientras que el Derecho Internacional **regula** las relaciones entre los estados, o los vínculos de los individuos con y dentro de las diversas naciones.

En cambio, los Negocios Internacionales son un conjunto de disciplinas fundamentadas en las áreas administrativa, financiera, económica y comercial, que se enriquece de las ciencias humanas y sociales para mejorar su ámbito de acción, pues sin las bases humanas se dificulta establecer buenas **estrategias de negocios**, de ventas y de mercadeo entre países.

Tanto los Estudios como las Relaciones Internacionales son mecanismos fundamentales para la adaptación del hombre al choque de civilizaciones; Karl W. Deutch escritor de *The Analysis of International Relations* decía: “en nuestra época, una introducción de las relaciones internacionales es una introducción al arte y a la ciencia de la supervivencia de la humanidad”. Una anécdota atribuida a Einstein, en contraste, dice que cuando se le preguntó al genio: “¿por qué cuando la mente del hombre se ha ampliado en tal forma como para descubrir la estructura del átomo, no somos capaces de diseñar los medios políticos para evitar que el átomo nos destruya?”; a lo que el célebre científico contestó: “esto es muy sencillo, amigo, resulta que la política es más difícil que la física”. (cit. en Pearson, 2000:2)

El párrafo anterior pone en clara evidencia la complejidad del estudio del ser humano, que es el fundamento de toda acción en el planeta; por tanto, los Estudios Internacionales se proponen mostrar la complejidad del mundo actual fundamentados en el hombre y su ética (Morin) y, al mismo tiempo, desentrañar los tejidos de dicha complejidad. Por otro lado, es innegable la interdependencia sistémica existente entre países, lo que corrobora una de las tesis ecologistas que anunciaron que “el aleteo de una mariposa en la selva podría causar una tormenta en el desierto”.

Pearson y Rochester en su texto *Relaciones Internacionales, Situación Global en el Siglo XXI* (2000: 9), expresan:

El hecho de que el término **interdependencia** se haya vuelto un cliché no lo hace menos real como un fenómeno de gran importancia. Es posible debatir acerca de la definición exacta y el alcance real de la interdependencia, por ejemplo, si se ha alcanzado el punto donde se puede considerar el mundo como una “aldea global” tal como lo sugirió Marshall MacLuhan, o como una “nave espacial terrestre” como lo sugirió Bárbara Ward (...) Éstas no son simples elucubraciones como alguien podría decir. Por supuesto, el aspecto más dramático de la interdependencia es que la aniquilación global puede ocurrir hoy, en cualquier momento y en cosa de minutos, con el empleo de las armas termonucleares.

Si se quiere ampliar la definición de los Estudios Internacionales se podría decir, en términos sencillos, que constituyen una serie de conocimientos y prácticas que hacen a los seres humanos más conscientes de su estadía en el planeta Tierra. Para lograr esa consciencia, es indispensable el fomento de la información a los ciudadanos del mundo y, particularmente, a los de nuestro país. Existen numerosos ejemplos acerca de la falta de información sobre la realidad mundial de los ciudadanos comunes y aún en aquellos que están interesados en los asuntos internacionales y que intentan estar informados, “con frecuencia se dan cuenta que es muy difícil comprender la infinidad de eventos que diariamente reportan los medios

de comunicación y les es complicado organizarlos dentro de una estructura más o menos coherente” (Ibídem: 12).

Si el mundo se convierte cada vez más en una realidad interdependiente e intercomunicada, es mejor que los centros educativos, responsablemente, asuman el compromiso de formar capital humano, capaz de enfrentar los procesos de cambio global. Ya no es una moda, entendámoslo de una vez; es una necesidad vital como respuesta a un fenómeno global inexorable.

El Currículo de la Licenciatura de Estudios Internacionales.

La Escuela de pregrado en Estudios Internacionales inició sus actividades en septiembre de 2002, con soporte administrativo de la Facultad de Derecho. Ofrece un currículo integral para formar profesionales que estén en capacidad de desempeñarse en posiciones competitivas, en las que se requiera de un amplio conocimiento de la realidad internacional para emprender procesos de diálogo e intercambio entre el Ecuador y el resto de los países del orbe, principalmente en los sectores políticos, cultural, comercial, científico y educativo.

Un profesional de esta nueva Escuela se titulará con una Licenciatura en Estudios Internacionales, mención bilingüe en Comercio Exterior. Los objetivos fundamentales de la carrera apuntan a desarrollar en los estudiantes una amplia gama de conocimientos humanísticos y habilidades teóricas y funcionales en la realidad internacional, así como dotarles a los estudiantes de las herramientas de trabajo multicultural y lingüístico, paralelo a una formación administrativa/gerencial que les permita ser parte de equipos de trabajo interdisciplinarios, con una formación adicional en planificación y ejecución de proyectos, así como de un pensamiento crítico basado en la ética.

Los principales ejes de enseñanza son el humanístico, el lingüístico, el instrumental y el de concentración internacional. En el primer

eje – el sustento de los demás- los estudiantes reciben una formación general en las ciencias humanas orientadas, en lo posible, con una perspectiva de análisis comparativo entre pueblos y culturas, en los campos como la Historia, la Literatura, la Ciencia Política, el Derecho Internacional, la Comunicación, la Antropología Cultural, el Pensamiento Contemporáneo, la Ecología y la Ética; así se garantiza una sólida formación en el ámbito de las ciencias humanas y sociales como elemento guía de los restantes ejes y como plataforma para el entendimiento de la realidad internacional.

Sabemos que en la realidad actual para una efectiva comunicación entre países, y para acceder a la información sobre el “estado del arte” en cualquier disciplina, no se lo puede hacer sin el dominio de la *lingua franca*, que en este caso se ha convertido el Inglés. Por tal razón, la formación en el segundo eje –el lingüístico- es de gran solidez. Seis ciclos de intensivo estudio de lengua y cultura inglesas permitirán a los estudiantes al final de la carrera tener un manejo fluido del idioma de Chaucer; se acompaña la enseñanza de esta lengua con cursos regulares dictados en inglés y, además, un entrenamiento especial en técnicas de traducción. El estudio del francés u otra lengua es opcional desde el primer nivel. Se prevé la posibilidad de intercambios tanto para cursos de verano como semestres completos en universidades extranjeras para perfeccionar aún más el idioma, tener una experiencia internacional y tomar cursos electivos para complementar la formación.

El tercer eje tiene relación con la formación instrumental y metodológica; esta vertiente del currículo tiene como misión tener cierto énfasis para obtener en el título académico una mención - comercio exterior-, con el objeto que los estudiantes puedan poseer una herramienta concreta de trabajo y que es de gran utilidad para el futuro del Ecuador, toda vez que los procesos de inserción del país, tanto en la globalización como en la dolarización, han despertado la necesidad de adoptar una cultura organizacional basada en la excelencia, calidad y, primordialmente, de ventajas competitivas globales.

En este mismo eje, se enseña el manejo de las tecnologías de la información, junto a una copiosa formación sobre las herramientas administrativas, económicas y financieras, para entender los procesos de intercambio comercial entre países, lo que permitirá a los estudiantes alcanzar un perfil de liderazgo en las empresas de producción, servicios y comercio. Se ha previsto un programa de pasantías en las empresas y organizaciones de la ciudad, ligadas principalmente al campo internacional y de comercio exterior.

El eje fundamental de la carrera es el cuarto; en éste se ofrece al estudiante de la Escuela el conocimiento de la realidad nacional y, desde luego, internacional. Se parte de una visión panorámica con distintos tópicos de los temas de coyuntura de la realidad internacional y, desde el tercer ciclo, se aborda formalmente el análisis pormenorizado de cada uno de los continentes, bajo un concepto que se conoce como **estudios globales**. América Latina, Europa, Asia, África y Oceanía son analizados de manera integral en los aspectos de su geografía, historia, economía, cultura y las opciones de negocios actuales. Así, el estudiante en la culminación del programa, en el octavo ciclo o cuarto año, tendrá un panorama claro de todos los elementos que constituyen la “aldea global” y habrá identificado las debilidades y fortalezas de los principales países del globo.

El objetivo general del programa se resume como sigue: “Proporcionar a la ciudad y a la región profesionales con formación en la realidad internacional, a través de cuyos agentes la colectividad pueda acceder a una mejor inserción en la nueva realidad económica, financiera, política, cultural y tecnológica acorde al nuevo proceso de organización mundial conocido como globalización”.

Sabemos que el campo ocupacional en general ha variado mucho en los últimos años. Se prefiere, en algunas organizaciones e instituciones, profesionales con formación generalista y con habilidades en el manejo del inglés, la informática y la administración, junto a una visión internacional. La época de los especialistas sin bien no ha terminado, ya no tiene ni de lejos el dominio del mercado laboral.

El Licenciado en Estudios Internacionales es un profesional líder y competitivo, dotado del manejo fluido del inglés y de las herramientas administrativas, con una formación integral y multicultural acorde a los nuevos procesos de organización internacional; está capacitado para establecer relaciones entre su organización o empresa con la de otros países, con el objeto de establecer intercambios comerciales, financieros, políticos, culturales, que beneficien a la región y al país.

Para los escépticos y fariseos de la academia, especificamos las áreas, con mayor detalle, en las que los nuevos profesionales en estudios internacionales podrán desempeñarse: dirección de relaciones internacionales en empresas, organizaciones, centros educativos y Ong's; áreas técnicas y administrativas de compañías exportadoras, importadoras, fundaciones, Ong's, así como de entidades gubernamentales y privadas; dirección de organizaciones con asistencia internacional; departamentos de marketing y ventas con alcance internacional; área de gestión de recursos internacionales en las organizaciones públicas o privadas; departamentos de planificación y ejecución de proyectos de desarrollo con aporte de organismos del exterior; asesorías en relaciones internacionales; diplomacia y servicio exterior; áreas de publicidad y relaciones públicas dirigidas al exterior; docencia en estudios en relaciones internacionales y comercio exterior; enseñanza de inglés como lengua extranjera; servicios de traducción inglés-español; etc. Una formación integral sólida se abre oportunidades por sí misma.

El Ecuador no está exento de la lógica y la reconfiguración de la geopolítica mundial. A través de la tecnología digital nuestro país se ha insertado en esta nueva estructura mundial y es un camino sin retorno. El acercamiento con otras latitudes es una necesidad y un reto impostergable, no solo en los aspectos estrictamente comerciales -como el ALCA- sino para el acceso a los recursos de la Sociedad el Conocimiento. Los países del Norte, centralizadores del saber, expanden cada vez más sus fronteras, y solo los individuos capaces de acceder a dicha información podrán estar más aptos para

sobrevivir, pues aunque sea una dura la realidad, es innegable que asistimos a un régimen mundial neo-darwinista social.

Del mismo modo, la gestión y relaciones con el ámbito internacional, tales como la Comunidad Andina y los organismos como el FMI, BID, CAF, UNESCO, FAO, PNUD, etc., hacen imprescindible el conocimiento de los mecanismos y requerimientos para la consecución de fondos para el desarrollo económico y social.

Las universidades deben entender claramente la realidad que se ha señalado y, sobre todo, afrontar con dedicación y seriedad los retos.

En el campo de la academia es común encontrar una serie de recomendaciones teóricas, bien intencionadas quizá, pero comúnmente inaplicables; sin bien vivimos tiempos difíciles, las amenazas de los nuevos tiempos pueden transformarse en grandes oportunidades, vistas con perspicacia estratégica. Pero estas últimas oportunidades solo encontrarán cabida cuando haya voluntad de ponerlas en práctica.

Y concluyo con una frase de Lichnerowicz, recogida por Morin:

Nuestra universidad presente forma a través del mundo una proporción demasiado grande de especialistas de disciplinas predeterminadas, por ende limitadas artificialmente, mientras que una gran parte de las actividades sociales, como el desarrollo mismo de la ciencia, pide personas capaces a la de un ángulo de visión mucho más amplio y de una focalización en profundidad sobre los problemas y progresos nuevos que transgreden las fronteras históricas de las disciplinas.

Bibliografía.

ABAD, Andrés, 2002,
"Proyecto de Reforma de la Licenciatura en Estudios Internacionales", Cuenca, UDA, mimeo.

BECK, Ulrich, 1998,
¿Qué es la Globalización?, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A.

HUNTINGTON, Samuel, 1997,
El Choque de Civilizaciones, Buenos Aires, Editorial Paidós.

GONZÁLEZ MOENA, Sergio, 1997,
Pensamiento Complejo, Bogotá, Cooperativa Editorial Magisterio.

MORIN, Edgar: -2003,
Los Siete Saberes Necesarios para la Educación del Futuro, Quito, Editorial Santillana.
-2000, *La Mente Bien Ordenada*, Barcelona, Seix Barral.
-1981, *Para Salir del Siglo XX*, Barcelona, Editorial Kairós.

PEARSON, Frederic S. Pearson y ROCHESTER, Martin, J., 2000,
Relaciones Internacionales, México, McGraw Hill.

